

La distancia de los cuerdos

María Eugenia Seijas

LAS FORMAS DEL FUEGO

NARRATIVA





LAS FORMAS DEL FUEGO

La distancia de los cuerdos

MARÍA EUGENIA SEIJAS RODRÍGUEZ

La distancia de los cuerdos

PREMIO DEL CONCURSO PARA AUTORES INÉDITOS
MENCIÓN NARRATIVA, 2018



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021

La distancia de los cuerdos

© María Eugenia Seijas

DISEÑO DE PORTADA

Javier Véliz

FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Arturo Moreno

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

David Arneaud

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2021

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2021000996

ISBN 978-980-01-2201-3

A Lucía, quien un día me impulsó a darme el permiso de asumir esta vocación.

A Miguel Ángel, quien puso de excusa un café para salvar
esta novela del limbo de la no-acción.

A Gladys, mi principal lectora de confianza.

A mi familia, por su alegría ante este logro.

A mi esposo, por su apoyo incondicional.

A mi padre:
sabiduría, apoyo, fuerza y comprensión.

Primera parte

Los cuatro del piso siete

LA COCINA QUEDA al frente de la puerta principal del apartamento. Si estoy en la cocina, veo la puerta y oigo todo lo que pasa en el pasillo del piso siete. Desde hace media hora se alterna el timbre de mi vecino de al lado con su teléfono. No le hago caso. Eso no tiene nada que ver conmigo.

Me acerco a la mirilla y observo que Alicia, mi vecina de enfrente, está asomada a su puerta. También debe haber escuchado el contrapunteo entre timbre y teléfono. Ella sí salió. Intercambia palabras con un hombre de rostro paralizado, tenso, quien ahora toca el timbre y llama desde su celular al mismo tiempo, supongo que al teléfono de mi vecino.

Alicia se encamina hacia mi puerta. Me alejo de la mirilla. Qué fastidio, me va a llamar. Esa muchacha parece que no puede dar un paso sola. Es increíble que viva en ese apartamento sin compañía, porque no conozco a otra persona tan dependiente como ella. Solo le falta llamarme para que la acompañe a botar la basura. Y no es por lo chiquita, porque es solo un poco más baja que yo; pero tiene esa personalidad de perro faldero que desea ser llevado en brazos a todos lados. Claro que me va a llamar. Me va a tocar el timbre.

Al abrir me hago la desentendida. Alicia se apresura a contarme que el muchacho del pasillo es el hijo del señor Edgardo, mi vecino de al lado, y le ha dicho que tiene una semana sin localizar a su papá. Mientras habla, sus ojos guayoyo recién colado van y vienen entre el muchacho y yo, y su tez morena clara va perdiendo melanina. Me cuenta que, en su preocupación, el hijo del vecino se vino al apartamento, pero nadie responde ni a la puerta ni al teléfono. Claro, ahora entiendo la expresión postbótox del hombre.

Y yo me pregunto, calculándole por encima unos treinta años: ¿quién pudo dejarse preñar por ese troglodita hace tres décadas? Es increíble que mi vecino haya procreado. Yo jamás me hubiera imaginado que ese individuo hubiese podido tener alguna relación de tipo social. Pero ahí está la prueba, parada frente a la puerta: alto como el padre, pero sin la cara de náuseas ni los veinte kilos de más. Si le pongo mucha imaginación, puedo encontrarle algún parecido con su progenitor. Pero qué va; este muchacho, por suerte, debe haber salido a la madre.

Alicia, como es de esperarse, está nerviosísima. Ya puso cara de que va a llorar y ha empezado a tirar de un mechón de su cabello de virgencita de pueblo. De ese lado debe tener el pelo más liso que del otro, de tanto sobárselo entre el pulgar y el índice. Esta niña, si se le puede llamar así a alguien de casi treinta, un día se va a dejar pelona.

Entonces se abre el ascensor y salen unos ojos cielo transparentes colgados de una figura enorme, con pinta de

campesina holandesa cincuentona de cabello rubio entrecano atado con una cola. Es la que faltaba, la cuarta habitante del piso siete del Yagua: la señora Paula. Alicia la pone al corriente de inmediato y, mientras la escucha, la recién llegada no le quita la vista al muchacho, quien sin ninguna lógica sigue puyando el timbre del apartamento de su padre. Creo que Paula está pensando exactamente lo mismo que yo: ¿a quién se le ocurrió dejarse tocar por el señor Edgardo? Lo imagino porque dibuja una mal disimulada sonrisa. Y lo gracioso es que, en vez de estar preocupadas por el vecino, de lo que estamos pendientes es de la insólita idea de una mujer en la cama con ese ser proveniente del Paleolítico... ¡Qué asco!

El muchacho le pregunta a la señora Paula lo que ya Alicia y yo contestamos, y su respuesta es la misma: «Desde hace una semana no veo al señor Edgardo». Si acaso es posible, el rostro de Luis Alfredo, el muchacho, se torna más rígido aún. Ahora sí parece que tiene una parálisis facial. Vuelve a agarrar su celular pero esta vez busca un número en la agenda de su teléfono. Llama a un cerrajero. Le pide que venga de inmediato: es una emergencia.

Las tres vecinas nos ponemos a hablar y comentamos que es extraño no haber visto al señor Edgardo por esos días. No es alguien que pasa inadvertido, y no lo digo por su porte de boxeador peso completo, sino por el hecho de que donde esté siempre pasa algo. Donde haya un problema en el edificio, puedes estar seguro de encontrarlo a él. Es como si molestar fuera el objetivo de su vida. Por eso es insólito que

durante toda una semana ninguna de nosotras haya tenido un encuentro, por así decirlo, con ese tipo. Es casi imposible. Mis vecinas comentan que ni siquiera han sentido a Cabrón... su perro. Sí, le puso Cabrón a su *rottweiler*, un adefesio pellejudo al que nunca baña y que no pierde oportunidad para salir a dañar algo en el edificio.

Cuando llega el cerrajero, a Alicia ya no le quedan coyunturas sanas en las manos de tanto restregárselas contra el vientre. Paula sigue viendo al muchacho de arriba a abajo, detallándolo como para reproducirlo en un lienzo. Yo estoy a la expectativa de lo que se va a encontrar en ese apartamento cuando violen su cerradura barata.

El trabajo es fácil y pronto se abre la puerta. El hijo del señor Edgardo empieza un paso, pero reprime el movimiento por un instante. Luego de exhalar ruidosamente, entra al apartamento con marcha firme, aunque lenta. Ninguna de nosotras lo sigue, pero nos golpea un frío hedor que sopla desde adentro.

Paula se tapa la nariz sin disimulo y Alicia da unos pasos hacia atrás, hasta que la pared le impide continuar. El cerrajero, con gesto indiferente, se aparta de la puerta y empieza a guardar sus herramientas. Saca una cerradura nueva, con la que imagino que remplazará la dañada cuando todo esto termine. Al cabo de unos instantes, Luis Alfredo sale del área de los cuartos. Solo resta por revisar la cocina, que tiene la puerta cerrada. Al abrirla, el olor arrecia; sin duda, de ahí proviene. El muchacho se queda parado bajo el lindel por un instante,

obstruyéndonos la vista. Cuando por fin entra, desde el pasillo podemos ver el interior de la cocina: está vacía. Logro distinguir unas ollas sobre las hornillas y un plato en la mesa. Luis Alfredo abre la nevera y saca un cartón de leche que, por su expresión, entendemos que está fermentada. Luego se acerca a la mesa de *pantry* y toma algo que mete en su bolsillo.

Con el rostro más relajado y la voz menos tensa, sale y nos informa que en el apartamento no hay nadie. Nos cuenta que la cocina está horrible, que hay un plato a medio comer y unas ollas sin lavar. Hay gusanos en el tope de granito y en el bote de basura. «Hay gusanos hasta en el piso», murmura sin mirarnos. Entonces vuelvo a ver hacia la cocina y noto el festival de insectos rastreros y voladores que merodean por el tope de piedra gris.

Además, el muchacho dice que el aire acondicionado está prendido.

El hijo del señor Edgardo vuelve a sacar su celular. Esta vez llama a la policía.

El infame señor Edgardo

RECUERDO QUE LA GRITERÍA me despertó aquella mañana de domingo. Afuera, las nubes cubrían obsesivamente el cielo. Adentro, yo maniobraba en la inestabilidad de mi estado de ánimo, también encapotado. En esos tiempos no era necesaria la lluvia para que mis días fueran nublados. Aún atolondrada por el efecto del somnífero de la noche anterior, busqué la fuente del barullo: venía del pasillo del piso siete. Acerqué mi ojo a la mirilla y entonces entendí lo que pasaba: era otro de los tantos atajaperros que se armaban entre mis vecinos.

La de la derecha, Paula, le gritaba a mi vecino de la izquierda. Alicia estaba también en el pasillo presenciando todo con los ojos redondos de la impresión y las manos apretadas contra el estómago. Abrí la puerta de mi apartamento y de inmediato me llegó el perfume dulce de mi vecinita de enfrente. Ella me miró como pidiendo ayuda y volvió los ojos hacia la señora Paula, quien manoteaba en el aire y gritaba al vecino con voz de parlante.

La verdad es que el señor Edgardo justificaba todo lo que se decía de él. Ese cromañón XL hacía lo que le provocaba, sin importarle a quién se llevaba por delante: era una de esas personas que no saben vivir en sociedad. A nadie le extrañaba que a sus sesenta y tantos no se le conociera otra compañía que su perro, que de no ser porque lo paseaba con correa, quizás hubiese pegado una carrera y huido con todo y sus pulgas. Ese día el hombre había vuelto a dejar unas botellas rotas en el cuarto de la basura y la señora Paula se había cortado al entrar. Cuando, con el pie bañado en sangre, ella fue a reclamarle, él le dijo mirándola de reojo:

—De esos dedos gordos que tiene debe haber salido un bistec o por lo menos una milanesa.

En serio, había momentos en los que provocaba agarrar al tipo por el cuello y exprimírselo hasta que soltara jugo. Sin embargo, pienso que la señora Paula reaccionaba de una manera exagerada. Perdía los estribos, los gritos se oían en todo el edificio, y se le iba tanta sangre a la cara que parecía un bombillo de puticlub. Esa mañana, del dedo de su pie manaba sangre con mucha presión y rápidamente se hizo un charco. El olor metálico invadió el espacio. Y mi boca.

Alicia también tenía contratiempos con el señor Edgardo. Pero ella y yo reclamábamos de una manera distinta, más calmada y cívica, aunque igual de inefectiva. Una vez hasta recurrimos a la junta de condominio. Por supuesto, eso solo sirvió para que ellos corroboraran, cuando intentaron hablar con nuestro vecino, que con ese neandertal no se podía tratar.

Aun así, yo no armaba zaperocos como lo hacía la señora Paula. Mi padre creció en el campo y benefició cochinos hasta los dieciocho años, cuando se vino a la capital. Fue campesino, pero nunca un salvaje. Por el contrario, siempre ha sido una persona ecuánime y así me formó. Por eso yo ni siquiera alzaba la voz cada vez que tenía un encuentro desagradable (lo cual es una redundancia) con ese personaje del piso siete. Claro que me molestaba e indignaba su proceder, pero yo recurría a canales cívicos sin aspavientos.

Creo que esa mañana de gritos y manoteos, cuando la señora Paula dibujaba un mapa de sangre en el piso, mi vecina solo estaba explotando por la acumulación de todas las razones que nos daba el señor Edgardo para odiarlo. Después de ese día debíamos hacer algo. No podíamos seguir viviendo así, con ese tipo haciendo cuanto le daba la gana.

El impresentable, su panza y su perro dejaron a la señora Paula hablando sola, o más bien gritando sola en el pasillo. Así, sin más ni más, se dio la vuelta y le cerró la puerta en la cara, sonriendo como para dejar claro que le importaba un comino lo que le dijeran. Por el contrario, le divertía muchísimo.

Alicia hizo el amago de agarrarle el brazo a la señora Paula y emitió un susurro ahogado del que apenas distinguí algo sobre ir a una clínica. Pero la mujer daba alaridos parada en el mismo lugar, con los puños apretados y los brazos como cabillas a sus costados, diciendo que no iría a ninguna parte sin antes darle su merecido a ese hombre. Le gritaba cobarde,

que saliera de su madriguera, que le iba a caer a batazos a él y a su perro asqueroso. Entonces hablé con fuerza y logré apabullar su voz; prácticamente le ordené que entrara a mi apartamento para revisarle el pie.

Fuimos a mi cocina y la senté en una de las dos sillas de mi delicada mesita de *pantry* BoConcept, tan costosa pero... qué le iba a hacer, tenía que sentarla en alguna parte. Busqué en mi baño agua oxigenada y gasa; sería un error usar algodón, ya que las pelusas se quedarían adheridas a la carne viva. Luego de intentar en vano secar la sangre, que seguía emergiendo como manantial, me di cuenta de que necesitaba puntos, pues la cortada era tétrica: extensa y profunda. Alicia volvió a mencionar la clínica, esta vez de manera más audible. Sugirió llevarla a la Leopoldo Aguerrevere, una clínica que queda a una cuadra del edificio. Fue a su apartamento para vestirse. La señora Paula no tenía ánimo ni de arreglarse. Se iría como estaba, en pantalón de mono, franela y cholas. De cualquier forma no podía calzarse con el pie en ese estado.

Yo seguía en bata de dormir. Ni siquiera me había puesto un sostén. No me importaba que mis vecinas me vieran así. La verdad es que llevaba tiempo sin importarme cómo lucía ante los demás.

Justo cuando Alicia regresó con las llaves del carro, el teléfono de mi casa empezó a sonar. Antes de que yo atendiera la llamada y ella se fuera con la señora Paula del brazo, alcanzó a decir con una firmeza que no le conocía:

—Chama, esta vez tenemos que tomar cartas en el asunto. Hay que hacer algo. ¡Algo radical!

Esa fue la última vez que el señor Edgardo fue visto en el edificio.

Divorcio judío y ofensa *goy*

AL REGRESAR DE LA CLÍNICA, la señora Paula estaba muy callada, según me contó Alicia. Ella trató de animarla diciéndole las ideas que tenía para solucionar el problema de nuestro vecino. Así llamaba Alicia a su plan: la solución. Eso me sonó a la vergonzosa *solución final* de los nazis, y me pareció un poco imprudente el término, dado que Paula es judía. Pero Alicia vive en la luna.

De cualquier forma, no logró animarla. Parece que Paula, cuando dejó de vociferar contra el señor Edgardo, entró en un mutismo monasterial. Alicia pensó que se había tranquilizado, pero se preocupó al advertir que ni siquiera respondía a sus comentarios. Al llegar a la clínica, mi vecinita le explicó al médico lo ocurrido mientras él suturaba el dedo de Paula. El doctor, según Alicia, era un tipo alto de más de sesenta y tenía una destreza para coser que ella no hubiese sospechado dado el grosor de sus manos, que parecían un par de guantes de látex inflados. Pero por lo visto, esos dedotes tenían la agilidad de un boxeador peso ligero.

Cuando la enfermera entró para ponerle a la paciente la antitetánica que el médico había ordenado, este insistió en hacerlo él mismo. Luego le recetó unos analgésicos y antibióticos, le indicó a Paula cómo cuidar su herida y le dio su tarjeta, en caso de que surgiera alguna eventualidad. Paula asintió sin decir nada. Por lo que cuenta Alicia, el trayecto hacia el edificio estuvo lleno del silencio y la incomodidad de los pacientes que esperan en un consultorio psiquiátrico.

La muchacha la ayudó a subir las escaleras porque el ascensor se había trancado otra vez en el sótano. El edificio Yagua tiene dos ascensores: uno para los pisos pares y otro para los impares. El de los pares llevaba dañado más de un año, y los catorce pisos utilizaban el ascensor impar. Porque hasta los del uno y el dos usaban el ascensor para subir. O sea, que los necios del piso dos subían al tres para después bajar un piso. El sobreuso finalmente había afectado al elevador bueno, que tenía dos meses dañándose un día sí y otro también. Pero claro, la excusa de la administradora era que, debido a la inexistencia de dólares en el país, no se encontraban repuestos para ascensores.

Lo cierto es que la pobre señora Paula se vio forzada a subir los siete pisos. Al llegar arriba susurró que se le estaba despertando el pie. Alicia había comprado los calmantes y antibióticos en la farmacia de la clínica; después de todo, la muchacha resolvía cuando tenía que hacerlo. Llevaba la bolsita plástica de pulsera en su muñeca izquierda, junto con su cartera, mientras que con el hombro derecho incrustado en

la axila de Paula la sostenía en su esfuerzo por caminar. Vi todo por la mirilla, incluso cuando la ayudó a abrir la puerta de su casa y quiso entrar con ella. Entonces nuestra vecina le dijo que no era necesario. Le agradeció por haberla atendido, tomó la bolsita de las medicinas y cerró.

No le dije nada a Alicia, pero sentí a la señora Paula llorando cuando, tarde en la noche, salí a botar la basura. Me quedé un momento parada cerca de su puerta. Su llanto era un lamento. Quién sabe si le dolía mucho el pie o si aún estaba pasando la rabia que le había ocasionado el vecino. Aunque, pensándolo bien, la vida de ella tampoco era muy rosa. Cuando trece años antes llegué recién casada al Yagua, la señora Paula tenía esposo. Era un tipo imponente ese Simón, de cabello oscuro ensortijado y más alto que ella. Tenían tiempo casados, pero no había un hijo en ese hogar.

Cuando regresé abandonada al edificio, la señora Paula seguía ahí, vistiendo el mismo tipo de *jean* azul claro y camisas de tela fuerte que usaba por fuera del pantalón, quizás para disimular sus anchas caderas. Pero el señor Almarza ya no estaba. No pregunté nada porque no soy de las que buscan conversación, ni me importa mucho la vida de los demás. Pero Alicia ya vivía en el apartamento de enfrente. Al parecer, los viejitos italianos que estaban ahí cuando mi esposo y yo nos fuimos se habían muerto y los hijos decidieron entonces alquilar la vivienda. Cuando la nueva ocupante entró en confianza conmigo —cosa que ni queriendo yo hubiese podido evitar—, me contó que Simón había dejado a la señora Paula

porque ella no podía tener hijos. Le dio el divorcio judío y todo, para así poder casarse con una doctora judía también: ¡la ginecobotetra de Paula! Alicia recordaba todo como una historia de terror. Me dijo que cuando el hombre se aparecía para buscar sus pertenencias las discusiones se escuchaban en todo el edificio. Una vez hasta se oyó un golpe que hizo vibrar las ventanas. Alicia se asustó tanto que fue incapaz de moverse para averiguar lo ocurrido. La conserje vio salir al hombre cargando sus cosas, con una tremenda cortada en la cara. Él no volvió más y a Paula no la vieron en varios días.

Otro cambio que advertí en el edificio a mi regreso fue la notoriedad de Edgardo. Ese señor ya vivía ahí cuando me mudé recién casada y, la verdad, nunca fue agradable. Recuerdo que mi esposo, cuando se refería a él, lo llamaba Mala Cara. Pero en los cuatro años que estuvimos en el Yagua, apenas si nos lo cruzamos. Trabajábamos en la calle y Edgardo también, por lo que pocas veces coincidíamos. Además, él aún no era el demonio en el que se convertiría después. Porque a mi regreso tanto el vecino como yo seguíamos trabajando, pero entonces era imposible obviar su presencia. Es que se las ingeniaba para hacer invivible a los vecinos cada minuto que él pasara en el edificio.

Ignoraba si algo malo le había sucedido, empeorando su naturaleza. Y la wikipedia de las residencias, Alicia, tampoco sabía. Pero me contó que, antes del divorcio de los Almarza, el señor Edgardo ya estaba empezando a dar avances del futuro que nos ofrecería. Un día la señora Paula venía entrando

al edificio y la joyita que habita a mi lado ya estaba montado en el ascensor, desde donde se ve claramente la puerta de vidrio de la entrada. Cuando ella se estaba acercando, él dejó que el ascensor se cerrara. Paula se puso muy brava por el desplante. Cuando logró subir, él aún estaba peleando con la cerradura rancia de la puerta de su apartamento, que no se dejaba abrir. Ella no aguantó y le reclamó su mala educación. Sin voltear siquiera, el hombre le gritó:

—Mejor es que suba por las escaleras, a ver si rebaja ese culo que dentro de poco no le va a caber en el ascensor.

Pero en ese mismo momento el esposo de Paula abrió su puerta y oyó todo. Salió muy molesto y le reclamó la grosería al vecino, y al viejo ese no se le ocurrió sino decirle que agarrara a su familia de cerdos y se devolviera para Auschwitz. Bueno, al parecer Simón se le fue encima y Paula tuvo que agarrarlo. Enseguida recobró la cordura y le gritó a Edgardo que él sí era un hombre decente y no iba a golpear a un anciano, pero que si volvía a ofender a su esposa, se le iba a olvidar toda la educación. El vecino se reía cuando cerró la puerta de su apartamento, pero me cuenta Alicia que mientras Paula estuvo casada, a Edgardo no se le ocurrió meterse con ella otra vez. Cuando Simón se fue definitivamente, a la pobre no le quedó otra que asumir su propia defensa. Durante un tiempo hizo lo posible por no encontrarse con Edgardo, pero luego decidió no temerle más.

Preguntas indiscretas

UNAS HORAS DESPUÉS de que Alicia y la señora Paula llegaron de la clínica, mi vecinita de enfrente me llamó por teléfono para contarme que iba a convocar a todos los propietarios a una reunión extraordinaria. Me comentó (como si yo no supiera) que Paula estaba tristonza y había preferido quedarse sola en su apartamento. De hecho, Paula estuvo sin salir un par de días, silenciosa, quizás deprimida, recuperándose de su herida. Cuando nuevamente la vimos, ya Alicia había llamado a todos los integrantes de la junta de condominio. Hasta había hablado con la administradora del edificio con la esperanza de encontrar alguna irregularidad en los pagos de la alícuota del señor Edgardo: por algún lado lo teníamos que agarrar. Por su parte, Paula solo abría la boca para despotricar del vecino. Incluso desde mi apartamento podía oírla hablando mal del hombre con Alicia. Estaban tan concentradas en el futuro que le forjarían que no notaron su ausencia.

Cinco días después de aquella mañana de nubarrones y dedos cercenados con botellas rotas, Alicia me comentó que

no había visto más al vecino. Me preguntó si yo sabía algo de él. Le dije que no. La señora Paula negaba habérselo encontrado desde entonces.

—Ni siquiera se siente a Cabrón arañando la puerta del apartamento —dijo Alicia.

Como hacía cada vez que quería salir a cagar el edificio, pensé; pero no lo dije en voz alta. A Alicia le había extrañado mi ausencia en la planificación de la estrategia para deshacerse del vecino, y en un momento a solas se me acercó para preguntarme la razón. Al decirle que no me ocurría nada, se confesó:

—Ay, chama, es que... —dijo bajando la voz y titubeando—. Discúlpame, yo sé que esto que te voy a decir apesta...

«Apesta»... La verdad es que los doblajes mexicanos de las películas gringas han dañado el español venezolano.

—Es que —prosiguió la muchacha— el día que fuimos a la clínica la señora Paula y yo, cuando regresamos y la dejé instalada en su apartamento, al rato... Bueno, chama, más tardcecita fui hasta tu puerta para tocarte. Quería hablarte de lo inaceptable del comportamiento de ese señor. Quería comentarte que incluso debíamos llamar a la policía, porque lo de la señora Paula fue una agresión. Pero cuando me acerqué... Ay, chama, yo sé que no es de mi incumbencia, y no te lo pensaba mencionar, pero ahora te veo tan distante que... Bueno, yo te escuché llorando.

Malditos apartamentos que dejan oír todo. Estúpida por quedarme llorando en la cocina, sabiendo que está frente

a la puerta. Y estúpida también por llorar. Lo creí controlado, pensé que esta vez no lloraría. Y lo logré por un rato; me contuve un buen tiempo después de colgar el teléfono. ¿Cómo es posible que una conversación con mi exesposo me descomponga de esa manera? ¿Acaso no sé ya quién es él? Ahora resulta que hasta este apartamento se va a vender. ¿Cómo alguien puede ser tan insensible?

Me dejé. Un día llegué del trabajo y no pude entrar a la casa. Le daba y le daba a la cerradura, pero la llave no giraba ni un poco. Lo llamé al celular y al contestar me participó la situación:

—Cambié la cerradura. Esto se acabó.

Yo no entendía nada. Estaba parada en el umbral de la que se suponía era mi casa, con la cartera en el brazo, una bolsa de papel en una mano y el teléfono en la otra, sin entender nada.

—¿Qué pasó?— dije por reflejo condicionado. Respondió que se iba a divorciar. Que me fuera, que no tenía nada que hacer ahí.

Todo se salió de lugar en ese instante. Las cosas alrededor se acercaban y alejaban, como cuando enfocas una cámara. Se me entumecieron las piernas. Dejé de sentir el piso bajo mis pies. No era capaz de sentir en ese momento. Más bien, no era capaz de entender. En la mañana había salido al trabajo despidiéndome de mi esposo, que ese día había decidido quedarse un rato más en la casa. Cerré la puerta con mi llave. Fui a trabajar y cuando salí a las seis de la oficina le

envié un texto preguntándole si quería que comprara *sushi*. No me respondió, pero yo igual compré.

Parada frente a esa mole de madera sólida que se había negado a abrir con mi llave, bajo el volado que la protegía del agua y el sol, entre los novios que desde amplias jardineras laterales la enmarcaban, no sabía qué hacer. Solo se me ocurrió llamarlo una segunda vez, y al atender preguntó de forma violenta:

—¿Qué pasa?!

—Pero, Roberto, qué pasa te pregunto yo a ti —alcancé a decir con un gran esfuerzo de mis cuerdas vocales reseca.

Entonces, me soltó brusco que no tenía por qué darme explicaciones, que hablara con su abogado. Empecé a balbucear que cómo no me iba a dar explicaciones, pero me interrumpió con un suspiro impaciente y, sin darme el consuelo de la palabra, colgó. Volví a llamarlo y no atendió. Marqué el teléfono de la casa y lo oí sonar y sonar. Tampoco contestó. Empecé a hiperventilar; los ojos se me aguaron, pero no salían lágrimas. Estuve mucho rato parada en la puerta, tocando el timbre y llamando por teléfono. Hasta que abrió una mujer en *lingerie* para dormir.

—Mira, hija —dijo en voz baja y mirándome a los ojos—, ¿no entendiste el mensaje? Ya no vives aquí.

Me quedé paralizada. Sentí como si un bloque de hielo me subiera por el espinazo y se me instalara en la base del cráneo. Un sabor a sangre se apoderó de mi boca. Todo era verdad, pero al mismo tiempo irreal. No recuerdo haber respirado mientras esa mujer alta como modelo estuvo con

la puerta abierta. Me intimidó su mirada anclada en mí, sus palabras con ese tono imperturbable. Tampoco recuerdo el trayecto en el carro. Sé que rodé y rodé, sin rumbo. Cruzaba, seguía recto, me detenía en las luces rojas, o no. En algún momento caí en la cuenta de que debía ir a algún lugar, pero no sabía a dónde. ¿Cómo iba a aparecerme en la casa de mis padres? ¿Qué les iba a decir, si ni siquiera yo entendía lo que estaba pasando? Al final tiré la toalla y me fui a su casa. Estaba apenada, no sabía qué explicación dar. ¿Me habían botado de mi casa? ¿Era eso lo que había pasado? Estaba confundida, contrariada, avergonzada... humillada.

De la casa ni se habló, porque aun cuando los padres de mi esposo nos la habían regalado para que hiciéramos nuestro hogar ahí, siempre estuvo a nombre de ellos. Nunca se hizo el cambio de propiedad. El apartamento de Tucacas que compartíamos con su morocho, porque lo habían comprado entre los dos, estaba a nombre del hermano. Y en cuanto a su empresa, formada en sociedad por los integrantes de su familia, a la hora de discutir los términos del divorcio resultó que, como por arte de magia, mi esposo no aparecía como accionista.

Y ahora decidía quitarme el apartamento también. El palacio adonde llegué recién casada. Ese primer nido del que partimos para mudarnos a la casa. La caverna pringosa donde tuve que regresar abandonada, desechada. Menospreciados mis sentimientos, arrebatados mis derechos. Y ahora esto también tenía que perderlo.

—Mira, Alicia, es que recibí una llamada de mi mamá. Resulta que una tía se murió. Eso me desconsoló. Me puse sentimental. Por eso lloré ese día y por eso mismo he estado un poco distante. Tú sabes, estoy de luto.

Si de mosquitas muertas se trata

PARECÍA QUE A la vecinita no se le pasaba nada. Una no podía ni echar una lloradita sin que ella se enterara. No sé cómo hacía para saber tanto de todos en el Yagua. Porque, honestamente, no me imagino a Paula, por ejemplo, contándole su vida. ¿De qué manera se enteraba esa carajita de todo lo que pasaba en el edificio? El mayor contacto que yo tenía con mis vecinos era el «buenos días» y el «buenas noches» diarios. Solo sabía lo que me contaba Alicia, porque le encantaba meterme en su apartamento a tomar café, o peor, meterse en el mío para lo mismo. Al fin y al cabo, desde mi regreso al edificio hacía casi un año yo estaba muy sola y de algo me servía la compañía. Al menos hacía que sintiera los pies en el piso... que me sintiera en este mundo.

Ella era economista de la Católica y había empezado a trabajar en el Banco Central desde antes de graduarse. Entraba y salía del edificio con sus pantalones pegaditos y sus chaquetas a juego. Nunca iba al trabajo en falda, y los tacones que usaba eran de máximo cinco centímetros. Caminaba derechita con la cartera de turno apretada al cuerpo y sus cabellos lisos danzando en el aire.

Debido a los problemas políticos de los últimos años en el país, que alcanzaron al banco, Alicia había estado aguantando chaparrón tras chaparrón. Porque a quienes abiertamente se oponían a los despropósitos de los jefes del *proceso*, los jubilaban antes de tiempo, no les otorgaban los ascensos que merecían ni les daban labores relevantes. No me imagino en esa situación. Y tampoco me la imaginaba a ella, con esa carita de perro hambriento. No sé cómo había podido soportar. ¿Cómo no se había dejado joder? La verdad es que caras vemos, cuatriboleados no sabemos. Porque esta muchachita debía tener lo suyo para seguir cayendo parada, como los gatos.

Un día resolvió mudarse de la casa de su infancia y vivir sola, para cortar el cordón umbilical... Será el que tenía con sus padres, ya que ese cordón en el Yagua fondeó en varios puertos seguros. Porque ella, así como era conmigo, era con Paula y otros vecinos: amiguera y confianzuda. Realmente estaba bastante acompañada en su independencia. Sin embargo, a mí me veía más como la figura materna, protectora. Yo no sabía por qué, pues soy menor que Paula y apenas le llego al hombro. No es que yo sea baja, pero comparada con la señora Paula me veía insignificante. Además, luego de todo lo vivido durante el último año, yo había perdido mucho peso y lucía delgada. Lo cierto es que, si alguna de las dos podía proteger a alguien, esa era Paula.

Alicia era soltera porque no había llegado el elegido, según decía. Había tenido unos noviecitos, pero nada serio.

Yo conocí a uno bien simpático, pero quería meterse a vivir en el apartamento. Ahí yo sí hablé y le dije que si alguien la quería, debía ofrecerle casa. ¿Cómo es eso de que ella es quien va a proporcionar la vivienda? ¡Qué va! ¡Chulo a administrar putas! No hay necesidad de eso, le dije. Siendo joven y, bueno, medio agraciada, podía encontrar algo mejor. Pero al parecer los hombres hoy en día no buscan una pareja, sino una mamá que los mantenga. Lo cierto es que, entre una cosa y otra, esa relación se acabó. La muy boba estuvo una semana completa con los ojos hinchados y distantes. Hay que ver que las mujeres nacemos con la autoestima dañada.

Desde entonces no la vi con nadie más. Iba y venía tan inocua como siempre. Y una semana después del rompimiento, volvió a lo suyo: sobre quien le preguntaras, sabía la historia. Y solo hacía falta mostrar un poco de interés para que se extendiera en el cuento como si uno tuviera todo el día para hablar.

Sí, puede ser que la muchacha fuera mi cable a tierra. Pero qué distintas Alicia y yo.

Empieza la investigación

EL SOL HA tomado fuerza e ilumina toda el área de la sala y el comedor. El *beige* de las paredes de mi apartamento refleja la luz como espejo. El monocromático ambiente palidece aún más con la claridad. Todo queda envuelto en una bruma miope como en los cuadros de Reverón. Desde mi balcón veo llegar una patrulla de Polibaruta. La jardinera de la ventana es un desierto, por lo que no hay nada que me obstruya ver lo que pasa abajo. La conserje está esperándolos en la reja del edificio. Alicia le avisó lo sucedido y la doña, muy presta y curiosa, salió para recibir a los oficiales. Esta calle es incómoda porque es ciega y los carros se estacionan de lado y lado. Siempre hay que pararse y ceder el paso al vehículo que viene en sentido contrario porque casi no queda espacio para circular. Esta vez la patrulla debe retroceder y salir por la garita que cierra la calle para dar paso al camión de la basura que se lleva las bolsas de desperdicios acumulados por más de una semana. Qué alivio.

La conserje le abre la reja a la patrulla para que entre. Nuestro estacionamiento rodea el edificio y es al aire libre, sin techo, por lo que los carros se vuelven hornos durante el día. Y para llegar a la entrada principal del Yagua, vengas en carro o a pie, luego de franquear la reja blanca debes atravesar el estacionamiento. El conductor de la patrulla pasa y aparca frente a la entrada, obstruyendo los escalones que dan a la puerta de vidrio y la rampa de discapacitados. Quizás si hubiésemos tenido un hidrante un poco más allá, hubiese estacionado justo ahí.

Estoy en el apartamento porque me cansé de permanecer parada en el pasillo haciendo nada. Por la mirilla veo cuando los polibarutas llegan jadeando al piso siete, luego de subir las escaleras. El ascensor estaba funcionando temprano en la mañana cuando salí a botar la basura, pero al parecer ya se volvió a trancar. Escucho claramente cuando le dicen a Luis Alfredo, el hijo del señor Edgardo, quien sigue acompañado de Alicia y Paula, que ese caso no es de su competencia y deben contactar al CICPC. Los oficiales hacen la llamada y dicen que se quedarán hasta que lleguen los detectives. Uno de los policías es un muchacho alto, flaco y moreno, como el cantante Chayanne, pero con pelo malo. Desde la mirilla de mi puerta puedo detallar su boca, grandota y llena de dientes en formación militar, aunque quizás la distorsión que hace el ojo mágico esté exagerando sus rasgos. Me quedo ligando que alguien lo haga reír para verle la sonrisa. Debe ser un espectáculo.

Los del CICPC se dan su bomba, tardan en llegar. Claro, son el Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas, otrora Policía Técnica Judicial. Es que al Gobierno actual le dio por cambiarle el nombre a todo, como si rebautizar las instituciones fuera crearlas. Lo que pasa es que el caudillo quiso mear su territorio, como macho alfa, y cambió nombres de ministerios, parques nacionales y hasta el del país. Solo para mostrar que era omnipotente. Pero nada cambia. En realidad, es más de lo mismo.

Lo cierto es que los del CICPC llegan en una camioneta Toyota blanca sin logo ni placas y apenas toman en cuenta a la conserje. O sea, le quitan el protagonismo a la pobre señora Margarita, que rechonchita así como es, se mueve como una gimnasta. Abre la reja, se apresura a indicarles dónde estacionar, los guía hacia la puerta y ellos le pasan por un lado, ignorándola. Cuando los detectives llegan al séptimo piso, ella viene pisándoles los talones. Los tipos, ambos de corbata pero sin saco, conversan brevemente con los polibarutas, quienes luego se retiran. Chayanne se va sin sonreír. Antes de entrar a los dominios del señor Edgardo, hablan con Luis Alfredo, mientras repasan el área del pasillo con la mirada. Luego se meten en el apartamento. Entonces abro la puerta y salgo.

Alicia me cuenta todo lo que ya sé. La señora Margarita se queda con nosotras, muy atenta, con su manojito de llaves tintineando en la mano, sonido que ya los del edificio relacionamos con su presencia. Paula entra y sale de su morada

a cada momento, se recuesta en el lindel y con cara de póker mira hacia el apartamento del desaparecido. Yo no podría decir qué está pensando.

Al cabo de un rato, Margarita baja porque han llegado más oficiales. Resultan ser forenses. Suben las escaleras y entran prestos al apartamento. Luis Alfredo sale con los dos detectives que llegaron primero, y el resto de los investigadores se queda adentro. Entonces uno de los agentes, el que luce mayor, hace un escaneo visual por el pasillo y detiene la mirada en mí.

—Usted no estaba aquí hace un rato —me increpa sin anestesia.

—No, no estaba —le contesto más rápido y con más seguridad de lo que yo misma espero.

—¿Usted habita este apartamento? —pregunta señalando con un movimiento de cabeza hacia mi puerta cerrada.

—Sí —respondo sin titubear—, vivo ahí.

El detective me ve por un nanosegundo, dejándome la sensación de que me ha radiografiado. De inmediato, sin cambiar la expresión ni decir nada más, me da la espalda y empieza a hablar con su compañero, excluyendo a Luis Alfredo de la conversación. Ambos detectives son altos, pero el más joven lo es tanto y tan flaco que parece una plastilina estirada. Dialogan en voz baja y en clave, o por lo menos yo no entiendo lo de la pesquisa y la peinada. Empiezan a hablar de unos testigos; entonces supongo que se refieren a otro caso. Tengo a Alicia pegada a mi cuerpo como una concha. No se

suelta las manos. Caramba, se va a sacar sangre de tanto estrujárselas. La señora Paula continúa en el lindel de su puerta observándolo todo como sin ganas. Y la conserje, que subió con los forenses, sigue haciendo tintinear sus llaves. Son las once y media de la mañana y huele a carne guisada. En los otros pisos aún no se han enterado de lo que pasa y siguen llevando su sábado como cualquier otro.

Una de tantas víctimas

UNO DE LOS que subieron a ver lo que pasaba fue el señor Fernando, el del piso cuatro. Para ese entonces, me había vuelto a meter en mi apartamento y observé por el ojo mágico cuando se detuvo frente a la puerta del viejo con los brazos cruzados y echó una mirada hacia adentro. Como era de esperarse, él también había tenido encontronazos con el señor Edgardo, pero uno de ellos había sido especialmente grave. El señor Fernando tenía un *golden retriever*. El perro ya contaba con once años, por lo que el pelo no le brillaba tanto como a los cachorros, pero seguía siendo hermoso y, sobre todo, era un amor. Se acercaba a saludar moviendo la cola y se detenía si su dueño se lo mandaba. Yo siempre le acariciaba la cara, y él, en éxtasis, se dejaba.

El perro del señor Edgardo era todo lo contrario. No era amable ni batía la cola. Se quedaba viéndolo a uno, amenazador, y como es normal en los *rottweiler*, era voluminoso y tenía una fuerza peligrosa. Ya lo había demostrado cuando, luego de escaparse de su apartamento porque Edgardo había

dejado la puerta abierta, atacó a la mascota de la vecina del piso uno, la señora Emperatriz, un labrador que aun cuando era más grande que el *rottweiler*, no conseguía librarse de sus fauces. Entre cuatro personas lograron que Cabrón soltara al pobre Draco, que terminó con el cuello ensangrentado.

Nada se pudo hacer en esa ocasión en contra del señor Edgardo. Se le reclamó el descuido de la puerta y se le pidió que le pusiera un bozal a su perro, pero se negó rotundamente. Ante su negativa, le dijimos que debía sacarlo del edificio porque era un peligro. Ese animal era capaz de atacar a un niño, hasta a un adulto. Dijo que ni se llevaba a su perro para otro lado ni le iba a poner un bozal.

Al tiempo, en otra escapada del perro por la indiferencia de su amo, la víctima fue el *golden retriever* del señor Fernando, solo que esta vez, cuando lograron despegar a Cabrón, Toby ya estaba muerto. Ahí sí se formó un tsunami en el edificio. El señor Fernando se salió de sus cabales y, entre lágrimas, le gritaba a Edgardo que era su culpa, que le habían pedido embozalar a su perro. Entre varios lo sujetaron para que no se le fuera encima al viejo cuando este le dijo tranquilamente que así era la naturaleza: sobrevivía el más apto.

Llamaron a la policía, a protección de animales y a los periódicos, pero nada surtió efecto. Al parecer, nadie puede hacer un carrizo si a alguien se le ocurre tener en su casa un animal que, obviamente, no es doméstico. Es decir, que si a alguien le da la gana de tener una hiena en su apartamento, nadie se lo prohíbe. Me imagino que si el muerto hubiese

sido un niño, el alboroto habría sido mayor pero igual de infértil. No hay institución que proteja a los ciudadanos de gente como Edgardo.

El señor Fernando, un cincuentón alto y fuerte, con el cabello entrecano como papel periódico, se quedó parado frente a la puerta de Edgardo un momento. Uno de los forenses que iba saliendo le pidió que despejara el área. Él descruzó los brazos, se volteó y se marchó por las escaleras sin despedirse de nadie.

Por primera vez, Guerrero

No sé QUÉ tanto hacen el par de forenses que entraron en el apartamento del desaparecido, porque siento voces pero nada más. Los vecinos de los otros pisos ya deben haber percibido algo fuera de lo común en el edificio, porque veo por el ojo mágico cómo van llegando a preguntar qué pasa.

Como se acumula mucha gente en el pasillo, los oficiales despachan a los curiosos para poder movilizarse mejor. En la tarde empiezan a retirarse y sellan la puerta de Edgardo con cinta amarilla. Cuando pienso que por fin se han marchado, suena el timbre de mi apartamento. Abro y ahí están los dos CICPC que llegaron primero al edificio. El mayor, con la expresión de quien se sabe todo en un examen, es un hombre moreno de poco más de treinta años, con el cabello oscuro y muy corto. Viste un *jean* azul marino, camisa de tela gruesa verde claro y corbata negra. De una cadena gruesa plateada pende de su cuello la placa que lo identifica como funcionario del organismo, y en la cintura del pantalón va enganchada una cartuchera oscura que abraza un arma. Sus

zapatos son de cuero negro, lucen nuevos y están limpios. Se anuncia como el detective Guerrero, mostrándome una especie de billetera con un carnet, y presenta a su acompañante como el detective Morán. Este último, el joven flaco y largo, con apariencia de adolescente y expresión parca, lleva también un arma en su cadera, que debido a su flacura luce enorme. Me piden pasar con el fin de hacerme unas preguntas. No me siento cómoda, pero no me queda otra opción. Cuando están adentro, les ofrezco asiento en los muebles de mi sala —*beige* como las paredes y la alfombra—, que rodean una mesa de centro laqueada en blanco y decorada únicamente con un florero vacío de cristal. No me gusta la idea de que nalgas ajenas se posen en mis mullidos cojines, pero no los voy a dejar parados. Ellos se sientan con toda naturalidad, como si fueran visita frecuente. El que se presentó como Guerrero se ubica donde yo pensaba sentarme, donde lo hago siempre. No le voy a decir que se cambie. Me quedo de pie un momento buscando otro puesto; uno que no es el mío. Se me quedan viendo sin pronunciar palabra, hasta que me siento. Ahí empieza el ataque.

—¿Cuál es su nombre completo? —pregunta Guerrero.

—Patricia Carolina Mirabal Rodríguez —respondo viéndolo a los ojos.

—Profesión —dice, mientras su acompañante toma notas.

—Contadora.

—Lugar de trabajo.

—La Torre Humboldt. Aquí mismo.

—¿Desde cuándo vive en el edificio?

—Desde que me mudé —digo con toda la intención de ser odiosa.

—¿Y cuándo fue eso? —pregunta sin cambiar el tono ni la expresión de su rostro.

—Bueno, yo viví aquí hasta hace unos nueve años. Luego me mudé y regresé hace casi un año.

—¿Y cuándo conoció al señor Edgardo?

—Antes de irme la primera vez.

—¿Por qué vivió ocho años fuera del edificio?

No me esperaba esa pregunta. No puedo disimular la contracción involuntaria de los músculos de mi cara. Luego de un momento, contesto en un susurro, bajando los ojos... y la guardia:

—Mi esposo y yo nos habíamos mudado a otro lugar. Ahora tengo más de un año separada.

Guerrero hace una pausa, considerando la velocidad con la que lleva el interrogatorio. Entonces pregunta:

—¿Cómo es su relación con el señor Edgardo Aguirre?

—¿Cuál relación? Con ese tipo no se podía tener una relación.

En ese momento su acompañante por primera vez aparta los ojos de la libreta. Me observa por un instante sin variar la parquedad de su rostro. Luego vuelve a su labor de secretario y Guerrero retoma la preguntadera. En esas hojas quedan transcritas mis experiencias: mi matrimonio, la primera mudanza,

la segunda, la separación y mi regreso. Le cuento que el señor Edgardo, si bien no era un pan dulce hacía nueve años, ahora estaba peor. Le digo que todos en el edificio lo detestan porque es como una plaga. Él y su perro pulgoso.

También le comento que desde hace una semana nadie lo ha visto. Sí, sé que es exactamente una semana.

—Mire, detective, si usted viviera al lado de un adolescente que toca batería en un grupo de rock, ¿no notaría el día que no practica?

Guerrero, por primera vez, dibuja una sonrisa. No es la bocota llena de dientes del polibaruta alto, pero no está mal. Se levanta y dice que es todo por ahora. Me extraño con su comentario y le pregunto si me interrogarán de nuevo.

—La investigación apenas comienza, señora. Irán surgiendo nuevas preguntas.

Me llamó señora... Pero y a este qué le pasa; si acaso le llevaré unos diez años.

Me quedo mirándolo sin decir nada. Él y su acompañante se despiden. El tal Morán, vestido todo de negro, es un tipo tan gris que apenas se notó durante el interrogatorio. Por un momento me pareció que se había mimetizado con el mueble donde estaba sentado. Ni siquiera me da la mano antes de irse. Guerrero, por el contrario, extiende la suya y aprieta con fuerza. Al cerrar la puerta me quedo viendo por la mirilla cuando bajan las escaleras. Me llevo la mano a la cara. Huele a perfume.

Un nuevo aire para el Yagua

AUN CUANDO EL edificio se llenó de policías e interrogatorios, la paz que se sentía con la ausencia de mi vecino de la izquierda era notable. Todos teníamos otra cara. Entrábamos y salíamos saludando cordialmente. Ya nadie debía caminar pendiente de no pisar una caca, temer que su puesto de estacionamiento estuviera ocupado al regresar del trabajo ni calarse la pestilencia del perro sucio ese... me refiero al *rottweiler*, no al señor Edgardo. Por lo menos así me sentía yo, relajada. Y sé que otros también, porque a Paula le había cambiado el humor y estaba más risueña. Y el señor Fernando, el dueño del fallecido Toby, me comentaba muy serio, con su voz cavernaria, cada vez que me veía:

—¿Y cómo está todo por allá arriba en el piso siete, vecina? Mucho mejor, ¿verdad?

Yo sonreía cómplice, dando el veredicto de aprobación. Igual hice cuando me encontré en la planta baja con la señora Emperatriz, la del Labrador.

—Chica —me dijo mientras acariciaba a su perro justo donde estaban las marcas de los dientes de Cabrón—, la verdad es que se está tan tranquilo aquí sin ese señor. Y que Dios me perdone.

Ciertamente, cómo cambian las cosas cuando uno se quita un peso de encima. Con la nueva situación, el edificio no lucía tan feo ante mis ojos. El hecho de que los peatones tuvieran que pasar por el estacionamiento para llegar a la puerta principal ya no me parecía tan ordinario. La madera oscura con la que estaban forradas las paredes de la planta baja, herencia de los años sesenta, se veía hasta bonita. No me disgustaba tanto tener que subir los siete pisos cuando el único ascensor funcional estaba trabado en el sótano. Ya no veía el granito de las escaleras como el de una casa de abuelitos.

Por supuesto que era un fastidio pasar por los interrogatorios. Al principio hasta tuvimos que ir a la sede del CICPC a rendir declaración. Dígame eso, el viejo idiota ese desaparece y nosotros tenemos que pasar trabajo. Menos mal que solo fuimos una vez. El resto de las conversaciones con los detectives fueron en el edificio. Luego de las primeras entrevistas, que al parecer les hicieron a todos los habitantes del Yagua, el detective Guerrero se concentró en unos pocos vecinos. Esa era mi impresión, porque no vi que hablara más con la viejita jorobada del once ni con el árabe de ojos seductores del trece. Los del *pent-house* hasta se fueron de viaje, y no importó. Guerrero y Morán, quienes finalmente fueron los que se mantuvieron visitando el edi-

ficio, hablaban con la conserje, el señor Fernando, dos o tres vecinos más y las del piso siete.

La señora Paula recibía a los detectives con cinismo. Yo en mi apartamento y ella en el suyo, y aun así escuchaba claramente su voz. Comentaba el comportamiento odioso del señor Edgardo con todos en el edificio y lo tranquilos que estábamos sin él. Les decía a los detectives que vieran su pie, donde tenía una sutura de tres centímetros.

Alicia, por su parte, apretaba las manos contra su estómago cuando aparecían Guerrero y Morán, y solo las soltaba para empezar a tirar de algún mechón de su cabello. Tartamudeaba y miraba para todos lados, como esperando ayuda. Yo la veía desde el pasillo cuando salía a botar la basura, porque la muchacha no cerraba la puerta de su apartamento cuando los policías estaban con ella.

A todos les preguntaban por todos, y todos aprovechaban para sacar sus novelas a relucir. Me enteré de que la respingada del dos, una flaca cuarentona y casada que se vestía como carajita, con chorcitos y franelitas pegadas —una de las que subía al tres en el ascensor y bajaba un piso por las escaleras para ir a su apartamento—, estaba diciendo que el señor Edgardo le echaba miradas licenciosas y que no le extrañaría si el joven trajeado del piso seis hubiese tenido una riña con el viejo por eso, pues ese muchacho también le tenía el ojo puesto a ella. Asimismo escuché acerca de la lista que la conserje les dio a los detectives con todos los adolescentes sospechosos de fumar marihuana en el edificio. Y hasta el gordito

del cuatro aprovechó para denunciar que los del piso cinco justo encima de él hacían fiestas muy ruidosas y hasta tarde.

Quizás la historia que más resonó entre las paredes del Yagua fue la del vecino del seis, el que vivía justo abajo del apartamento del desaparecido. Comentó que, en más de una oportunidad, había escuchado discusiones allá arriba muy entrada la noche. Eso le extrañó, dado que nadie le conocía visita a ese tipo. Dijo que las discusiones, aun cuando no eran desmedidas, sonaban acaloradas. No podía distinguir las palabras que decían, pero las dos voces masculinas, la del señor Edgardo y la otra, usaban una entonación agresiva. Por mi parte, con todo y que lo tenía al lado, nunca escuché nada. Quizás sea porque ocurría muy tarde, cuando ya estaba dormida, y mi cuarto no da a la pared común entre los dos apartamentos, sino que está ubicado en el extremo más alejado. O quizás sea porque tenía casi un año tomando somníferos para dormir.

En cuanto a mí, no pensaba publicar conjeturas y chismes. ¿Qué podía decir de las dos vecinas a quienes más conocía en el Yagua? Seguro la señora Paula era la primera a la que cualquiera imaginaría cayéndole a martillazos al antisocial, pero me daba la impresión de que ella era un perro que ladra y no muerde: mucho grito, mucho manoteo, pero esa humanidad tipo Tyson no era capaz de hacer algo malo. En cuanto a Alicia, la verdad es que tenía el prototipo de tira la piedra y esconde la mano; una mosquita muerta, pues. Siempre con cara de perro pedigüeño, pero a la hora de la verdad

ahí estaba, aguantado movidas de mata en una institución secuestrada por el Gobierno, viviendo sola y organizando conspiraciones en contra del vecino. Esa chiquilla asustadiza, que le tenía miedo hasta a la sombra de Cabrón, definitivamente tenía *punch*.

Guerrero, otra vez

ES LA SEGUNDA vez que Guerrero y Morán se aparecen en la puerta de mi apartamento. Hoy estoy más presentable. Sabía que vendrían porque llamaron para asegurarse de que estuviera en casa. Al llegar de la oficina, me quité el taller azul que llevaba y me duché. Me he puesto un vestidito de rayón con flores rojas pequeñitas que compré en uno de los viajes con mi esposo. Me he peinado y maquillado, pero solo un poco.

Los saludo cordialmente y los hago pasar. Hoy no llevan las placas colgadas del cuello. Se sientan sin esperar a que los invite a hacerlo. Guerrero repasa lentamente el área con los ojos. Ve mi comedor laqueado en blanco con las sillas forradas en *chenille beige*. Observa los bambúes que tengo en un jarrón grueso de cristal sobre esa mesa. Finalmente, posa la mirada en las calas de agua que hoy decoran el florero de la mesita de la sala.

Pongo portavasos para servirles agua. Me da grima cada vez que Morán —el detective flaquito que nuevamente viste todo de negro— levanta el vaso y se lo lleva a la boca.

La mano le tiembla y no respiro solo de pensar que me vaya a mojar algo. Durante la entrevista, mis ojos se pasean entre Guerrero y la mano tembleca de Morán.

—¿Dónde estaba usted el domingo en que la señora Paula Almarza fue llevada a emergencias? —suelta Guerrero.

—¿A qué hora, específicamente? —pregunto.

—En la mañana.

—En la casa.

—¿Y en la tarde?

—También.

—Claro —dice Guerrero sin quitarme la mirada—. ¿Qué hizo cuando la señorita Alicia Domínguez llevó a la señora Almarza a la clínica?

—Como les dije en sus oficinas, me quedé en mi casa. Era domingo y eso es lo que hago los domingos. Me quedo en casa.

—¿No salió?

—No.

—¿No vio al señor Edgardo Aguirre?

—No.

Mientras Guerrero me hace las preguntas, Morán anota en su libreta. La conversación no dura mucho. De un momento a otro el detective principal, de *jean* ajustado, camisa amarillo pastel y corbata marrón, se levanta y dice que es todo por ahora. Vuelvo a preguntarle si seguirán interrogándome.

—Claro, señora. Todavía hay mucho que investigar.

—Pero ya me han entrevistado tres veces. Ya yo no tengo más nada que decir.

—Siempre hay algo más que decir.

—Caramba, es increíble que ese señor, que nos hizo la vida tan imposible, ahora nos siga molestando.

Morán, quien ya se ha puesto en pie, me echa una de sus económicas miradas.

—De verdad no me parece necesario que sigan molestándonos —digo, como hablando en nombre de todos en el edificio.

—Pero así tendrá que ser —contesta Guerrero de inmediato, con expresión solidaria. Y con el mismo tono suave agrega—: además, me interesa el hecho de que usted dé por muerto al ciudadano Aguirre.

—¿Por qué piensa que yo lo doy por muerto? —contesto abriendo los ojos con sorpresa— Yo no dije eso.

—Es que usted es la única en el edificio que se refiere a él en tiempo pasado.

El comentario no me gusta y mi cara se lo debe haber dado a entender. Salen sin decir más y Guerrero vuelve a extenderme la mano.

De nuevo deja el aroma de su colonia en mi apartamento.

Secretos

A TODOS EN el edificio les han preguntado por todos, menos a mí. Conmigo Guerrero no ha pasado de las preguntas personales. Cada vez que viene a mi apartamento es, como dicen, un toque técnico. Llega y se va. Aquello no da tiempo ni para que el agua en la mesa pierda el hielo.

Por otro lado, yo no tengo mucho que decir. No sé lo que hicieron mis vecinas luego de la cortada de la señora Paula, cuando desapareció Edgardo. La verdad es que me aislé un poco durante esa semana oscura que transcurrió entre el suceso de las botellas rotas y la llegada del hijo del vecino en búsqueda de su padre. La llamada de mi exesposo, que entró justo cuando Alicia se llevaba a Paula para la clínica, me descompuso de una forma que pensé superada.

Cuando hace más de un año me enteré de la vida paralela que mi ex llevaba, y de su resolución de abandonarme, lo que sentí fue un deslave de emociones que no pude contener. Se fueron despegando de mi pecho dolorosamente, como flema endurecida, rasguñándome las entrañas. Mis manos tra-

taban de atajarlas, pero todo esfuerzo fue inútil. Quedaron regadas a mi alrededor hasta que se las fue chupando el piso.

La reacción inicial, que no ocurrió de inmediato, fue algo más grande que yo. Dos días después de ser notificada de mi nuevo estatus en el umbral de la que creía mi casa, mi esposo me llamó muy temprano para decirme de manera despectiva, casi con asco, que había metido mis cosas en unas cajas y quería salir de ellas ese mismo día. Que a dónde me las mandaba. Cuando trancó el teléfono, la razón se me desencajó. Algo tomó el control de mi existencia. Estaba enajenada y las cosas que hice a continuación fueron de una temeridad que asusta. Todo aquel fragmento de mi vida está en recuerdos borrosos, como actos de alguien distinto a mí. Pero los registros policiales sí quedaron muy claros.

Después de ese pico de emociones y acciones irracionales, me sobrevino un bajón inédito. Era como si me hubieran quitado la energía de un solo tirón. Sentí que todo mi cuerpo se aplastaba contra el piso, como una masa amorfa. Lloré como nunca, hasta que llegó el momento en el que ya no tenía fluidos en el organismo ni fuerzas para hacer el gesto. Abatida como estaba, solo abría los ojos sin intención. Y los volvía a cerrar.

Me costó muchísimo recuperarme. Literalmente, me costó volver a ponerme en pie. Estuve semanas tirada en una cama en la casa de mis padres, día tras día, sin cambiarme el pijama. Me despertaba a media noche sin razón alguna, pensando, invariablemente, en mi esposo y la mujer esa. Me que-

daba horas en vela torturándome con recuerdos que dolían, porque para entonces ya entendía su verdadero significado. Cada evocación era una locha que caía espinosa en la boca de mi estómago. No había visto las señales. Quizás no había querido verlas. Pero en esos momentos se me venían todas encima con una crueldad que me hacía retorcerme.

Cuando empecé a salir de la cama fue para ir al psiquiatra, prácticamente obligada por mi mamá. Unas pastillas me hicieron dormir los primeros días. Poco a poco fui recuperando las ganas de comer, de cepillarme los dientes y de bañarme. Esa época no la quiero vivir otra vez: me aterra volver a quedar atrapada en ese tiempo sin minutos ni horas, con una sola idea en la mente, una idea inmóvil; siempre ahí, angustiante, pesada. No puedo permitir que una acción del despreciable de mi exesposo me vuelva a tumbar. Me sorprendió la manera como me afectó esa llamada. Aguanté y una hora después pensé que lo había logrado. Pero al final sucumbí. Creí ser más fuerte, pero obviamente aún estoy vulnerable.

Después de todo, la manzana nunca cae muy lejos del árbol

LOS DÍAS PASABAN, seguíamos viendo a los detectives y parecía que no había avances en la investigación. Por lo menos eso nos contaba Luis Alfredo cuando nos lo encontrábamos en el piso, porque una vez que el apartamento de su padre fue abierto por los investigadores, empezó a ir para limpiarlo, ordenarlo, y quién sabe si hasta para sentir nostalgia.

Así nos enteramos —más bien se enteró Alicia y luego me contó— de que la madre del muchacho había estado casada con Edgardo durante ocho años. El tipo, cuando contrajeron matrimonio, tenía treinta y dos y ella apenas se estaba graduando de la universidad con veintitrés. De hecho, él le había dado clases en la Escuela de Ingeniería. Cuando se divorciaron, Luis Alfredo estaba por cumplir los siete años. Mientras estuvo pequeño, veía a su padre los fines de semana. A medida que fue creciendo, los encuentros se hicieron cada vez más esporádicos. Últimamente era el hijo quien llamaba al padre. Trataba de no perder el contacto.

Alicia, por supuesto, le preguntó por qué nunca antes había ido a visitarlo. Luis Alfredo dijo haber estado en el edificio con anterioridad, pero jamás nos había visto. Visitaba a su padre de cuando en cuando, a la única hora que él se lo permitía: cerca de la media noche. Parece que el señor Edgardo era noctámbulo y se quedaba despierto hasta muy tarde. Ese era el momento que apartaba para recibir la visita de su único hijo.

A Alicia le encantaba Luis Alfredo. Con todo y lo pavoroso de la situación, no podía disimularlo. Él se veía como un muchacho decente. Nosotras comentábamos que se notaba que no había sido criado por el patán de su padre. Estaba soltero, pero con novia e intenciones de casarse, lo cual le enfrió el guarapo a la pobre vecinita. Como todos en el país, él esperaba tener una situación económica más estable para dar el gran paso. No tenía dónde vivir y cada vez que el Gobierno lanzaba una de sus medidas dizque económicas los precios de los inmuebles se disparaban. Tampoco quería alquilar y, aunque hubiese querido, la gente no estaba arrendando debido a que las leyes de inquilinato hacían que el hecho de alquilar fuera un acto riesgoso para el propietario, por no decir suicida. Por eso siempre retrasaba la boda, aun cuando a la novia no le gustaba haber pisado los treinta soltera.

Dos semanas después de que Edgardo desapareció, nos sorprendimos cuando el hijo llegó al edificio con un arquitecto. Nos lo presentó y se metieron juntos al apartamento. Un tal Sebastián. A mí me encontraron en el pasillo porque me

disponía a botar la basura. Alicia estaba afuera porque salió al escuchar la voz de Luis Alfredo. Y Paula abrió su puerta porque, en cuanto los hombres se metieron en el apartamento del desaparecido, Alicia le tocó el timbre para contarle lo que acababa de pasar. Entonces la muchachita nos invitó a una sospechosa taza de café que, una vez instaladas en su cocina, nos preparó sin perder el hilo de la conversación. Nos comentaba que era muy raro que el hijo del señor Edgardo se hubiese aparecido con un arquitecto. A decir verdad, Alicia nos estaba leyendo el pensamiento.

—No sé, chama, digo yo, me parece muy desconsiderado que se ponga a traer arquitectos para ver el apartamento, cuando el caso de su papá ni siquiera se ha resuelto. Ay, no sé, no me parece. ¿Qué?, ¿va a empezar a remodelar para casarse por fin con la noviecita?

Nos quedamos un momento en silencio, cruzando miradas.

—O sea —dijo entonces Paula bajando los ojos y moviendo la cabeza lentamente, en desaprobación—, no sabe si el padre está muerto y ya está pidiendo el ataúd.

No dije nada, pero la verdad es que también estaba sorprendida. Mis vecinas tenían razón. Parecía que Luis Alfredo ya estaba decidiendo qué paredes tumbar para mudarse cuando estuviera casado. Porque a partir de ese día vimos muchas veces más al tal Sebastián.

Eso y el recuerdo del día en que forzaron la puerta de aquel apartamento, cuando Luis Alfredo tomó algo de la

mesa y, sin comentarios, lo metió en el bolsillo de su pantalón, me pusieron suspicaz. Si el hijo de Edgardo me había parecido un alma de Dios al principio, a partir de ese momento empecé a verlo con desconfianza. Se estaba guardando algo.

Segunda parte

Un roce

ME ESTACIONO EN el puesto que me corresponde, equidistante de las rayas blancas que lo delimitan. Es el mayor espacio que puedo dejarles a mis vecinos de lado y lado. No puedo hacer más. Espero que ellos hagan lo mismo y no se peguen de la raya, incomodando el acceso a mi vehículo.

No lo veo acercarse, pero al bajarme del carro tengo a Guerrero casi encima. No puedo alejarme de la puerta sin tropezarlo, ni siquiera para cerrarla. Así de cerca está. Lo primero que me llega es su perfume. Lo segundo es su sonrisa, aún pichirre. De una ojeada noto que lleva *jeans* ajustados y, qué sorpresa, otra camisa manga larga color pastel con corbata unicolor. Como estoy parada sin moverme, con la puerta abierta, él entiende y da un paso hacia atrás. Solo uno. Tengo el espacio mínimo necesario para cerrar el carro. Lo hago con soltura, como si él no estuviera ahí, como si no me incomodara. Estando aún de espaldas escucho que dice:

—¿Y esos rasguños?

Me doy la vuelta, veo que su mirada está sobre el carro y comprendo que se refiere al arañazo que tiene el vehículo. También poso mis ojos sobre el daño y digo con un suspiro exagerado:

—Ese Cabrón de Edgardo... —volteo a ver a Guerrero y aclaro—: Cabrón, el perro.

Ante la curiosidad del detective, le digo que me acompañe a mi apartamento para contarle. No quiero quedarme hablando en la calle. Pronto el día claudicará frente a la noche, y en la lucha previa se producirá ese resplandor deprimente que es el último grito de la luz. Entonces empezarán a llegar todos los vecinos de sus trabajos. Serán mil «buenas tardes» sin sentido ni ganas, forzados, además de los susurros acerca de que el policía está hablando conmigo... Qué va.

Mientras me sigue, le pregunto dónde dejó a Morán y me dice que está en otro asunto. Le digo que le voy a preparar un café como nunca se lo ha tomado.

—Lo compro en grano a unas personas de la Universidad Central de Venezuela —le explico—. Ellos tienen un cultivo *gourmet*, uno de los pocos en el país.

Añado que, contra todo pronóstico, tengo leche entera y puedo preparar en mi pequeña cafetera *espresso* Rancilio un *capuccino* inigualable, digno de la *piazza* San Marco. Le digo que debe esperar un poco porque hay que prenderla y dejarla agarrar presión. Pero que vale la pena.

Cuando entramos al apartamento, comenta enseguida la falta de cuadros en las paredes. Le digo que no me gusta

colgar corotos, que son más cosas para limpiar y además recargar la vista. Él se queda observando. No sé si capta la diferencia sutil entre el *beige* claro de las paredes y el *beige* medio de las columnas y vigas. Posa sus ojos en las gladiolas blancas que hoy ocupan el florero de cristal de la mesa de centro en la sala. Luego mira hacia el comedor y se queda observando el jarrón grueso que ahora, en vez de bambúes marrón claro, contiene un arreglo de estrellitas de belén.

Me disculpo porque el apartamento no está fresco. Le explico que le da todo el sol de la tarde, por lo que es muy cálido al anochecer. Entro a la cocina y me dirijo a la mesa de *pantry* para dejar mi cartera. Al voltearme, Guerrero está nuevamente ahí, justo a un paso de mi cuerpo. Con el movimiento lo rozo y los vellos de mi brazo se estiran tanto que me producen cierto dolor. Como ve mi sorpresa, se disculpa y me da paso, pero no se sale de la cocina. Y a mí me agrada que se quede.

Prendo la *espresso* y saco la leche de la nevera con la intención de meterla en el congelador. Me alegro de haberme vestido bien hoy. Últimamente he tenido ánimo de ponerme bonita. Le explico al detective que para que la leche de un *capuccino* sea perfecta, se debe calentar rápidamente desde lo más frío, sin dejar que hierva. Por eso quiero que pierda más calor mientras preparo el café. Al agarrar el asa de la puerta del congelador dudo un momento. No lo abro y vuelvo a meter la leche en la nevera. Le aclaro que ya está bastante fría.

Metó los granos en el molino y le digo que debo dejarlos de un tamaño apropiado. Gracias a los kilos perdidos

durante el último año, hoy llevo unos pantalones que hacía tiempo no me entraban, y me hacen un trasero de fotografía que Guerrero debe estar viendo. Le explico que el tamaño de la moledura depende de la máquina que se va a usar para hacer el café. Para una *espresso*, una greca o una media, el tamaño varía. Cuando lo tengo listo, aprieto el polvo en el filtro con la prensa. Debe estar bien compactado para que el agua corra uniforme. Le comento que el agua debe tener la mayor pureza posible, pues puede alterar el sabor del café y también dañar la máquina. Entonces me agacho y abro el gabinete de abajo del friegaplatos para mostrarle el juego de filtros especiales que tengo. No doblo las rodillas al hacerlo, sino que dejo las piernas bien estiradas y solo inclino el torso... Ahora es imposible que no me esté viendo el trasero.

Me observa parado en una esquina cuando empiezo a desechar las primeras tazas de café. Le explico que las primeras no son buenas. Se debe dejar que la máquina esté a punto, que la temperatura sea ideal y que la presión la recorra toda. A él le parece un gran desperdicio, sobre todo en la situación actual, cuando no se consigue fácilmente el producto. Le digo que este tipo de café no escasea porque es algo exclusivo y no comercial. Además, si me voy a tomar un café, me tomo el mejor.

Por fin nos sentamos en el *pantry*, tan níveo como sus sillas. He servido el café en unas tazas blancas redondas. Blanco cerámica, no blanco Corelle, que es como leche de magnesia. El *capuccino* despidе calor y aroma. Tiene la tem-

peratura perfecta, esa que no quema ni el café ni parte la molécula de la leche. Todo esto le digo a Guerrero, y él se queda viéndome con su comienzo de sonrisa.

—Esto del café no es para flojos, ¿verdad?

—En lo absoluto —respondo—. Y eso que no te he contado el proceso de escogencia del grano, del terreno, la siembra, la cosecha, la selección y el tostado. En cada uno de esos procesos se puede dañar el café. Entonces ya no sería perfecto.

—Caramba, tanto esfuerzo para tomarse un café.

—No: para tomarse uno perfecto.

Cuando Guerrero hace el gesto de agarrar la taza, titubea.

—Tranquilo, la taza sí se agarra como sabes.

Por fin suelta una risa. No es estruendosa, pero logro ver sus dientes y escuchar una pequeña carcajada.

—¿Tienes azúcar?

—¡No! —respondo con perturbación sobreactuada— ¡Sacrilégio! Mira, Guerrero —lo tuteo, ahora descaradamente—, un café bien preparado no necesita azúcar.

Me observa sin borrar la discreta curva de sus labios. Apenas ahora noto el color verde oliva de sus ojos. Quizás él esté notando el ámbar oscuro de los míos, que tan bien se lleva con el castaño medio de mi cabello. Toma la taza por la oreja y la empina sin delicadeza. Cuando la baja, me dice:

—A mí me gusta más caliente.

—Sabía que ibas a decir eso. Todos los legos lo dicen. Pero esa es la temperatura adecuada. Lo demás es fritanga de panadería.

—¿Y a tu esposo le gustaba así?

Se me borra la sonrisa de una pincelada. Más bien, de un brochazo. Él lo nota, pero no se detiene. Quiere saber más de mi pasado. Le digo que no es mi tema preferido. Pero Guerrero se pone como Cabrón, que cuando muerde no hay forma de sacarle la presa. Entiendo que es mejor hablar.

—Cuando estaba casada no tenía esta máquina. A mi exesposo siempre le pareció un gasto superfluo. Pero yo creo que uno debe darse sus gustos. Por eso, cuando volví al apartamento, la compré.

—¿Y ha seguido teniendo contacto con su esposo? —pregunta, retomando la formalidad.

—Exesposo.

—Aún no sale el divorcio.

—No. ¿Y quién le cuenta a usted todo eso?

—Nadie. Es parte de la investigación.

Me quedo viéndolo, seria. A él no le incomoda mi expresión.

—El divorcio está en proceso —digo finalmente—. Se están fijando los términos.

Acaba su café y me regala una sonrisa un poco más amplia. Me dice que realmente está muy bueno. Me vuelve a preguntar qué hice el día de las botellas rotas. Le repito que me quedé en mi casa. Insiste en mi relación con el señor

Edgardo y le dejo claro, una vez más, que ni yo ni nadie en el edificio teníamos algún tipo de relación con ese señor. Le explico que inclusive no sabíamos de ningún hijo. Guerrero mira hacia la ventana de la cocina, un rectángulo suavizado con unas cortinas de chifón blanco. Se queda pensativo. Luego se manifiesta.

—¿Cómo es posible que, luego de tantos años, nadie supiera que el señor Aguirre tenía un hijo?

—Bueno, así era el grado de no relación que teníamos con él. Pregúntele al hijo... Sospecho que él tampoco estaba muy apegado a su padre. Él nos dijo que lo visitaba muy tarde en la noche. Pregúntele por qué.

Guerrero guarda silencio y luego retoma su línea de preguntas, las mismas que ya me ha hecho varias veces. Me pide que le cuente lo que hice entre el domingo, cuando Edgardo fue visto por última vez, y el sábado siguiente, cuando denunciaron su desaparición. Casi nada le puedo decir: que fui a la oficina, trabajé y volví. Uno de esos días visité a mis padres. Nada relevante.

—¿Y ha hablado últimamente con su esposo?

Qué palangana de agua fría. Ahora sí me cambia el semblante. Y por más que intento, no puedo disimularlo. La venta del apartamento se me viene a la cabeza y empiezo a tener la sensación de frío en la espalda. Hiperventilo. Me siento un poco mareada. Mi cara debe haberse puesto más blanca de lo que normalmente es, porque el rostro de Guerrero cambia de serio a preocupado.

—Oficial...

—Detective —me corrige.

—Detective —digo entre susurros—, es tarde y yo mañana trabajo. Tengo algunas cosas por hacer en la casa. Si acaso es necesario, hablemos otro día. Está bueno por hoy.

Sin llevarme la contraria, Guerrero se para de la silla. Solo cuando lo coge de la mesa, noto que lleva un radio de esos que usan los policías para comunicarse entre ellos. Me fijo en la cartuchera de la pistola ceñida a la cintura y creo ver su placa metida en un bolsillo del pantalón. Me agradece el café y toma mi mano. Comenta que estoy muy fría. Miento y le digo que es normal. Me la aprieta y se despide, diciéndome que no es necesario que me levante. Al girar, ve la máquina *espresso* y se voltea hacia mí sonriendo. Me agradece nuevamente por el café, que de verdad ha disfrutado mucho. Sale de la cocina y yo lo observo todo el trayecto. Aun cuando tengo náuseas, logro detallar que el detective tiene buena re-taguardia. Recuerdo que finalmente no hablamos de los rasguños del carro. Él abre la puerta y se va sin voltear otra vez.

Misterios de mis vecinas

TERMINABA DE ECHAR las bolsas de basura por el bajante cuando las puertas del ascensor se abrieron. Era uno de esos días especiales en los que el aparato sí funcionaba. Aún estaba en el cuartito de los desechos, por eso Paula no me vio cuando se acercó a su puerta con las llaves, haciendo malabares para abrirla a la vez que sostenía la cartera y varias bolsas de automercado. Como cosa rara, no llevaba puestos sus *jeans* azul claro con la camisa de algodón de turno, sino que vestía un pantalón de gabardina negra y una blusa de seda dorada. Caminé hacia ella sin hacer ruido, al parecer, porque cuando la saludé la mujer pegó un brinco, soltó algunas bolsas y emitió un chillido ahogado que no combinaba con su corpulencia. Yo, que no me esperaba esa reacción, me sobresalté también y me llevé ambas manos al pecho.

—Cónchale, Patricia —dijo soltando el aire retenido en el espanto—. ¡Qué susto!

—Disculpa, no pensé que te asustaría —le dije ayudándola a recoger lo que se le había caído.

—Cónchale, es que... es que venía... concentrada en algo.

Al levantarme, noté que en una de las bolsas llevaba un par de botellas de vino.

—Pues menos mal que no se te cayeron esas. Se hubiesen partido y eso sí sería una pérdida.

—Sí —apretó la mano donde llevaba esa bolsa—. Y más en estos días que se ha puesto tan caro el vino.

—Sí, menos mal. Pero, ¿por qué ese brinco?

—Cónchale, Patricia, es que con todo lo que está pasando, sabes... estoy un poco perturbada.

—¿Perturbada? Yo te he visto muy feliz con la nueva situación. Me parece que más bien te ha caído de maravilla —le dije con media sonrisa.

—Ah, bueno, no te voy a negar que, tal cual todos en el edificio, yo me siento como en medio de unas vacaciones sin ese señor rondando por aquí. ¡Claro que sí! No te voy a venir con la hipocresía de que siento... mucho... la desaparición... del vecino... adorado —dijo arrastrando las últimas palabras, mientras miraba hacia arriba y colocaba el dorso de su mano en la sien, como hacen las doncellas en apuro de las películas.

Me reí por su pantomima. Ver a una señora canosa haciendo eso era muy gracioso.

—La verdad es que nadie aquí extraña a la bestia —dije—. Parece que hasta al hijo le vino de lo mejor su desaparición. Pero, ¿por qué tienes que estar tan nerviosa?

—Cónchale, Patricia, por más que sea... El tipo desapareció y no sabemos qué pasó. Quizás alguien entró al edificio y lo atracó, ¿qué se yo? A lo mejor nosotros deberíamos cuidarnos más, reforzar la seguridad del edificio, ¿no crees?

—¿Con la cantidad de pichirres que viven aquí, que no mean para que la tierra no chupe? Si les dices que le vas a subir un medio a la cuota del condominio van a poner el grito en el cielo. No ves que esta panda de miserables ni siquiera han aprobado repintar la fachada.

—Bueno, sí. Pero lo que te quiero decir es que no sabemos qué pasó. Y por más que sea ya van varias semanas y los policías no tienen nada.

—Sí, parece que no tienen pista. Pero deja los nervios, que no va a pasar nada más. Y tampoco hagas esfuerzo por disimular tu alegría, que no sirve de nada. Además, ya ni se te ve por aquí, te has vuelto una salidora. Y no me digas que estás trabajando mucho en tu mercería porque yo sé que todo el mundo cierra antes de las seis en Paseo Las Mercedes. Y a ti no se te ve sino hasta como las diez... Ay, chica —dije tapándome los ojos con vergüenza—, ya estoy como Alicia. Disculpa.

—Ah, no —soltó con una risita nerviosa—. No, vale, es que he estado haciendo otras cosas. He estado en... otras cosas.

—En serio, disculpa —la interrumpí—. No tienes que explicarme nada. Estaba echando broma. Me estoy juntando mucho con Alicia y lo malo se pega.

Ella se rio y aun cuando yo hacía lo mismo, por dentro estaba recriminándome el comentario. Qué desubicado. Paula no es amiga mía como para que yo ande echándole broma así. Además, si uno se permite esas confianzas con la gente, después creen que pueden actuar igual con uno. Y eso sí que no; yo no quiero que vengan a meterse en mis asuntos.

Mientras le sostenía las bolsas, ella pudo meter por fin la llave en la cerradura y abrió la puerta. Se volteó y estiró el brazo más desocupado, pidiéndome sus compras.

—No, tranquila —dije haciendo el ademán de entrar a su casa—. Yo te lo llevo...

—¡No!... No —repitió moderando la voz—, yo puedo. Gracias. Muchas gracias.

Volvió a estirar el brazo y agarró sus bolsas, cruzó el lindel de su puerta y, como pudo, cerró sonriéndome. Entonces entré a mi apartamento. Me recriminaba lo que acababa de ocurrir. Precisamente yo, que no me ando con confianzas, primero cometo el desliz de hacer ese comentario, y luego, tratando de limpiar la embarrada, intento ser colaboradora para reivindicarme y, literalmente, me ponen un parado. Eso me pasa por pretender ser quien no soy. Verdaderamente, lo malo se pega. Me entró un disgusto conmigo misma por la posibilidad de parecerle abusadora a Paula. Porque eso es lo que debía haber pasado. Si no, ¿por qué ella había reaccionado así?

Me recosté en la pared al lado de la puerta, contrariada. Me extrañaba mi conducta. No solo Paula estaba cambiada

últimamente, sino que también yo actuaba sin medir efectos. Traté de pasar la página de lo sucedido, pero sabía que la recriminación no se iría con facilidad, si es que se iba. Sin embargo, en mi esfuerzo por cambiar de tema, me puse a pensar en el comportamiento de mis vecinas. Días después de que se supo de la desaparición de Edgardo, había empezado a notar actitudes inusuales en ellas. Alicia me había dejado de llamar a cada instante. Hablábamos cuando me encontraba en el pasillo y no se encadenaba como solía. Paula seguía esquiva, pero más sonriente. Comenzó a llegar tarde y ya casi no conversábamos.

En cuanto al resto, solo podía decir que cuando entraba al edificio tenía una impresión extraña, como de soledad. Ya no me encontraba con grupos de vecinos en la planta baja, hablando. A la gente le encanta el chisme y solo le falta verse para comenzar a contarse hasta lo que no sabe. Pero aparentemente, luego de la sensación inicial de paz por la ausencia de Edgardo, los vecinos empezaron a cohibirse. Quizás porque cada día se hacía más increíble que no se supiera qué había ocurrido con el desaparecido y cada jornada sin respuesta se sumaba a un saco de incertidumbre que tensaba el ambiente. No tener la certeza de lo que le había sucedido al señor Edgardo permitía a la imaginación de cada uno desatarse en sus pesadillas personales.

Un rato después de mi encuentro con Paula, recostada todavía al lado de la puerta de mi apartamento, escuché un murmullo acalorado. Miré por el ojo mágico, pero no había

nadie en el pasillo. Pensé que podría venir de otro piso, pero al aguzar el oído identifiqué una de las voces: era Alicia. Parecía que sostenía una discusión con alguien, pero desde mi apartamento no podía reconocer la voz masculina de su interlocutor. Se me ocurrió que podría ser el noviecito cero tres que quería metérsele a vivir en el apartamento. Si era así, que no me viniera con lloraderas después. Pero entonces una idea que me asustó me relampagueó en la mente: ¿y si Alicia estaba con los detectives? ¿De qué hablaban? ¿Por qué discutían? Así que me arriesgué y abrí mi puerta. Salí llevándome una coartada por si alguien surgía en el pasillo mientras yo estuviese expuesta: una bolsa improvisada para simular que iba a botar basura. Al acercarme a la puerta de Alicia, reconocí la otra voz. Qué extraño: discutían. Ella le decía que a él le convenía contarle. Él respondía que aún no, que primero debía asegurarse.

¿Qué hacía él ahí? ¿Por qué Alicia discutía con Luis Alfredo?

Muy poca distancia

UNOS DÍAS DESPUÉS DE mi episodio censurable con la señora Paula y la discusión que luego escuchara entre Alicia y el hijo del señor Edgardo, me encuentro nuevamente en el pasillo del piso siete. Esta vez soy yo quien se sobresalta.

Luego de tirar las bolsas por el bajante y cerrarlo, usando la mínima cantidad de dedos requerida para tocarlo, me doy la vuelta pensando solo en lavarme las manos lo más pronto posible. Pero luego de los ciento ochenta grados me encuentro de frente, y a solo milímetros, con Guerrero.

Pero qué capacidad de andar sigiloso como un *ninja* tiene este hombre. Y qué manía de no respetar el espacio corporal ajeno. Y qué rico huele.

—¿La asusté? —pregunta sin moverse.

Trato de contestar de alguna manera inteligente, pero nada sale de mi boca. Estoy entre disgustada por su abuso y embriagada por su perfume. Quiero reclamarle amablemente el hecho de que siempre se me pegue de esa forma, pero a la vez no quiero hacerlo.

—Pero claro —digo sin mucha convicción—, si siempre que volteo me lo encuentro así... así... invasivo.

—Disculpe, no es mi intención incomodarla —dice, separándose unos pocos centímetros—. Vine para que hablemos.

—¿Otro interrogatorio?

—Hoy es más una conversación informal.

Avanzo rodeándolo. Me fijo en el radio que lleva en la mano. Sigo pensando qué decir. No quiero quedarme callada.

—¿Subió por las escaleras? —pregunto para salir del paso.

—El ascensor sigue dañado.

—No ha tenido suerte. Él a veces es buenito y funciona.

Sonríe sin quitarme la vista. Me siento bruta. Nada interesante se me cruza por la mente. Hasta que por fin algo que vale la pena brota de mis inhibiciones:

—Otra vez con esa radio en la mano —digo alternando la mirada del aparato a sus ojos—. Solo la trae cuando viene sin Morán. ¿Qué pasa? ¿Tiene miedito de quedarse solito conmigo?

Su sonrisa se amplía, pero no pronuncia palabra.

Pasamos a mi apartamento y me meto enseguida en el cuarto, con la excusa de lavarme las manos. Es verdad que en mi baño tengo el jabón antibacterial, pero también quiero quitarme la blusa y el pantalón aburridos que llevo puestos: ropa de oficina. Me pongo un vestidito ámbar de cachemira que se adhiere a mi cuerpo y muestra sus formas sin disimulo.

Me cepillo el cabello y me enjuago la boca. Froto mis manos con la crema extrahidratante que uso para contrarrestar la resequedad que me deja el jabón antibacterial. Al salir, encuentro a Guerrero sentado en el sofá de la sala, explyado. Como era de esperarse, lleva un *jean* ceñido. Tiene un pie encima de la rodilla, como se sientan los hombres, separando las piernas y dejando descubierto todo el panorama. Se ve cómodo, como en su casa.

—Bueno —digo tratando de no mirar su entrepierna—, hoy no te voy a ofrecer café porque el otro día me dio insomnio por tomarlo tan tarde. Más bien tomémonos un vinito. ¿Quieres?

—Si no se tarda tanto la preparación, como el café.

—No... —digo riendo chiquito y mirando al piso, como adolescente avergonzada—. Una vez que lo tienes en la botella, son solo dos pasos.

—Ah, bueno, así sí me anoto —dice y sonrío.

Desde la cocina le comento que no sabía que se visitara tanto a los testigos en una investigación.

—No se hace —dice—. Solo en casos... en ocasiones que lo ameriten.

—¿Y esta lo amerita?

—El edificio es importante —contesta bajito, luego de una pausa—. En este caso, el lugar importa.

Entonces, salgo de la cocina con dos copas y el decantador de cristal. Coloco todo en la mesa, que hoy tiene lirios blancos, y digo:

—¿Viste?, aquí solo tienes que abrir la botella y pasar el vino al decantador.

—¿Y vamos a beber aquí?

—¿Por qué no? —contesto mientras me siento.

—Es que me imagino que te pondrás nerviosa pensando que se puedan manchar tus muebles de color claro o tu alfombra peluda... también clara.

—¿Por qué dice eso, detective?

—Porque la otra vez no le quitabas la vista de encima al detective Morán cada vez que tomaba agua.

—Ah, qué observador.

—Sí... Y a ti también te gusta observar.

—¿Por qué lo dice?

—Porque el día que atendimos la llamada por la desaparición del ciudadano Edgardo Aguirre, tú preferiste quedarte en tu apartamento observándolo todo por el ojo mágico de la puerta.

—¿Yo?

—Sí, tú. Cuando llegamos, no estabas en el pasillo, tu ojo mágico estaba a oscuras y la sombra de tus pies se veía por la luz de abajo de la puerta.

Me quedo callada un momento. No sé si sentirme apenada por ser descubierta al espiar o asustada por este hombre que todo lo ve. Elijo dejarlo así y no hacer comentario al respecto. Sonrío.

—Pero no se preocupe, detective, yo confío en usted. Tómese el vino aquí mismo.

Guerrero se queda viéndome por unos momentos, lo que yo aprovecho para servir el vino. Entonces, desvía la mirada hacia el comedor y observa el jarrón lleno de gardenias cuyo aroma se ha apoderado del ambiente. Cuando siento de nuevo su mirada sobre mí, las manos me tiemblan.

—Decídete —me increpa en voz baja.

Levanto la vista sin saber a qué se refiere. Entonces él continúa.

—¿Me vas a tutear o me vas a tratar de usted?

Lo único que se me ocurre es tomar las copas y adelantarse una mano para entregarle la suya. Él la agarra. Entonces alzo mi copa y hago el gesto de brindar.

—Por tutearnos —digo.

—Por tutearnos —repite.

Antes de beber el primer trago, le pregunto:

—¿Cómo llamo a quien voy a tutear?

—David —responde mirándome a los ojos.

Entonces sonrío y bebo. Él también bebe.

No olvido la razón por la que Guerrero está en mi casa, pero ahora no me importa. Estoy disfrutando de una copa de vino con alguien a quien me gusta respirar. Él agarra la copa mal, rodeando el globo de cristal en vez de tomarla por el tallo. No le digo nada. No me importa. Me comenta que le gusta. Digo que la cosecha es buena.

Tarda poco en empezar a lanzarme sus dardos. Hoy los recibo con gusto.

—Todos me han contado diferentes historias del señor Aguirre —empieza—. Pero tú, particularmente, no me has dicho lo que tienes en su contra.

—Porque no me lo has preguntado. Quieres saber de mí, de mi pasado, pero no me has preguntado casi nada de ese infame.

—¿Y por qué infame?

—¿Te respondo o te escribo una novela? Te advierto que sería tipo Ken Follet —y notando que perdió el hilo, añado— ... o sea, que no bajaría de mil páginas.

—¿Tanto así?

—¡Ja! No me sé todos los cuentos del señor Edgardo y aun así podría pasar la noche contándote los que sí me sé.

—Yo tengo tiempo —me dice en susurros.

Sirvo la segunda copa de vino y me acomodo en el sofá. Él también se echa para atrás y vuelve a cruzar las piernas, que no recuerdo cuándo descruzó, y otra vez toma esa pose descarada, de muslos separados, con la copa mal agarrada. Entonces empiezo a recordar mis encuentros con el vecino. No me gusta recordarlos, pero debo hacer el esfuerzo. El primero que se me viene a la cabeza es aquel día cuando sacó a pasear a su *rottweiler* y el animal dejó su opinión del Gobierno en la entrada del edificio. Cuando le reclamaron, el hombre dijo que el perro había escogido ese lugar. No quiso limpiar nada y, mientras la señora Paula discutía a gritos con él, yo llegué y pisé la caca. Ese día, muy indignada pero sin aspavientos, puse un escrito en la cartelera de la planta baja

quejándome por lo sucedido. Porque así soy yo: no ando armando zaperocos como Paula.

Tampoco formé un escándalo cuando encontré su carro estacionado en mi puesto. Eran casi las doce de la noche y yo había tenido un día de esos que provoca borrar del calendario. Al tocarle el intercomunicador, me dijo, muy fresco, que él tenía un invitado y había necesitado el espacio, y que cuando se fuera movería su carro. Mi indignación era como leche hirviendo que se me desbordaba por la boca. Es que cuando alguien sale con algo tan ilógico, uno no sabe ni qué decir. Yo estaba que echaba chispas. Me costó mucho mantener la compostura, pero finalmente dejé pasar el fervor y solo pegué otra cartita en la cartelera.

Inclusive mantuve la calma el día del *rally* temático (en el que me metieron a juro en la oficina), cuando los compañeros me forraron el carro con lazos de papel. Al quitarle el disfraz, le dejé un lacito amarrado a la antena, como *souvenir*. Es que tengo la manía de conservar siempre algo de recuerdo, una costumbre que no puedo evitar. Al día siguiente encontré mi carro rasguñado y con la antena rota. La respuesta del antisocial fue que el viento había movido la antena con el lazo y eso había llamado la atención de Cabrón. Sin disimular su sonrisita, me gritó que me tranquilizara, que el carro no se iba a desangrar por los rasguñitos. Yo le contesté, sin subir la voz, que por unos rasguños no se desangraba nadie. Era de otra forma como se podía desangrar a un animal.

Como era su *modus operandi*, se dio la media vuelta y me dejó hablando sola. Esa vez me metí en mi apartamento con el corazón infartado y el cerebro en llamas. Yo, tan parca y cívica, ese día no tuve la tranquilidad para redactar otra queja. Más bien busqué en lo más profundo de la gaveta de utensilios de mi cocina y agarré el picahielos, con un franco deseo de agujerearle los cauchos.

—¡Un picahielos!?! —me interrumpió Guerrero, sacándose la copa de la boca.

—Sí, un punzón —digo sorprendida por su reacción—. Pero no hice nada, claro. Lo solté en la cocina y me tiré en la cama a retorcerme de la rabia.

Guerrero se queda viéndome y no logro descifrar lo que le pasa por la cabeza. Como no dice nada, me río:

—Pero no te quedes así, yo no hice nada. Estaba bravísima, pero no soy loca. ¿Sabes?, la locura tiene grados, pero la mía no es tan grave.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo es eso?

—Bueno, es que yo pienso que todo el mundo tiene su *point of no return*. ¿Entiendes? Su punto de quiebre, pues. Ese lugar emocional donde se encuentra el límite de la cordura. Esa línea divisoria entre el ser que razona y el que ya no es dueño de sus actos. Si cruzas esa frontera, ya no puedes devolverte; al menos no por un tiempo.

El detective no dice nada de inmediato. Luego me pregunta si realmente creo lo que estoy diciendo.

—Claro que sí —le contesto—. Todos tenemos ese límite, esa línea. Lo que pasa es que los cuerdos la tienen más alejada que los locos. Esa gente que es volada, como se dice, tiene esa línea más cerca. Nosotros, en cambio, tenemos que recorrer una distancia más larga para llegar a ella. Por eso no nos salimos de nuestros cabales... tan fácilmente.

—Pero todos tenemos ese punto de quiebre —repite Guerrero.

—Sí, todos lo tenemos. Aun cuando algunos no lo conozcan porque nunca hayan llegado a él.

El detective se queda viendo la copa, asintiendo levemente. Por un rato no dice nada. Luego me observa unos segundos. Su mirada ahora me incomoda. Parece que me traspasa. Por fin quiebra el silencio.

—¿Y cómo es que tienes un punzón?

Un punzón

LA GAVETA DONDE se guardan los utensilios de cocina sería el lugar correcto para un punzón, si aún se utilizara. Pero ya no se ven picahielos en las casas. Eso es cosa de antes, de cuando las neveras producían escarcha. En esa época, cada cierto tiempo había que descongelarlas o caerles a puñaladas para quitar la caverna de hielo que se formaba adentro.

Una vez mi mamá, cuando joven, tratando de despejar el congelador para hacerles espacio a las cervezas de la fiesta que harían esa misma noche, agarró el punzón y empezó a darle al parche de hielo, como solía hacer mi abuela. La cosa es que ese procedimiento requiere pericia, porque si se te va la mano un poco, como le pasó a mi mamá, chuceas la nevera y lo más probable, como ocurrió en ese caso, es que alcances uno de los tubos del gas y este, tan huidizo, se salga todo. Hasta ahí enfría la nevera y hasta ahí llega la fiesta.

Pero eso no pasaba en mi época de muchacha porque ya existían las neveras sin escarcha. Sin embargo, sí vi cómo se usaba un punzón, porque si bien no soy una vieja, tampoco

me cocinan con chamiza. Siendo niña, mi papá, en su afán de no perder totalmente el contacto con su pasado de campesino, compró media hectárea de tierra cerca de San José de Río Chico, a orillas del río Tuy, donde había un conjunto de terrenos ideados para vacacionistas con afinidad al campo. Ahí sembrábamos, teníamos gallinas y manejábamos bicicleta; todo lo que no podíamos hacer en Caracas.

La zona parecía no haber sido alterada por el hombre. Mis primos y yo nos sentíamos expedicionarios, rodando libres con las bicis por los alrededores. En nuestro imaginario, éramos los primeros que pisábamos esas tierras: nos sentíamos Indiana Jones. Pero la minifinca quedaba a treinta minutos (por carretera de tierra) de la vía de asfalto, y de ahí eran treinta minutos más hasta el pueblo de San José. Así que nosotros comprábamos los víveres en un caserío cercano donde había solamente una bodega. Ahí el hielo lo vendían en panela.

Mi tío Juan, por parte de mi mamá, un profesor barrigón del Pedagógico de Caracas, con un alma limpia y una vocación de servicio para enmarcar, un día sacó el picahielos no sé de dónde. Su imagen levantando el brazo más arriba de la cabeza y dejándolo caer con fuerza sobre el bloque traslúcido, salpicando de pequeños guijarros helados a quienes estuvieran cerca, es algo que dejó una impronta en mi mente. Los primos nos quedábamos cerca de él porque teníamos sed y estábamos ansiosos de agarrar el primer pedazo que cupiera en los vasos, para servirnos refresco. Con el tiempo, el ritual de mi tío fragmentando aquel gigante silencioso se volvió un

ícono de nuestra estancia en la finquita, una época sencilla, amable, fácil. Esa época no tiene ronchas, solo caricias, verdades, bondad.

Había zancudos y nos teníamos que bañar con agua fría. No había aire acondicionado y dormíamos sumidos en nuestros propios caldos. No llegaba energía eléctrica y la planta de gasolina solo daba para encender la bomba que llenaba el tanque aéreo desde un pozo subterráneo. Para unos hijos de ciudad, esto tendría que haber sido un infierno, pero yo solo recuerdo paz y armonía, brisas consoladoras, una manguera para mojarnos los unos a los otros cuando al mediodía el calor se hacía insoportable, estar todos resguardados en la casa de seis a nueve porque era la peor hora de los mosquitos, el lebranche asado y las cachapas fritas, como las hacía la mujer del lugareño que ayudaba a papá.

Pero entonces ocurrieron dos tragedias: una natural y la otra también. La primera fue que el río Tuy, extensión del Guaire, un día desbordó todo su miasma sobre la zona. La inundación fue inédita, en magnitud y tiempo. Nuestra casita estuvo dos meses con el agua más arriba del pomo de las puertas. Los más osados entraban a la zona en lanchas para ver cómo estaba todo. Ellos nos contaron que nuestras gallinas se montaron en las ramas de los árboles y aguantaron todo lo que pudieron, pero finalmente se ahogaron. Uno a uno se fueron muriendo nuestros naranjos, mandarinos y matas de lechosa, hasta que el luchador semeruco, último en pie, se dio por vencido y también desapareció. Cuando el

agua decidió irse, dejó en nuestra finquita un cementerio, con la excepción de una baba que debe haber pasado por un rombo de la reja de alfajol siendo muy pequeña, y al recogerse el río, habiendo crecido el reptil, se encontró preso en la media hectárea cercada.

La otra catástrofe natural que azotó la zona, la peor, fueron los bandidos. Digo natural porque los seres humanos pertenecemos a la naturaleza y nuestros actos también, así que si alguien mata a otra persona, ¿por qué pensar que su muerte no fue natural? Pues bien, los lugareños sabían que esos pequeños terrenos pertenecían a personas foráneas que solo iban los fines de semana. Así que de lunes a viernes empezaron a saquear. Para resumir, se llevaron hasta las ventanas. No exagero: un día se llevaron las bicicletas, otro la mesa de *ping-pong*, y así una cosa tras otra. Hasta que, y es en serio, llegamos y habían sacado el armazón de hierro que tenían las ventanas, con todo y rejas, dejando la casa como un muerto al que los cuervos le han vaciado los ojos. Ese día papá dijo que no volveríamos más. Años después, no sé si vendió el terreno por cuatro reales o lo regaló.

Total que, luego de casarme, a mi esposo y a mí se nos ocurrió en una ocasión la idea desafortunada de ir a una playa en La Guaira. Esa ciudad nunca ha sido bonita, pero ahora, con el deterioro general del país, está aún más fea. Pero bueno, a veces uno hace cosas sin pensar mucho, así que le pedí prestadas a mi mamá las viejas sillas de playa y la sombrilla que usábamos en nuestros días de la finquita cuando íbamos

a las playas de Los Canales de Río Chico (unas sopas tibias y marrones que no invitaban en lo absoluto a remojarse). Cuando fui a buscar los elementos playeros, también estaba la cava antediluviana en la que transportábamos el hielo picado por mi tío Juan. Era demasiado grande para un paseo de solo dos personas, pero igual la tomé porque no teníamos otra. Al llegar a La Guaira, nos paramos en la primera licorería que encontramos para comprar hielo y refrescos. Cuando abrí la cava, ahí estaba: el punzón de tío Juan. Verlo me transportó a esos años honestos de mi vida. Pude sentir en mi boca la sed previa a los trozos de hielo que mi tío desprendía. Vi su sonrisa bajo el bigote cuando era yo quien atajaba con el vaso de plástico el primer proyectil y feliz me iba en busca del refresco. Entonces sentí el placer que me traía esa sonrisa, la felicidad que me hacía experimentar el recuerdo de esos momentos. Yo no sabía en ese entonces que estaba siendo muy feliz. Ahora lo comprendía. En ese instante me di cuenta de la alegría que me proporcionó esa época, ese pedacito de tierra, ese pedacito de hielo.

Cuando llegamos esa noche a la casa, antes de quitarme la mugre de la playa, decidí arreglar todo en la cocina. Boté las latas, el plástico del hielo y un montón de papeles de chucherías. Les pasé un trapo húmedo a las sillas y a la sombrilla para quitar cualquier resto de arena que hubiese quedado después de la sacudida que les eché en la playa antes de montarlas en el carro. Lavé la cava y el punzón. Llamé a mi mamá y le dije que al día siguiente le devolvería sus cosas.

En la madrugada, cuando terminé de leer el libro de turno, me paré de mi poltrona y fui a la cocina. Tenía todas las cosas de mamá acomodadas en un rincón. Me quedé un momento observándolas y me decidí. Abrí la cava y saqué el punzón. Lo empuñé fuertemente como lo hacía mi tío. Pude escuchar el picahielo impactando el bloque y sentí las puyitas heladas que golpeaban mi rostro. Abrí la gaveta de los utensilios y lo guardé. Ese era el único recuerdo que me quedaba de una época perfecta. El único *souvenir* de los años felices.

Aquel que cortó la cuerda

AÚN DESPUÉS DE explicarle su procedencia, Guerrero me pide que le vuelva a relatar mis actos el día que empuñé el punzón. Le repito que lo dejé en el tope de la cocina y solo me tiré iracunda en la cama, como una gafa, a retorcerme cual gusarapo. El detective me observa. Yo aprovecho para servirnos una tercera copa de vino. Entonces hace un cambio radical en la conversación.

—Y te estás haciendo fanática de las flores, ¿no?

—¿Lo dices por esas? —le digo mirando las del comedor.

—Sí. Antes no comprabas.

—¿Antes no compraba? ¿Tú cómo sabes que antes no compraba?

—Digo, porque la primera vez que vine los floreros estaban vacíos. Ahora tienen cada vez más flores.

—Bueno, pero tú no sabes si antes compraba o no.

—No, no sé. Solo lo supuse.

Nos quedamos callados por algunos segundos. Miro mi copa y él ve hacia el comedor, imagino que contemplando las gardenias. Se para y camina hacia el balcón. Ya ha caído la noche y entra una brisa que refresca. Me comenta la soledad de la jardinera en la ventana. Camino hacia él y me detengo a su lado. Observo la tierra árida y le digo que se parece mucho a mí; así me encuentro desde la separación. Sé que las tres copas de vino me están soltando la lengua; ya he hablado de más, pero no tengo voluntad para reprimirme.

Le cuento que durante los años que vivimos mi esposo y yo en el apartamento, esa jardinera estuvo llena de novios. El verde y el rojo que brotaban de nuestro balcón llamaban la atención de los vecinos, quienes desde abajo no lograban detallar qué flor era. «¿Son rosas?»», solían preguntar. Pero cuando volví, después de casi ocho años de estar deshabitado el apartamento, las plantas se habían secado. En la jardinera no quedaban ni los fósiles. El abandono había acabado con nosotras.

Ahí, desde lo alto, me quedo mirando hacia la calle estrecha, abarrotada de carros estacionados de lado y lado. Le digo a Guerrero que siempre me consideraré un roble, pero ese golpe fue muy duro y me costó muchísimo levantarme. Así que cuando llegué al apartamento luego de la separación, no tuve interés ni de mirar por la ventana, mucho menos de sembrar y tener que cuidar algo en la jardinera.

Le comento también que, precisamente en los últimos días, había estado pensando en sembrar algo... Novios no. Alguna otra planta también fácil de cuidar.

—Debe ser difícil separarse —dice Guerrero. Se voltea y queda recostado de la ventana, dándole la espalda a la vista.

—No sé si todos los divorcios son duros, pero el mío fue horrible —Guardo silencio por un momento. Entonces susurro—: La traición es lo peor.

—¿Y por eso le echaste ácido a la mujer de tu esposo?

Volteo en cámara lenta y me quedo viéndolo. Era de esperarse. Lo sabe todo. Claro, de primerito debe haber saltado mi expediente. Un momento de locura, que ni culpa de uno es, y quedas marcado de por vida.

—Querías quemarla.

—Yo no quería quemarla... —Mi voz sale como un soplo.

—¿Ah, no?

—... no quería —digo, y ya no puedo mantenerle la mirada.

Me volteo para que no vea mis ojos humedecerse. No quiero que piense que lamento el desamor, porque no es así: lloro de rabia. Me indigna que me hayan puesto en la posición de mujer abandonada. Me llena de ira que me hayan hecho pasar por todo eso, que me hayan obligado a hacer lo que hice. Yo, la víctima, tengo un expediente policial. Y ellos, tan tranquilos, viven sus vidas felices, como si no hubiesen hecho nada malo.

Le digo, tratando en vano de controlar el temblor de mi voz, que eso fue un momento de locura, que por suerte no lancé el ácido con la fuerza suficiente para que les llegara,

porque si no entonces tendría muchos más problemas y no es justo, porque yo no soy así. Solo había sido un momento de enajenación. Trato, pero no logro aguantar. Me derrumbo y suelto un llanto bajito, que todavía intenta ser discreto.

Por unos momentos, me desahogo sin el consuelo de nadie. Pero luego siento la mano tibia de Guerrero en mi brazo. Lo aprieta y yo no me muevo. Entonces acorta la distancia entre los dos. Toma mi otro brazo y siento su cuerpo cuando me roza. Me doy la vuelta antes de que la duda me paralice y me pego a su pecho. Sus brazos quedan rodeándome y me abrazan. Mis manos me cubren la cara. Siento que el abrazo se hace más estrecho. Me quedo allí, sostenida con fuerza, en medio de la batalla entre su perfume y el de las gardenias.

No sé cuánto tiempo estoy así. Me destapo la cara y poso cabeza y manos en su pecho, en un vaivén diminuto que ambos coordinamos, como bailando. Puedo apreciar cómo sale de mi cuerpo la desazón de unos momentos atrás. El abrazo se mueve para ajustarme más aún. Una de sus manos se desliza de mi espalda a la cintura. El corazón empieza a escalar la garganta y me impide respirar con fluidez. Con mi cabeza apretada a su pecho escucho sus latidos desbocados. Levanto la cara y me encuentro con el oliva de sus ojos, que apenas se asoma tras unos párpados que se esfuerzan por no cerrarse. Nos vemos unos segundos, escuchando nuestras respiraciones.

De repente, Guerrero me suelta. Da unos pasos atrás parpadeando. Se voltea y camina presuroso hacia la sala. Se

detiene mirando al suelo. Yo estoy parada en el balcón viéndolo, sintiendo que me han quitado el oxígeno, que me han cortado la cuerda... que me han soltado al abismo.

Guerrero voltea y me mira.

—Disculpa —dice, reiniciando de inmediato su camino hacia la puerta—. Hablamos otro día.

Se marcha y me quedo abrazándome sola en el balcón, todo mi cuerpo inundado del perfume de ese hombre.

Las luces de un carro

POR ESA ÉPOCA ya habían empezado los problemas de la basura. La flota de camiones del aseo perteneciente al municipio estaba maltrecha. Muchas unidades vivían dañadas y las que quedaban activas ahora se veían forzadas a viajar a un vertedero más lejano, debido a una caprichosa medida gubernamental. El resultado era que estábamos sobreviviendo entre basura y moscas. En la calle ciega donde queda el Yagua, se veían los cúmulos de deshechos a lo largo de la acera, pues ya no cabían en los cuartos de la basura de cada edificio. Eso me empezaba a preocupar.

Otra cosa que rondaba mi mente era la conversación clandestina que había escuchado entre al hijo del señor Edgardo y Alicia. Además, con lo pegostosa que era mi vecinita, me extrañaba que hacía días que no me arrastraba a su apartamento para tomar café. Apenas la veía en el pasillo, por lo que no había tenido la oportunidad de comentarle lo de la basura. Yo había estado maquinando que debíamos proponerles a las juntas de condominio de los edificios de nuestra

calle contratar un camión privado para que se la llevara. Y la buena para esas cosas era Alicia, que conocía a todo el mundo y últimamente estaba mostrando una gran habilidad para organizar planes. Pero ni con ella ni con Paula había podido hablar, ya que a esta última tampoco se le veía mucho por esos días. Después de todo, la desaparición del viejo intratable sí había trastocado la cotidianidad.

Paula gozaba de un extraño buen humor que notabas apenas veías su frente lisa y sus ojos como pozo cristalino de agua celeste. Las pocas veces que me la encontraba en el pasillo del piso siete o en la planta baja del edificio, saludaba relajada, transmitiendo una paz que no la caracterizaba. Era como si hubiera estado reteniendo algo y ahora lo hubiese liberado, como si hubiera soltado una carga muy pesada. Y nuestras conversaciones no incursionaban más allá de la molestia por la invasión en el edificio de las moscas que se criaban en el estercolero de la calle.

Un viernes, antes de tomarme el somnífero, me sentía acalorada y me acerqué al balcón. Ese era el lugar más fresco del apartamento, y habría sido perfecto si la brisa que entraba no hubiera traído el aroma de la basura mezclado con hollín de carrito por puesto. Pero igual me quedé ahí, viendo la calle donde ya no quedaba un puesto libre. Empecé a recordar los momentos que había pasado con el detective en ese mismo lugar, mi desconcierto con su huida, pero el hedor que entraba por la ventana no me dejaba rememorar el perfume de Guerrero.

Entonces vi las luces de un carro que se acercaba por la calle. Se detuvo en varios puntos, como esperando hallar un puesto. Estás frito, mijo, pensé. A esa hora todo el mundo estaba en sus casas, y los carros que no cabían en los estacionamientos descansaban ya en los preciados espacios de la calle. Pero el carro continuó su marcha lenta hasta el portón del Yagua, donde paró. Segundos después la reja se abrió. El vehículo entró y se detuvo un momento más, luego del cual arrancó nuevamente y se estacionó en el puesto de los del *penthouse*, que estaba vacío porque ellos aún no habían regresado de su viaje.

Del carro se bajó un hombre canoso. Lucía grande y fuerte. Del bolsillo de su pantalón sacó algo que tintineó, como unas llaves. Se metió al edificio y minutos después escuché la campanilla del ascensor, que ese día sí estaba funcionando. Me apresuré hacia la puerta y miré por el ojo mágico. Alcancé a ver la figura del hombre que entraba a la casa de la señora Paula. No sentí el timbre de su apartamento. Ella debía saber que iba subiendo y le tenía la puerta abierta. Seguramente le abrió la reja del estacionamiento desde su ventana y le debe haber indicado dónde estacionar. Pero, ¿quién era ese señor? No tuve tiempo de verle la cara y no era alguien conocido para mí.

Me quedé un rato al lado de la puerta esperando, pero nadie volvió a salir. Qué visita tan rara. Yo no sabía de Paula más allá de lo que Alicia me había contado. Ella no andaba diciéndole su vida a todo el mundo. Era más bien un tipo de persona intermedia entre la vecinita y esta servidora. Es decir,

más reservada que Alicia pero menos montuna que yo. Sea como fuere, nunca antes había visto a alguien entrar a hurtadillas a su apartamento. Y si a eso se le agregaba el cambio en su horario de llegada y el aura comeflor que la circundaba en los últimos tiempos, se concluía que había algo sospechoso. Por lo menos así me parecía.

A las once y media decidí acostarme. Me tomé la pastilla y agarré el libro que tenía ocho meses en mi mesita de noche, el primero y único que había intentado leer luego de mi separación, al cual le pasaba si acaso una página por día antes de caer fulminada gracias a los favores del somnífero. Ese día no fue distinto. A la mañana siguiente me desperté a las seis, sin necesidad porque era sábado, esclava de la costumbre diaria. La imagen del hombre misterioso se me vino a la cabeza como un *jab*. Salté de la cama dejando sábana y almohadas regadas, y di largas zancadas hasta llegar al balcón. El carro ya no estaba.

Me atajan

LLEGO TEMPRANO DEL trabajo y estoy por entrar a la calle donde está el Yagua. La oficina queda muy cerca de donde vivo, pero igual me voy en carro. La inseguridad no es exclusiva del oeste de la ciudad, como algunos creen. Todos vivimos bajo amenaza de ser atacados, desde un atraco hecho por inexpertos hasta un robo organizadísimo de empresas delictivas cuyos gerentes generales son los mismos gobernantes de nuestro país, protegidos celosamente como críos de halcones por cuerpos de «seguridad» del Estado. Por eso no me voy a pie al trabajo, aunque la oficina quede a menos de un kilómetro del edificio.

Así que llego a la garita de «vigilancia» y le hago una seña al «saludador» de turno, un señor de unos setenta años que, sentado en una silla destartada y a la sombra del volado de la precaria caseta, levanta el balancín a todo el mundo, haciendo el saludo oficial de cabeza a propietarios y no propietarios, indistintamente. Entro a la calle ciega observando el panorama preocupante de los montículos de basura, cada

vez más amplios y con menos espacio entre uno y otro. Son casi una cordillera. Abro la reja del estacionamiento con el control, circulo a través de los vehículos aparcados y llego a mi puesto. A pesar de que es temprano, tengo muchas ganas de quitarme los zapatos. Al bajarme del carro me encuentro con el señor Fernando, a quien no veía desde hace un tiempo. Me saluda serio. Hoy no hay miradas cómplices.

—Dígame, vecina —dice con su voz del más allá—, ¿se ha sabido algo de la investigación?

—No, señor Fernando. Al parecer no han avanzado nada. Los detectives siguen viniendo y preguntando lo mismo.

—¿Sí? —pregunta extrañado—. Tengo tiempo que no los veo. Después de que fui al CICPC, hablé una vez más con el detective flaquito y el trigueño, y ya. Me preguntaron lo mismo que antes, lo mismo que me preguntaron aquí la primera vez y lo mismo que me preguntaron en la sede.

Me desconcierta lo que dice de no haber visto más a los detectives. Hasta ese momento pensé que seguían rondando a los vecinos, dado que seguían rondándome a mí.

—Igual a mí, señor Fernando —digo sonriendo, tratando de disimular—. Creo que les voy a transcribir mis respuestas, para que las tengan cuando quieran hacer las mismas preguntas.

El señor Fernando no sonrío.

Nos despedimos y me quedo curiosa por su actitud. Se nota descompuesto y ya no celebra la desaparición del señor Edgardo. Lo veo alejarse.

De pronto, el corazón me salta al descubrir la camioneta blanca sin placas estacionada en el puesto del *penthouse*. Los detectives andan por ahí; Guerrero anda por ahí. Respirando aceleradamente me aproximo al edificio y un hedor fétido que me produce arcadas me golpea el rostro: la puerta del cuarto de la basura está abierta. Me quedo parada observando y nadie sale. Hago un esfuerzo por acercarme y, antes de avanzar mucho, escucho un tintinear de llaves que viene desde adentro, firma de la señora Margarita, la conserje. Se relajan mis hombros y me devuelvo para entrar al edificio.

El ascensor está funcionando. Cuando se abre en mi piso, salgo con pasos largos y la mirada al frente, pero todas mis funciones se interrumpen al ver a David Guerrero recostado en mi puerta. Me sonrío; otra vez sus labios no pasan de ser un cuarto menguante. Logro retomar la respiración y el paso, acercándome poco a poco, sin quitarle la mirada. Se aparta de la puerta, cediéndome espacio para que pueda abrir. Sin decir nada, entro dejando la puerta abierta. Siento que se cierra suavemente.

—¿Algún hallazgo? —pregunto enseguida sin voltear, parada y apretando la cartera entre mis manos.

—La investigación no se ha detenido.

—Pero no tienen nada concreto.

—Estamos armando el rompecabezas —contesta luego de una pausa.

—¿Dónde dejaste a Morán? ¿No vino contigo?

—No. Solo estoy yo.

—Ya. Morán está en otros asuntos —digo remedándolo.

—Está haciendo un posgrado en Criminología. Tiene el tiempo muy ocupado.

Entonces miento. Quiero herirlo.

—Caramba, ¿en serio? No sabía que los policías estudiaran algo.

—Sí —contesta sin variar la voz—. Sí estudiamos.

—¿Tú también?

—Sí. Yo tengo una maestría en Psicología Criminal.

—Ah, ¿sí? —me volteo y le clavo los ojos como lanzas—. Dime, ¿qué técnicas psicológicas para investigar a tus criminales te enseñaron? ¿Acercárteles? —le digo avanzando hacia él, con el rostro contraído de disgusto—. ¿Bañarte en perfume cuando los interrogas? ¿Abrazarlos?

—Espera —me interrumpe, levantando las manos.

—¡No! ¿El día del vino fue una táctica? ¿El abrazo fue la técnica de un manual?

—No. Eso no está en ningún manual. Eso fue otra cosa.

Me quedo parada frente a él, muy cerca. Empieza a trastornarme su perfume. Cuando me doy cuenta, he soltado la cartera. Cierro los ojos y lo empujo sin fuerzas.

—¡No te creo!

El empujón no sirve ni para apartarlo un paso. Me doy la media vuelta para alejarme. Él me toma del brazo y no me deja ir. Trato de soltarme, sin mucho convencimiento, y finalmente dejo que me atraiga y tome mi otro brazo. Estoy divinamente atrapada.

—Escúchame —dice en voz baja—. Lo del otro día no es una táctica. Dejé que las cosas se me salieran de las manos. Me detuve a tiempo, no sé cómo.

—Mentira. Tratabas de llegar a la información por otra vía, usándome.

—¡No es así! Lo del otro día fue...

Se queda callado y baja la mirada. Trato de soltarme, pero él me retiene. Busco sus ojos y digo:

—Déjame.

—No.

Me atrae hacia su cuerpo y, sujetándome los brazos, me levanta hasta ponerme de puntillas acercando mi rostro al suyo. Me besa con la profundidad del mar y mis fuerzas se ahogan en él. Sus manos dejan de apretar mis brazos y viajan a mi espalda. Me abarcan toda; firmes. Con un estremecimiento que empieza como fuerte respiro y luego recorre todo su cuerpo, me lleva hacia la pared. Quedo atascada entre el friso helado y su cuerpo caliente. Parece que no respiro y no sé si los pies me llegan al piso. Sus manos empiezan a recorrer impacientes mis caderas, mi cintura, mis brazos y mi cuello. Siento la dureza de su pelvis en la mía. Su boca no se me despega y me siento ahogada por su lengua, por mi corazón que ya está en mi garganta, por su pecho que oprime el mío. Me vuelve a arrastrar no sé para dónde. Tengo los ojos cerrados y no sé nada. El hervor en mi vientre me quema hasta los muslos.

Estoy en mi cuarto: percibo el aroma de las sábanas sobre las que ahora me encuentro atrapada por el peso de Guerrero. Sus manos acarician mi entrepierna ya desnuda.

Suben locas hasta mi pecho. Se van a mi espalda y me oprimen, dejándome sin el poco aire que me quedaba. Mientras su lengua recorre mi cuello, sus manos descienden hasta la parte baja de mi espalda, la levantan y la acomodan. La oprimen hacia su miembro, que me penetra sin cautela, con toda su fuerza y extensión. Solo puedo emitir un quejido ahogado antes de quedarme sin aire. Mis manos huyen y se aferran a la parte alta del copete de la cama. Con cada movimiento de las caderas de Guerrero mis ojos se pierden entre los párpados. Tomo pequeñas bocanadas de aire y, cada vez que deja caer su peso dentro de mí, de nuevo se corta mi respiración. Me estoy quemando. El delicioso calambre de mi vientre ha bajado y me contrae la ingle. Emito unos gemidos a los que no puedo ni quiero controlarles el volumen. Guerrero aumenta la frecuencia de sus puñaladas y se mueve encima de mí entre gruñidos y resoplos. Un bufido final lo hace sucumbir.

Me vuelven a soltar

DESPUÉS DE HACER el amor no hubo besos en la boca ni en el cuello. Guerrero se quedó mirando el techo luego de que se me quitó de encima. Yo estaba tan extasiada que con mucho esfuerzo mantenía los ojos abiertos. Me quedé boca arriba también, pero giré mi cabeza para verlo. Luego de unos minutos, él cerró los ojos.

Pensé que se dormiría, pero media hora de silencio después se metió en el baño. Entrecerró la puerta. Orinó. Desde la cama le dije que si quería se podía bañar, que le traería una toalla limpia. Aceptó. Le di la toalla. No me invitó a bañarme con él. Me quedé parada en la puerta del baño y cuando cerró la ducha me senté en la cama y me tapé el cuerpo con la sábana. Guerrero salió y ya solo vi al detective.

Con la toalla amarrada a la cintura fue recogiendo sus prendas de vestir, que estaban regadas por el cuarto. Sin quitarse la toalla se puso los bóxer azules de pierna ceñida, marca Ovejita. Se retiró el paño y rápidamente se puso los pantalones, dejándome muy poco tiempo para contemplar lo bien

que le quedaba la ropa interior. Era delgado y fibroso, aunque no musculoso. Su piel era morena y pareja, como pintada con aerógrafo por un profesional. Su cabello mojado y despeinado era liso y oscuro.

Por un momento pensé que sería capaz de irse sin regalarme una palabra, pero cuando terminó de abotonarse la camisa, antes de metérsela dentro del pantalón, se acercó y se sentó junto a mí. Solo entonces me miró. No sé explicar su expresión. Era como la de un niño que viene a contarle a su mamá que rompió un adorno de la casa por estar jugando con la pelota. Como la de un adolescente que le va a confesar a la novia que ha besado a otra. Como la de un médico a punto de decirle a una persona que no ha podido salvar a su pariente.

—Yo tenía muchas ganas de esto... —empezó a decir en voz baja—. Pero la verdad es que no he debido. La situación es totalmente inadecuada. No te voy a negar que lo disfruté muchísimo, pero ha sido un desliz de mi parte.

—Desliz fue abrazarme el otro día. Esto fue algo más. Callamos. Luego Guerrero continuó.

—El asunto es que yo soy un detective investigando un caso y tú eres una sospechosa.

—Una sospechosa... —dije volteándome para verlo.

—Sí —contestó sin quitarme la mirada—. Mientras la investigación no haya terminado, eres sospechosa.

Entonces se paró y empezó a empujar su camisa dentro del pantalón. Se ajustó la correa, recogió del suelo su arma,

agarró medias y corbata y se las metió en un bolsillo. Se calzó los zapatos sin agacharse y se volteó a verme.

—Dime, David —me apuré en decir—, ¿ahora qué va a pasar?

Hubo un breve silencio.

—No pienso renegar de lo que sucedió... Pero esto queda aquí. Dejémoslo como algo que sucedió y ya. Sin segundas partes.

—Qué facilito, ¿no?

—Para nada. Por ser tan difícil fue por lo que resbalé.

Nos quedamos callados. Después de un momento, él bajó la mirada y salió del cuarto. Sentí que se abría y se cerraba la puerta del apartamento. Me quedé sentada en la cama, deseando dejar la mente en blanco. Pero ahí estaban los pensamientos, a la espera de empezar a rebotar en mi cráneo. No sabía qué hacer. Lo ocurrido era lo mejor que me había pasado en años y me estaban diciendo que no pasaría más. No me sentía despechada ni dolida, pero sí disgustada. ¿Habían herido mi orgullo nuevamente? ¿Me habían despreciado otra vez?

Me paré de la cama y aún desnuda caminé hasta la sala. Ya había llegado el crepúsculo y la penumbra se parecía mucho a mi estado de ánimo, con claros y oscuros que se intercalaban asistemáticos. Fui a la cocina y me detuve frente a la nevera. Abrí el congelador y me quedé viendo su interior, que con su luz artificial iluminaba mi cuerpo desnudo. Entonces escuché que se abría una puerta en el pasillo. Sin hacer ruido, me acerqué a mi entrada. Al mirar por el ojo mágico, vi que

Luis Alfredo salía del apartamento de Alicia. Se devolvió y le dio un abrazo extenso. Luego se fue y ella cerró su puerta.

Yo no tenía humor para elucubrar sobre lo que se traían esos dos.

Tercera parte

Después del encuentro cercano de ese tipo

ALGUNOS DÍAS PASARON sin tener noticias del detective. Yo no podía descansar, aun cuando me tomaba religiosamente el somnífero. El encuentro con Guerrero me había dejado desenganchada de mi orden y su ausencia me llenaba de incertidumbre. Sentía que no era yo. Y no podía darme el lujo de andar errática en esos momentos. Por eso pensaba varias veces cada palabra antes de decirla, cada paso antes de darlo. No quería cometer un error. Pero lo ocurrido era tan nuevo para mí que tenía todas mis sensaciones revolucionadas.

Era tal el arrobamiento, me sentía tan fuera de mi elemento, que la idea de irme en metro a casa de mis padres no me había sonado tan descabellada. Y ahí estaba yo, bajando desde la plaza Francia para entrar en la estación de Altamira. Lo primero que percibí al descender fue un hedor a orines rancio. No había tenido tiempo de lamentarlo cuando distinguí al final de las escaleras unos buhoneros que, con toda impunidad, desplegaban en el piso discos compactos quemados, caramelos e inciensos. Más adelante estaban unos *hippies*,

auténticos, con acento sureño y todo, vendiendo sus artesanías de cuero y cuerda. Experimenté un sentimiento olvidado hacía tiempo: las ganas de comprarme una pulsera o un mandala de cuerda, que de seguro nunca iba a tener ocasión de usar. Seguí de largo reprimiendo mi impulso adolescente y entonces vi un cachorrito amarrado a la reja de entrada con un mecate. Una bolita peluda y pulgosa que de seguro pertenecía a alguno de los vendedores de artesanía. Un perro... ahora en el metro de Caracas ves buhoneros, *hippies* y hasta perros. Cerré los ojos y pasé a su lado tratando de ignorar esa composición fotográfica africana. Ese era un mundo muy distinto al que yo había dejado hacía más de veinte años.

Mis rutinas siempre fueron claras y seguras: me levantaba cada día y me preparaba varios cafés fabulosos, que tomaba acompañados de pan y queso. Iba a mi trabajo de lunes a viernes. Almorzaba en un restaurante cercano, siempre el mismo. Volvía a casa cada noche y cenaba ligero. Leía... bueno, previo a la separación solía leer un par de horas en mi sillón de lectura antes de dormir. Pero luego de volver al Yagua, solo veía televisión un rato, me tomaba la pastilla mágica y, después de mi rutina de aseo personal, me acostaba. Agarraba el libro que llevaba tratando de terminar desde hacía casi un año, solo para dormirme de inmediato. Los sábados iba a casa de mis padres, almorzaba con ellos y pasaba la tarde allá, viendo boxeo con mi papá. Los domingos, temprano compraba carne en el mercado itinerante de la municipalidad. Luego iba al Parque del Este a caminar un rato y fingir

que lo disfrutaba. Como ese era el momento de la semana escogido para dar rienda suelta a mi ser carnívoro, llegaba del parque y me preparaba un churrasco jugoso con la carne que había comprado en la mañana, y lo acompañaba con ensalada de tomate, cebolla, céleri y pepino.

Pero esta vez me encontraba fuera de mi rutina, literalmente pisando terreno desconocido. Entré en la estación y juzgué que seguía como la recordaba. Pensé que por lo menos se había mantenido el espacio interno libre de mascotas, pero mi apreciación duró apenas hasta que vi un par de alfombras caninas atravesadas en el pasillo. Así son los perros: el mejor lugar que encuentran para descansar es en medio de todo. Entonces subí la mirada y noté los avisos luminosos desiertos, los que otrora llevaran anuncios comerciales. Ahora estaban vacíos pero encendidos, y como ánimas circundaban el espacio. Los pocos que hablaban de algo lo hacían en una jerga proselitista, exaltando lo buenas que eran las decisiones del régimen.

Culpé a Guerrero por mi situación, pues desde que él había salido por última vez de mi apartamento, no me era posible seguir mi libreto. No me dormía rápido en las noches, me despertaba tarde en las mañanas, se me quemaba el café o la leche... Y para empeorar el escenario, ese día mi carro había amanecido con la batería descargada. Al pasar la llave, no había hecho ni clic. Eso significaría un viacrucis ineludible, ya que los acumuladores pertenecían a la larga lista de bienes escasos en el país. Pero estábamos a sábado, y sin carro no podría ir a casa de mis padres. Podía llamar a mi papá y él de mil amores

me buscaría. Pero no quería lucir como la indefensa mujercita sin marido que necesita auxilio. Tampoco quería dejar de visitarlos, porque eso enrarecería más mi rutina, que bastante trastocada estaba ya. Necesitaba actuar con normalidad.

Compré el boleto lo más pronto que pude. Solo quería estar ya en la casa de mis padres. Caminé hacia el torniquete para pasar al área de embarque, esquivando de cuando en cuando un papel de golosina o un cigarro mal apagado en el piso. Qué tiempos aquellos cuando el Metro de Caracas se mantenía impecable. Al meter en la ranura el cartoncito amarillo, pasé y me quedé esperando que la máquina me lo devolviera. Como no lo hacía, pensé que se había dañado. Me puse nerviosa especulando que en este «nuevo» metro no habría, como antes, un supervisor pendiente de ayudar a los usuarios. Entonces, la persona atrás de mí me dijo impaciente: «Pasa, pasa, hija». Tardé un poco en reaccionar y los de la cola empezaron a gritar «¡muévetel!». Me moví, pero me quedé cerca, preocupada porque no tendría cómo salir de la estación a donde iba. Me di cuenta de que la máquina no le devolvía el boleto a nadie. Por lo visto, el sistema había cambiado. Imaginé que entonces no me lo pedirían para salir. Me quedé un momento más observando a las personas que usaban los torniquetes de salida y, en efecto, no necesitaban nada para traspasarlo.

Antes de salir de mi apartamento, se me había cruzado por la mente tomar un taxi, pero no tenía suficiente efectivo. En un país con una moneda tan devaluada y una inflación

desbocada había que cargar una maleta de billetes para pagar cualquier cosa. Dentro de poco —pensaba como una amarga broma—, los taxistas iban a tener que funcionar con punto de venta. Y como la máscara que cubría el deterioro de la economía —los altos precios del petróleo— fue arrancada drásticamente, yo aún no me acostumbraba a tener siempre kilos de billetes en la cartera. Entonces pensé en caminar hasta el centro comercial más cercano para sacar dinero de un cajero electrónico, pero me aterraba que un motorizado se detuviera de repente y me encañonara para robarme no sé qué y luego me matara por rabia, porque no tenía nada de valor monetario.

Pensaba en esto cuando divisé a otro perro haciendo de tapete en el piso. Aparté la mirada y me dispuse a bajar las escaleras hacia el andén. Suponía que, por ser sábado, no estaría como lo describían quienes usaban el metro los días de semana: lleno de gente apelmazada que se movía en bloque compacto para entrar y salir de los vagones. Me equivoqué. Había bastante gente, aunque no parecía que iba a quedar aplastada en el cardumen. Sin embargo, me paré alejada de las vías, a pocos centímetros de una pared (sin tocarla), no me fueran a echar a los rieles en medio de una empujadera. Dándome la razón, al acercarse el tren las personas del andén empezaron a mostrar su clase. Se acercaron a la vía como gallinas a las que les lanzan maíz, sin reparar en el riesgo de traspasar la raya amarilla. Al detenerse el aparato, tapiaron sus puertas antes de que los del vagón pudieran salir. Pensé que se iban a apartar, pero no lo hicieron, obligando a los de

adentro a abrirse paso entre codos y hombros, al mismo tiempo que los de afuera se rozaban asquerosamente para entrar. Qué tiempos aquellos cuando la gente se comportaba en el Metro de Caracas de manera impecable. Esperé a que el remolino pasara y me metí rápido, justo antes de que trancaran las puertas, aplastando mi cuerpo como cucaracha para que pudieran cerrar. Ni siquiera pude llegar a uno de los tubos para asirme. Arrancamos y me vi forzada a abrir las piernas hasta que se me estabilizó la vertical, recostándome de la puerta y de la persona que tenía al lado. Solo veía fracciones de humanidad: una cabeza por aquí, un brazo por allá, unas piernas. En la siguiente estación nadie se bajó, pero había gente esperando para entrar. Por increíble que parezca, lo lograron. Aun cuando yo estaba en el límite entre el vagón y el andén, cinco personas más pudieron embutirse junto a mí. Ahora me encontraba entre dos hombros desconocidos.

En mi apartamento me había sentido atrapada por mi situación y el ahogo me empujó a hacer algo inusual para mí. Justo en la garita de vigilancia de la calle ciega pasaba la ruta de un metrobús. Entonces, apoyando mi valentía en la relativa seguridad del lugar, me fui hasta allá. Saludé al saludador —flaco, marchito y aburrido, como siempre— y me quedé de lado adentro del balancín, con la fantasía de que ahí había menos riesgo. El transporte me llevaría a la plaza Francia de Altamira, donde emprendería esa aventura que no experimentaba desde mis años de universidad: el metro.

En la siguiente parada del tren se repitió la historia tercermundista: los que esperaban entrar al vagón impedían el paso a quienes querían salir, convirtiendo nuevamente la puerta de acceso en un caos de palabrotas y empujones. Qué tiempos aquellos cuando el Metro de Caracas era un oasis que transformaba al vulgo en ciudadanos impecables. Menos mal que ahí bajó bastante gente. Igual no quedaban puestos desocupados, pero por lo menos llegué a un tubo de donde me aferré. Traté de recordar si había metido el gel antibacterial en la cartera, pero no estaba segura. Me preocupaba que, si no lo había hecho, iba a tener que llegar al final de mi viaje con las manos llenas de lo que estuviera pegado en ese caño metálico. Cuando el tren paró nuevamente, se recicló la fauna del vagón. No quedó asiento vacío, pero el espacio se liberó. Se podía respirar. Entonces me relajé un poco y empecé a observar a mi alrededor. Recostado de la puerta de salida, había un hombre desgredado con cara retadora, como esperando que alguien le dijera que no podía apoyarse ahí. Un grupo de muchachos parados hablaban en voz alta y reían de cosas que yo no entendía. Unas señoras sentadas cerca de ellos se inclinaban hacia el lado contrario, como evitando ser tropezadas por los movimientos bruscos del grupo de adolescentes. Un muchacho vestido con chaqueta y gorra negras estaba sentado cerca de las señoras y no ponía atención a nada, sino a la música que debía estar escuchando con sus audífonos blancos. Me di cuenta de que yo no reconocía el juego de tubos del cual iba prendida; eso no existía hace veinte años. Enton-

ces noté que ya no estaban los asientos transversales, sino solo los que iban pegados a las paredes. Además, los vagones eran continuos, se podía pasar de uno a otro a través del acordeón que los unía. Me fijé en la gente parada justo en ese espacio de transición y vi que el piso se les movía. Todo se veía más amplio que como yo lo recordaba.

Esta aventura había empezado cuando al fin el metro-bús se había detenido al lado de la garita de vigilancia de mi calle ciega. Lo recordaba marrón, pero ahora era de un rojo extraño. Encontré puesto cerca de la puerta y lo tomé sin pensar, agradecida por mi suerte. Me arrepentí cuando se detuvo en la siguiente parada y se llenó de gente hasta el tope. Un adolescente se me puso en frente, casi pisándome, por lo que me vi obligada a recoger mucho los pies. Debido al apretujón, él se inclinó hacia mí y su bragueta quedó tan cerca de mi cara (como si quisiera un favor) que me vi obligada a voltear la cabeza tipo Linda Blair. Entonces, incómoda por la posición y el calor que invadió la unidad, empecé a rabiar por el asunto de la batería, que me tenía en ese transporte público percibiendo humores ajenos. Hace menos de veinte años alguien simplemente me hubiese auxiliado el carro para que fuera a comprarla. Pero en un país que no se rige por la lógica, el dichoso adminículo no se compra libremente porque el Gobierno aplicó la demagógica medida de controlarle el precio. Para obtenerlo, debes hacer varias horas de cola durante la madrugada, exponiéndote a un asalto. Tienes que llevar los papeles del carro y la batería vieja, como prueba de

que realmente necesitas una nueva. Entonces eres anotado en la lista de los que ya la han adquirido y no podrán comprar otra en los próximos dos años. Y si no quieres seguir los tortuosos canales «regulares», tienes que utilizar el plan B, el cual no está libre de abuso y humillación, pero al menos es más seguro: obtenerla en el mercado negro, vendida por el contacto de otro contacto de un concesionario, con un precio hiperaumentado. Y, sobre todo, habiendo tenido que degradarte y formar parte de ese lodazal. Respiré profundo cuando me bajé del metrobús en la plaza. Empecé a mover de un lado a otro la cabeza porque tenía el cuello adolorido y casi preferí irme a pie adonde mis padres que volver a meterme en un transporte público. Pero la realidad era que la distancia y la inseguridad pesaban más que la urticaria emocional que me producía apretujarme con gente en un lugar cerrado.

El tren volvió a parar y en la puerta se repitió una vez más la situación «subdé». En ese ínterin, aproveché y me senté en un puesto que había quedado desocupado. Cuando hubo terminado la escena, una de las tantas por las que los gringos nos representan a los latinos como lo hacen en sus películas de Hollywood, ya no había puesto vacío. Entonces me fijé en una anciana que había quedado parada, aferrada con sus manitas venosas al mismo tubo donde yo había estado. Esperé unos instantes y nadie se paró. Muchos de los que iban sentados echaban la cabeza para atrás y fingían estar dormidos. Me decepcioné aún más del país donde vivía. Cuando estuve segura de que no había un alma decente que daría el puesto

a una persona de la tercera edad, resolví ponerme de pie y dárselo yo. Para mi sorpresa, el muchacho de chaqueta y gorra negras que escuchaba música ensimismado se paró antes y le ofreció el puesto a la viejita. Me impresionó gratamente ver a un joven haciendo eso y pensé que aún había esperanzas para la sociedad. Pero en ese momento arrancó el tren y el muchacho trastabilló, empujando a uno de los chicos de la tropa de adolescentes que estaban hablando a gritos. El del grupo era más alto que el muchacho amable de la gorra negra y llevaba los pantalones a la mitad de la cadera, dejando ver indecorosamente sus interiores grises. Se volteó agresivo hacia el de la gorra y le gritó: «¡¿Qué es lo que te pasa, huevón?!», a la vez que le manoteaba a la altura de la cara. «¿Qué pasa de qué?», le respondió el muchacho, y de inmediato los del grupo del oponente dieron un paso hacia él. El corazón me trepó por el pecho. Todos en el vagón voltearon a ver qué pasaba. Entonces, antes de que la pandilla diera un paso más, el muchacho acosado se levantó la chaqueta y dejó ver la cache de una pistola metida en la cintura del pantalón. Un silencio opresivo inundó el vagón. El grupo desafiante se detuvo *ipso facto*, y el muchacho, mirándolos con ojos secos y sin abusar de los decibeles, les dijo: «Caminen». Todos retrocedieron sin quitarle la vista. Se fueron hacia un lado del vagón, casi a nivel del acordeón, y no lo miraron más. El muchacho se acomodó la chaqueta y el arma quedó nuevamente oculta. Permaneció parado sujetándose de la vara del techo, mirando de reojo al grupo que le había buscado pleito. Nunca antes yo había presenciado una

situación así. No sé cuántas veces logré respirar durante el trayecto hasta la siguiente estación. Mi mirada se debatía entre no perder de vista a los entes en disputa y disimular mi vigilancia. Sin embargo, al transcurrir unos segundos, la gente del vagón empezó a respirar, moverse y hablar.

Para cuando se detuvo el metro, podría decir que las conversaciones de los demás ya habían recobrado su tono normal.

En un lugar extraño

AHÍ SE BAJARON los del grupo de adolescentes pendencieros. Yo también desembarqué, aun cuando no era la parada correcta. El susto me había hecho abandonar el vagón antes de llegar a mi destino. Caminé aterrada en busca de un cajero automático, que encontré en un centro comercial aledaño a la estación. Saqué dinero y tomé un taxi de la línea del mismo centro comercial. Ya no quería estar más en la calle. Llegué a casa de mis padres a un cuarto para las tres, respirando aceleradamente. Abrí la reja del edificio con mi propia llave y subí por el ascensor hasta el piso cuatro. Antes de entrar al apartamento, respiré profundo, sintiendo que mi espalda estaba bañada en sudor. Desde ahí podía sentir el aroma de lo que mi madre estaba preparando, pero no tenía humor para deleitarme con su delicia. Entré y lo primero que hice fue correr al baño para lavarme las manos y la cara. Luego saludé a mi papá con un beso y a mi mamá con un abrazo. Me preguntaron cómo había llegado y les contesté que en taxi. No quise contar el suceso del metro.

No quería revivirlo. Mi mamá enseguida sirvió el almuerzo y nos sentamos a la mesa.

No sentía que ese apartamento era mi casa, como suelen sentir los hijos el hogar de los padres aun cuando ya no vivan ahí. La razón es que ese no era el lugar donde yo había crecido. De soltera, mis padres vivían en una casa en Sebucán, donde yo había llegado tan pequeña que no recordaba otro hogar. La luz que entraba por sus ventanas había dado los colores a mi mundo. Ahí estaban los escondites que usaba cuando jugaba con mis primos. Estaba mi cuarto y sus crepúsculos al atardecer, veteados de las sombras particulares que daba el mango del jardín. Sabía dónde se encontraba cada trasto en la cocina, cada objeto de la casa. Ahí se celebraron mi primera comunión, mis quince años, mi graduación de bachiller y mi grado de la universidad. Inclusive ahí fue la celebración de mi matrimonio civil. Pero luego de que me casé, dada la situación de inseguridad creciente en la ciudad y la vulnerabilidad de las casas ante los robos y secuestros, mis padres decidieron vender la sede de mi infancia y comprar ese apartamento. No lo sentía como mío. Ahí no estaba mi cuarto. Ahí no residían mis recuerdos. No reconocía sus paredes. Así que la mesa a la que me sentaba para comer los sábados era extraña. Me sentía una visita.

Durante la comida, me comentaron que estaban planeando un viaje. Mis padres nunca habían sido viajeros asiduos, pero después de viejos les había dado por ahí. Y aunque viajar era tan costoso en esos días por el precio de los pasajes, y además complicadísimo por el control en la compra de di-

visas, hacían todo lo necesario para salir del país. Este era el tercer año consecutivo que iban a viajar, y eso los tenía muy animados. A mí me parecía muy bien que destinaran su dinero a esos menesteres. ¿Qué más iban a hacer? ¿Para qué lo iban a guardar? Total, en el cielo las batolas no tienen bolsillos.

De pronto, mi madre mencionó la visita de unos policías con respecto a ese suceso de la desaparición de mi vecino. Me quedé helada un momento, sin quitar los ojos del plato. Mi papá dijo que no entendía por qué los habían contactado. Comprendía que la policía debía descartar la mayor cantidad de gente posible para así dar con algún sospechoso real; sin embargo, no entendía tal despliegue de investigación por un señor que lo más probable es que estuviera abombado en una cuneta, víctima de un asalto.

—Ese, hija, salió a comprar el periódico y lo asaltaron. Era domingo, ¿no? Bueno, ese salió con las llaves y el sencillo nada más y lo agarraron en la esquina —dijo mi padre, hablando duro como siempre.

—Ay, papá, tampoco... —protesté.

—Claro que sí. Hoy en día agarran a cualquiera. A lo mejor fue solo un asalto de oportunidad, como dicen. Quién sabe si los ladrones andaban drogados y se les escapó un tiro. Yo creo que a ese señor deben buscarlo por los montarrascales de El Hatillo.

Mi madre se persignó y manifestó el alivio de saber que yo siempre andaba en carro. Empecé a tranquilizarme con el comentario de mi papá. Traté de relajarme y seguí comiendo.

Pensaba que la escena construida por él no estaba muy lejos de la verdad.

Al cabo de un rato, terminamos de comer. Había sobrado un poco del pollo horneado y mi mamá me lo ofreció para que me lo llevara junto con lo que había quedado del coliflor gratinado. Decliné y la convencí de que mi papá le iba a pedir algo a la noche, y eso le evitaría cocinar de nuevo.

—Entonces Italia —le comenté en voz baja a mi mamá mientras recogíamos los platos de la mesa. Mi papá ya se había sentado frente al televisor y estaba buscando la pelea de boxeo que transmitirían ese día. Dentro de la cocina, eché una mirada al cuartito de servicio que mi mamá había destinado a su *hobby* de orfebrería. Se lo había tomado en serio: tenía la mesa especial, la prensa, el tas, el soplete, la bombona y los químicos que se usan para limpiar la plata luego de soldarla. En el piso del cuartito, vi el pote de ácido. Parecía que a mi mamá ya se le había pasado el susto y había dejado de guardarlo bajo llave. No le comenté nada para no incomodarla.

—Sí —contestó, sonriente, a mi comentario del viaje—. No he ido desde que fuimos contigo hace más de veinte años. Quiero ver Roma, quiero ver el Vaticano.

—Qué chévere. Me encantaría viajar también, pero no lo hago desde la luna de miel. Es que nunca tuvimos el dinero disponible para eso.

Al decir «tuvimos» se me vino un mal sabor a la boca. Hablaba de mi matrimonio y odiaba seguir haciendo eso.

Detestaba equivocarme y mencionar un «nosotros» que ya no existía... Aunque más odiaba la realidad de que ya no existiera.

—Bueno, mi amor, ya podrás viajar. Las cosas van a mejorar en el país algún día. Esto no va a ser para siempre. Quizás y hasta podamos organizar un viaje los tres. Tu papá te echaría una ayudita.

—¿Nosotros tres? Qué divertido... —brotó de mí, con sarcasmo.

—Pues sabrás que sí es muy divertido. Los viajes que he hecho con tu papá han sido muy buenos. De verdad hemos disfrutado muchísimo. No te creas, ya tu papá no es el de antes. La edad pega, hija, y él ahora es mucho más... familiar.

—A buena hora —susurré.

—Mira, Patricia, el tiempo endereza las cargas. A lo pasado, pasado. Hoy en día tu papá y yo estamos disfrutando de nuestra compañía. Compartimos mucho.

—Sí, ya veo. Pero por todo lo que tuviste que pasar para llegar a esto... ¿Valió la pena?

—Hija, no juzgues por el pasado. Deja eso ahí. Si te quedas pegada, nunca vas a poder tener una relación.

—¡Aunque sin quedarme pegada igual me pueden dejar de lado afuera de mi propia casa!, ¿no?

No alcé la voz, pero no fue necesario. La expresión de mi cara debe haber sido peor que cualquier grito. Se me vino a la cabeza la imagen de esa pobre idiota parada en la puerta de una casa llamando por su celular. Pensé en las veces que

me hice la gafa para no concientizar los deslices de mi exmarido. Vi su cara de fastidio cuando llegaba los viernes por la noche a la casa, sin ganas de hacer nada. Lo vi caminar de un lado a otro mientras yo estaba en mi sillón leyendo. Vi a mi madre reclamar con lágrimas a mi papá por algo que había encontrado en el carro. Y la vi luego diciéndome que ese era mi padre, que yo no podía seguir disgustada con él.

—Sí —continué—, porque si me dejan de lado afuera de mi casa, ahí no tengo mucho qué hacer, ¿verdad? Ahí no importa si me quedo pegada en las cosas o si soy la esposa más dócil del mundo.

—Ay, Patricia...

—Dime, mamá —dije sin dar tregua—, ¿cuánta mierda hay que tragarse para llegar a tener una vejez acompañada?

Calló por un momento y, sin verme, dijo:

—Bueno, Patricia...

Entonces me dio la espalda y se alejó. Lo mismo que hacía cuando no quería hablar de algo; cuando no quería darle la cara a una realidad.

Esa noche no me quise quedar a ver el boxeo. Estaba furiosa y, por alguna razón, no era capaz de disimularlo. Le pedí a mi padre que me llevara a mi casa. Le dije que no me quedaba más tiempo porque no quería que manejara tan tarde. Insistí firme ante sus ofrecimientos de llevarme a cualquier hora o de prepararme la cama del cuarto de visitas. Finalmente lo convencí y me llevó.

Una vez en el carro, mi padre sacó nuevamente a colación el asunto de mi vecino. Me dijo que de verdad no comprendía la investigación.

—¿Por qué tenían que preguntarnos a nosotros acerca de ti? ¿Están haciendo eso con todos los del edificio, interrogando a sus familiares?

No supe contestarle. Ante mi silencio, mi padre empezó a hablar solo; pero conmigo:

—Las cosas hay que tomárselas con calma, hija, con calma. En la vida hay situaciones que lo golpean a uno, pero uno no se puede dejar tumbar. Y si te tumban, uno se para de nuevo y más fuerte, más curtido. Las situaciones que nos dan duro sirven para robustecernos, no para destruirnos. Y siempre se puede, hija, siempre se puede. Solo hay que tomarse las cosas con calma.

No dije nada.

Se me revuelve el pasado

GUERRERO SEGUÍA SIN aparecer. Habían pasado ya varios días desde nuestro último encuentro. Yo tenía mis emociones en pausa, porque no quería enrollarme. Si me ponía a pensar mucho acerca de lo que había pasado —lo cual es mi especialidad—, iba a empezar a imaginarme cosas sin fundamento, porque la realidad era que no sabía nada: no sabía por qué había pasado lo que pasó, por qué Guerrero había reaccionado así, por qué no lo había visto más. Así que traté de no pensar en eso. Pero de cuando en cuando me atrapaba dándole vueltas al asunto.

No sé si hubiera aguantado mucho más sin saber de él, pero la forma como por fin supe algo no fue nada agradable. Le había pedido a una compañera de oficina que me pasara buscando para ir al trabajo, lo cual hice muy a mi pesar porque no me gusta pedir favores. Entonces, cuando ya me disponía a salir del apartamento, oí la voz de Guerrero en el pasillo. Primero no quise mirar por el ojo mágico, recordando que la sombra de mis pies se vería bajo la puerta y a ese

sabueso criollo no se le escapaba nada. Pero luego no pude aguantar más y me asomé, parándome de puntillas a un lado de la puerta y alargando el cuello para llegar a la mirilla sin delatarme con las sombras.

Lo que vi me heló la sangre. Me cortó la respiración. Me revolvió el estómago en un segundo. Guerrero estaba saliendo del apartamento de Alicia. Le hablaba bajito, como solía hablarme a mí. Se despidió con un apretón de manos y bajó las escaleras, sin levantar la vista hacia mi puerta. No podía creer lo que estaba viendo. ¿Qué hacía Guerrero a las siete y media de la mañana en casa de mi vecinita? ¿Qué hacía susurrándole? ¿Por qué había dejado su perfume en la mano de ella?

Sentí unas ganas terribles de abrir la puerta y bajar las escaleras corriendo para emplazarlo. Me debatía fieramente entre hacer eso y guardar la compostura; mi compostura. Yo no era de dar espectáculos, de hacer reclamos. El único momento en el que caí en esas bajezas había ocurrido hacía un año, y era un recuerdo vergonzoso para mí. Me había comportado como cualquier chenchita que le reclama al marido porque lo vio con otra mujer. Me había llevado la policía y creado un expediente. Ese día yo fui una de esas mujercitas que le dan alaridos a un Juan Pérez en la calle. Hasta ese lodazal había bajado. Hasta ese pichaque me habían hecho descender.

Y si al menos hubiera hecho lo que fui a hacer. Pero me había contenido. La verdad es que no lancé el ácido con toda mi fuerza. Al último momento, una ola de conciencia

me invadió y me reprimí... O fue una ola de miedo, de falta de decisión. Como sea, no me vengué. No fui capaz. La razón apareció y me hizo ver a esos dos canallas como seres humanos. La razón me previno de las consecuencias que podía acarrear lo que pensaba hacer. Todo en un instante. Y en ese segundo, en solo un segundo, me acobardé.

Y luego morí. Morí cuando vi a mi esposo proteger a esa mujer con su cuerpo. Cuando me vio hacer el gesto de lanzar el líquido, su cara se desfiguró en una mueca de terror que no puedo olvidar. Se abalanzó e interpuso su humanidad entre el ácido y la tipa. La protegió. Aun exponiendo su físico, la protegió. Así de mucho le importaba. Así de mucho la quería. Como antes me había querido a mí.

Cuando el líquido cayó en el piso, muy lejos de ellos, él volteó a verme. Solté el pote. Entonces, aún cubriendo a la mujer, me gritó improperios. Estaba alterado y su voz alcanzó un tono metálico que no le conocía. Me gritaba loca, que era una maldita loca. De algún lugar salieron unos oficiales. No recuerdo mucho más, pero sí tengo grabada la imagen de mi esposo preguntándole angustiado a la mujer que si estaba bien. Esa escena me enseñó el significado de la frase cliché «me rompieron el corazón». Porque eso fue lo que sentí en ese momento; eso fue lo que él me hizo.

Todo quedó en una orden de restricción. Yo era una criminal que no podía acercarme a mi esposo y su amante a menos de no sé cuántos metros. Entonces se me bajó el *break*. Me quedé sin energías, echada en una cama. Y ahí,

tirada como un despojo, las piezas siguieron cayendo en su lugar dolorosamente. Cada salida de él, cada llamada, cada excusa, ahora tenía explicación. Cuando se fue a Falcón por trabajo y llegó bronceado y el hermano le dijo que más le valía haber dejado el apartamento limpio, él se volteó y me contó apresurado que de regreso se había quedado en Tucacas porque venía durmiéndose. Cuando encontré la tranca de zarcillo en su carro y me dijo que era mía, como si una mujer no supiera cuándo le hace falta un zarcillo o su tranca. La vez que lo llamé y no lo pude ubicar, y luego me vino con un cuento de su celular sin pila, que había tenido que salir de la oficina, y esto y aquello... Todas las ocasiones raras ahora tenían sentido, y cada recuerdo era un erizo que bajaba por mi garganta.

No iba a encarar a Guerrero. No iba a caer nuevamente en esas actitudes tan marginales. Pero no me pude aguantar y salí a tocarle la puerta a Alicia. La mosquita muerta abrió y le espeté:

—Vas tarde para el trabajo, ¿no?

Alicia se quedó extrañada de mi pregunta sin saludo. Me dijo un «hola» tímido, y yo caí en cuenta de que no tenía el control total de mis actos. Fingí una sonrisa y moderé mi voz.

—Ya son las siete y media. No vas a llegar al banco.

—Es que hoy es lunes bancario —contestó todavía impresionada.

—Ah, ¿sí? Y aún así te levantas temprano.

—Es que me llamó el detective Guerrero y me pidió vernos. Al parecer solo podía venir temprano.

La tensión que sentía en mi mandíbula se redujo un poco con esa respuesta, pero mi inseguridad no me dejaba relajarme por completo.

—¿Él llegó esta mañana?

Creo que Alicia no notó la escogencia inadecuada del verbo. Porque no dije «vino», sino «llegó».

—Sí, tenía que hacerme unas preguntas —contestó mi vecina—. ¿Ya tomaste café?

Claro que había tomado. Me levantaba temprano para tener tiempo de darme el gusto de desayunar tranquila y tomarme el mejor café que me pudiera preparar. Hacía todo con parsimonia. Servía en la mesa de *pantry*. Me sentaba como si me estuviese atendiendo un mesonero. Me tomaba dos o tres tazas de café.

—No, aún no tomo —mentí.

Nos metimos en su cocina con paredes de baldosas amarillosas de tamaño quince por quince. Me senté en su mesita, de esas forradas de fórmica blanca de los años setenta, que se pegan a la pared y tienen pie de amigo retráctil. Imagino que era la misma donde se sentaban los viejitos italianos que vivían ahí. Entonces esperé a que preparara el café en una greca manchada por el calor de las hornillas.

—¿No habías tomado café aún? —le pregunté capciosa.

—No, qué va, chama. El detective llegó cinco minutos después de que llamó. Apenas me dio tiempo de cepillarme los dientes y ponerme este mono.

—Ah... —dije con alivio—. ¿Ni un cafecito le ofreciste al detective?

—Sí, pero el tipo estaba como apurado. Como que era verdad eso de no poder venir sino tempranito.

Finalmente me sirvió su sátira de café y me lo tuve que tragar imitando la satisfacción de su cara tras sorber el primer marrón de la mañana.

—Rico, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, claro.

No aguanté mucho antes de averiguar qué quería el detective. Y Alicia, que no necesita ni un empujoncito para hablar, se soltó como una avalancha.

—Chama, bueno, el detective quería hacerme preguntas sobre el hijo del señor Edgardo. No sé, Patricia, al parecer alguien le dijo que yo y que me estaba viendo mucho con él. Qué gente tan nula la que anda con chismes. Bueno, equis. Pero sí es verdad, ¿sabes?, hemos entablado una amistad.

—¿Amistad? —le dije entrecerrando los párpados—. Pero Alicia, a ti te encanta el hombre, ¿no?

—No, vale. Bueno sí, pero créeme... ahí no había oportunidad.

—¿Qué? ¿Está enamorado de la novia?

—La novia... —dijo y se rio mirando al techo—. A la novia muy pronto le van a dar una noticia poco agradable.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Patricia —me dijo y me miró pícara—: Luis Alfredo es *gay*.

Bueno, esto sí que no lo vi venir. ¿El tipo que esperaba una mejor condición económica para casarse con su novia?... Claro, entonces entendí. No estaba esperando nada. Después de los treinta, quien se quiere casar no aguanta, se casa y ya. Pero este lo que estaba era dándole largas al asunto... del clóset. Ahora, ¿cómo hizo esta muchachita para que él se abriera de esa forma con ella?

—¿*Gay*? —dije honestamente sorprendida.

—Sí, chama. *Gay-gay*. De hecho ya tiene pareja. ¿Te acuerdas del arquitecto? Bueno, ese mismo.

Ay, carajo, estos no estaban dentro del apartamento planificando qué paredes tumbar. ¡Estos ya estaban tumbando paredes!

—Sí, chama. El tipo está enrolladísimo. Él lo sabía desde hacía mucho tiempo, pero no se había atrevido a salir del clóset. No soportaba la idea de que lo supiera su papá, quien, entre otras cualidades, también es homofóbico.

—Quién lo sospecharía... como el tipo no era nada troglodita.

—Sí, Paty. Lo cierto es que Luis Alfredo sí se lo dijo. Un poco antes de que el señor Edgardo desapareciera, se lo había confesado. Aquello y que fue horrible. El papá le dijo que era un pervertido, un mariconcito, un torcido. Luis Alfredo insistió y vino un par de veces para su apartamento,

pero el viejo no cambiaba la actitud. La última vez que lo vio, el tipo le dijo que si seguía con esas mariqueras, se olvidara de que tenía padre. Porque él no iba a ser el papá de un maricón.

—Serán esas las discusiones que oyó el del piso seis — especulé en voz alta.

—Me imagino —murmuró Alicia con la mirada perdida, pero encendiéndose de inmediato otra vez—. Ay, chama, pero eso le partió el corazón a Luis Alfredo.

—No mucho, porque si me dices que anda con el arquitecto, pues... no creo que se metan en el apartamento a conversar.

—Ay, Paty, ¡pero qué dices! Bueno, claro que no. Lo que pasa es que la desaparición del padre le dio como otra perspectiva. Creo que él ahora ve la vida como algo finito. Sabe que no puede fingir para siempre, porque sería el mismo infierno que ha vivido hasta ahora. Entonces se abrió, o sea, no ha salido del clóset oficialmente, pero sí aceptó a este muchacho que, al parecer, lo traía arrastrando el ala desde hace tiempo. ¿Sabes?, es su primera experiencia homosexual. ¿No es romántico?

Guao, qué capacidad tiene esta muchachita de pasar del despecho al romance.

—Y tú, ¿cómo quedas ahí? Porque a ti te encantaba el tipo.

—Sí, pero bueno, es un imposible —Y sonrió con toda la capacidad de su boca—. Creo que quedé de celestina, por-

que desde entonces lo ayudo en sus escapadas y soy su paño de lágrimas.

—Pero, Alicia, en serio no entiendo... ¿cómo te enteras de las cosas?

—Ay, chama, es que me fui de palo, de verdad. ¿Recuerdas que nos cayó malísimo cuando lo vimos por primera vez con Sebastián, el arquitecto? Bueno, la siguiente vez que vi a Luis Alfredo, no me aguanté. Chama, te juro que fui de lo más salida. Le dije, como quien no quiere la cosa, lo alegre que estaba porque se había resuelto lo de su papá. Claro, si estaba pensando remodelar el apartamento para mudarse, debía ser porque ya sabía dónde estaba su padre y que no iba a volver. Bueno, se puso pálido. Me dijo que no iba a remodelar... ¿Sabes qué?, yo creo que él tenía ganas de decírselo a alguien, porque ni su mamá lo sabe aún. Y bueno, yo estaba ahí.

—Casualmente...

Total, que la mosquita muerta parecía no tener que ver nada con Guerrero. Me sentía aliviada. Ser desplazada nuevamente... no sabía cómo me caería algo así, aunque el malestar que experimenté al ver salir al detective de casa de Alicia me había dado una pista.

Ella le había informado a Guerrero de su hallazgo. Pero él ya lo sabía. Incluso ya había entrevistado a Sebastián. Al parecer, de las preguntas que le hizo a mi vecinita, no sacó nada nuevo. Según me contó Alicia, su visita fue, como ella dice, «nula». Me despedí argumentando que iba a llegar tarde al trabajo, aunque en realidad iba a llegar tarde a la esquina,

donde me estaría esperando mi compañera de oficina. Quería preguntarle a mi vecinita por los misterios de la señora Paula, pero ese día no tenía tiempo.

El juego

REGRESO DEL TRABAJO y subo por el ascensor bipolar, que hoy está funcionando. Pienso en la conversación de la mañana con mi vecina, tomándonos aquel holograma de café. Pero en realidad lo que no ha abandonado mi mente en todo el día es el malestar intenso por la posibilidad de que David hubiese pasado la noche con Alicia.

Al abrirse el elevador en el piso siete lo primero que veo es a Guerrero. Mi corazón da un brinco. Está recostado en una pared, con la mirada baja y las manos en los bolsillos de su *jean* estrecho. Tiene puesta una camisa melón que esta vez lleva arremangada. Se me acelera el pulso. El nudo de su fea corbata marrón luce un poco suelto. Respiro corto y acelerado. Al dar un paso fuera del aparato veo a Morán, de negro cerrado como un cuervo. El corazón se me confunde. Está parado al lado de mi puerta, esperando. Les echo una ojeada y vuelvo la vista al piso. Saludo con la mano, sin pronunciar palabra. No miro a David a los ojos. No puedo. Morán me da paso y abro la puerta. Hoy no hay flores en mi apartamento.

Pasan y se sientan en sus puestos habituales. Los sigo y me siento también, derecha, erguida, con la cartera aún en el brazo y las llaves en la mano. Nadie pronuncia palabra por un momento. El silencio es rajado por la agresividad de Morán, quien me informa con voz ronca, que yo no había escuchado antes, que seré sometida a un interrogatorio en la sede del CICPC. Que he pasado a ser la sospechosa principal en el caso de la desaparición del ciudadano Edgardo Aguirre.

Por alguna razón, no me importa lo que dice Morán. No me altero ni me asusto. Me quedo viendo a Guerrero; ahora sí puedo verlo a los ojos. Él me corresponde. No descifro su mirada, pero ahora sé que las cartas están echadas.

—¿Qué tienen en contra de mí? —pregunto.

—Es más lo que no tenemos de usted —contesta Morán—. No tenemos información de sus movimientos el último día que el ciudadano fue visto. Hay un vacío en su historia y nadie puede llenarlo. Usted dijo que los domingos se quedaba en su casa, pero todo el mundo, incluso sus padres, coinciden en que esos días usted camina en la mañana hasta el mercadito que ponen a dos calles de aquí para comprar carne. Su madre nos dice que luego va al Parque del Este. Pero nadie la vio salir ese día.

—Ah, caramba —alcanzo a decir—. Qué idiotez.

—Usted tiene antecedentes violentos, así que queremos saber cuáles fueron sus pasos ese día y el lunes siguiente, cuando se reportó enferma en su trabajo.

No sé qué decir. Guerrero no habla y eso me desespera. Es la primera vez que nos vemos después de lo que pasó y no se digna a decir una sola palabra. Y este raspicuí, cagaleche, camisa *beige*, ahora se toma la investigación como si fuera el principal. Este bebé no puede ser jefe de Guerrero. Entonces, ¿por qué dirige él este interrogatorio? ¿Por qué saca conclusiones? ¡¿Por qué Guerrero no me habla?!

—¿Está entendiendo lo que le digo, ciudadana? —dice el nuevo y repotenciado Morán.

—Claro que entiendo. Oigo por los oídos y tengo cerebro.

—Entonces entiende que, a menos que nos dé una versión comprobable de sus pasos, la llevaremos a la sede para continuar este interrogatorio.

No le presto mucha atención a Morán. Estoy viendo fijo a David, quien me devuelve la misma firmeza. Debimos haber hablado antes de que todo esto ocurriera. Debimos haber tenido una conversación. Quizás para él esas palabras sentados a la orilla de la cama fueron suficientes. Claro, como todos los hombres, con esa seguridad de que no tienen por qué dar explicaciones. Qué fácil es todo para ellos.

—Díganos lo que hizo ese día —dice Morán, levantando la voz. Entonces me volteo bruscamente y lo miro desafiante.

—Maté a Edgardo y al perro y los piqué en pedacitos.

Morán se queda callado sin mover un músculo de la cara. Guerrero no me quita los ojos de encima. Yo alterno la mirada entre uno y otro, y al final suelto una carcajada.

—Sí, señores. Yo, que mido uno sesenta y siete y peso cincuenta y seis, maté a un hombrón de casi dos metros y más de cien kilos y luego hice bistecs y milanesas de él. Sin olvidar, claro, que maté también al saco de pulgas y dientes, capaz de tumbar a un perro más grande y aniquilarlo —suspiro y digo bajando la voz—: sí, señores, también maté a Jimmy Hoffa y secuestré al hijo de Lindbergh.

Los detectives están muy serios. Luego de un momento, Morán me pregunta que si quiero ir a al CICPC a hacer esa declaración. Hago un ademán de fastidio y me paro del sofá. Camino hacia el balcón y me quedo mirando la calle. Han desaparecido los cúmulos de basura de las aceras. El aseo por fin pasó. Los dos hombres se ponen de pie. Escucho a Morán diciendo, mientras camina hacia la puerta, que es todo por ahora. ¿Qué pasó?, pienso. ¿Y el interrogatorio? ¿Y el CICPC? Estos dos como que estaban montando la parada. ¿Estaban blofeando?

—Detective Guerrero, ¿usted no quiere un poquito de agua? —digo acentuando el «usted».

—No —contesta seco y rápido.

Ambos salen del apartamento y me dejan ahí, en el balcón. ¿Será posible que todo eso de llevarme a la sede haya sido un montaje, para ver si yo caía? Eso me deja un poco perturbada. ¿Por qué están detrás de mí? Como sea, todo parece un teatro que armaron para ponerme nerviosa y sacarme alguna información. Sin embargo, mantuve la calma todo el tiempo. No perdí las riendas. Punto para mí.

Por el balcón veo salir del edificio al detective Morán.
Solo a él.

Ahora me toca a mí

NO TENGO TIEMPO de pensar y siento el timbre de mi apartamento. Camino lentamente porque ahora sí me he puesto un poco nerviosa. Sé quién está del otro lado de la puerta. Abro y su rostro sin sonrisa me observa de un modo muy extraño, muy distante. David entra sin hablar. Le doy paso. Esta vez no se sienta. Se queda parado dándome la espalda, mirando hacia el balcón. Yo no hablo. Si él tiene algo que decir, pues que abra su boca.

—Eres la principal sospechosa —dice en tono fúnebre.

—¿Qué tienen para creer eso?

—Cosas.

Me siento atacada, acorralada: la mala de la película. ¿Qué se han creído estos peleles?

—Entonces están decididos a creer que yo le hice algo al señor Edgardo.

—Todo apunta a ti.

—Pero no tienen nada que lo asegure, ¿verdad? Porque si no, ya estaría presa. ¿Sabe qué creo, detective?, que se están

manejando solo con sospechas. Que eso del mercadito y el Parque del Este son solo cosas circunstanciales, como dicen en las series policíacas de la televisión. Creo que hoy vinieron para echar un anzuelo a ver si yo picaba. Porque si ustedes de verdad tuvieran algo, no vendrían a contármelo, poniéndome sobre aviso, como en las películas malas. ¡Qué va! Ustedes no tienen más que sospechas.

—Eso es algo —dice volteándose para verme por primera vez desde que regresó—. Eso es bastante. Aguirre no salió de aquí ese día. Algo le pasó aquí. Y nadie en este edificio nos despierta sospechas, sino tú. Morán está convencido. Y ¿sabes?, es muy difícil salirte con la tuya cuando un policía está convencido de que hiciste algo.

—Bueno —digo volteándome y caminando hacia el sofá para sentarme—, que el muchachito ese, Morán, haga su trabajo y pruebe su convencimiento. Y tú, pues... haz el tuyo, que por cierto, es bien original. Mira que venir a seducir a la sospechosa principal. Debes disfrutar tu trabajo, ¿no?

Guerrero se tensa. Se disgusta. Quiere decir algo, pero no lo hace. Se voltea y camina hacia el balcón. Mira por la ventana. Yo me acerco. Quiero que hable, que me hable, que diga algo. Quiero que me vea, y no como a una sospechosa. Pero no lo hace. Entonces no aguanto y lo increpo.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no les revisas la vida a los demás? Mira al hijo del señor Edgardo. ¿Sabes?, él agarró algo de la mesa de la cocina de su papá el día que se forzó la puerta. ¡Y se lo metió en el bolsillo! ¿Tú sabías eso?

—Sí —responde Guerrero sin vacilar—. Era el celular de su padre. Lo tomó para que nadie leyera los insultos que le escribía el señor Aguirre porque no aprobaba su vida privada. Cuando lo interrogamos en la sede nos lo dio. El equipo fue evaluado y no había más de lo que Luis Alfredo había contado.

—Ah, ¿sí?... qué bien. Pero yo lo veo muy tranquilo y feliz en el apartamento del padre.

—Es homosexual —dice Guerrero bajando la voz.

—Sí, ya sé. ¡Precisamente! ¿Y no te parece que a él le convenía mucho que el padre desapareciera? Solo así se atrevería a salir del clóset.

Guerrero no dice nada.

—¿Y Paula? —continúo— Ella se la pasaba maldiciendo a ese tipo. Si alguien tuvo problemas con el señor Edgardo, fue ella. Y si alguien tiene la contextura para enfrentársele, es ella también. Además, después de la desaparición se puso muy rara. Empezó a llegar tarde. Recibe unas visitas misteriosas en la madrugada...

—Las del doctor Jaén, imagino —me interrumpe—. El médico que la atendió en la emergencia cuando ella se cortó el dedo.

Me quedo boquiabierta. Cuando intento unir los retazos de pensamientos aislados que esa afirmación me produce, digo:

—¿Por qué vendría ese doctor al edificio?

—Porque tienen un romance. Se conocieron ese día y al médico le gustó la señora. Cuando ella fue a que le quitaran

los puntos, él la invitó a tomar café. Desde entonces se han estado viendo.

Mírenme a la Paula. Conque eso es lo que la tiene tan alejada, misteriosa y sonriente. Por eso llega tarde. Tiene su jujú con el médico que la atendió ese día. Caramba, pero qué manera de sublimar una situación tan desagradable.

Me quedo callada unos instantes. Parece que los detectives han descartado a mis vecinos. De todas formas, no veo qué puedan tener contra mí.

—¿Y su interés en Alicia? —pregunto, ya sin muchas expectativas—. Sé que vino a interrogarla esta mañana. ¿Qué le interesa de ella?

—Nada. Esta mañana solo necesitaba una excusa para venir temprano al edificio.

—¿Para qué?

Guerrero ignora mi pregunta. Guardo silencio también. Mis cavilaciones son interrumpidas por una frase que Guerrero dice mirándome a los ojos.

—El cuarto de la basura.

No dice más. Se queda observándome, como midiendo mi reacción. Trato de que no cambie la expresión de mi rostro, pero no hago un buen trabajo. Al fin puedo decir, con algo de entereza:

—¿Qué hay con ese cuarto?

—Cada vez que se vacía, la conserje lo limpia con creolina para quitarle el mal olor —dice y guarda silencio viéndome a los ojos.

—¿Y?

—Bueno, que si la conserje limpió bien, en ese cuarto no conseguiremos nada. Por otro lado, puede ser que la conserje no sea tan prolija cuando trabaja y podamos encontrar algún resto de... evidencia.

Nuevamente me ha invadido ese estado de serenidad que tuve cuando Morán me acribillaba con sus afirmaciones y preguntas. Otra vez no me importa nada. Guerrero me escudriña, pero sé que ha perdido la pista de mi expresión. Aquello que pensó encontrar cuando me nombró el cuarto de la basura se ha esfumado.

—Deja de jugar conmigo —digo—. No intentes marearme. Ya no puedes venirme con jueguitos. Tuviste acceso a mí y lo perdiste. Ahora ve con tus preguntas infantiles a otro lado. Anda a revisar el cuarto de la basura, el piso de los pasillos, lo que te dé la gana. Pero para acá no vuelvas con niñerías.

Eso no se lo esperaba. Mi actitud cambia tan rápido que hasta yo me sorprendo. Se le ha desencajado el rostro. Creo que le moví la vertical.

—Es todo por ahora —me dice. Da media vuelta y camina hacia la puerta.

—Oye, ¿de verdad no te vas a tomar un poquito de agua con hielo, como te gusta?

Guerrero me mira unos instantes y sigue su camino hacia la puerta. La abre pero no llega a salir.

—David... ¿Sabes? Realmente vas por buen camino en tu investigación. Eso del cuarto de la basura que mencionaste... es correcto. Habría que haber revisado ese cuarto hace mucho.

—Lo hicimos —dice con la mano aún en el pomo de la puerta—. El día que nos llamaron fue revisado en busca de un cuerpo, pero no se halló nada.

—Ay, ¿pero cómo pensaban que encontrarían un cuerpo allí? Imagínate hacer pasar por el bajante al señor Edgardo —digo sin reprimir una risa maliciosa.

Guerrero cierra la puerta con suavidad y camina hacia mí lentamente. Su rostro está rígido y no logra mostrar la impasibilidad del detective. Ahora solo veo a David tratando de ser policía. Le doy la espalda y empiezo a hablar.

—Es que ustedes solo buscan lo que esperan encontrar. Se les pasan por alto otras cosas, cosas que no se esperan.

Guerrero se detiene. Veo su reflejo en los cristales de las ventanas del balcón. Se queda parado junto a los muebles de la sala.

—Imagínate esto, David —prosigo, viendo hacia la calle—: que alguien haga entrar a su apartamento al tonto de Cabrón con un pedazo de carne cruda y luego llame al cabrón de su dueño con la excusa de que saque al perro de la cocina. Entonces allí, esa persona de solo cincuenta y seis kilos agujeree al indeseable con un picahielos. Justo en el cuello, para que no emita ningún sonido. En la yugular, para que se desangre rápido y no se pueda defender. Y ustedes nunca encontrarían el cuerpo, porque esa personita de cincuenta y

seis kilos no les contaría cómo había desangrado al perro y al dueño, tal como su padre hacía con los cochinos. Tampoco les diría cómo artísticamente había sacado bistecs y milanesas de sus piernas, brazos y tronco, y los había empaquetado en pequeñas porciones, como hacen los carniceros. Nunca les comentaría cómo se deshizo de casi seis litros de sangre por el fregadero, alternándolos con agua caliente para que no se coagulara antes de bajar por completo. No sabrían tampoco lo que le costó partir la osamenta, que sorprendentemente no pesa casi nada sin la carne, para meterla en bolsas pequeñas e ir desechándola día a día en porciones discretas por el bajante de la basura del edificio, junto con los paquetitos de carne congelada. No, nunca se enterarían de eso... porque ustedes estaban buscando un cuerpo.

Imagino que Guerrero se ha quedado gélido. Imagino que está sintiendo en la espalda el mismo frío que experimenté en el umbral de aquella casa. Me doy la vuelta.

—Y lo peor, Guerrero, es que la prueba la tendrían en sus narices todo el tiempo. Porque, qué te puedo decir, las manías son inevitables. Le obligan a uno a hacer cosas estúpidas como guardar de *souvenir* la oreja del perro ese en el congelador. Y esta vez sí me refiero a Edgardo.

Ahora Guerrero me mira con los ojos tan abiertos que parece que le van a saltar de sus cavidades. De súbito recobra su movilidad y se gira violentamente, encaminándose hacia la cocina con largos pasos. Siento cuando abre con brusquedad el congelador. Oigo que remueve su contenido. Abre la

nevera y hace lo mismo. Entonces cierra las dos puertas de golpe y emerge de la cocina con el rostro descompuesto. Se dirige hacia mí como para embestirme y se detiene a solo unos centímetros de distancia.

—¿Qué estás haciendo?! —me espeta esforzándose por no levantar la voz—. ¿Te quieres meter en problemas? Por esto puedo detenerte y llevarte a la sede.

—Pero, ¿qué encontraste en el congelador?

—¡Tú sabes que no hay nada! Pero puedo usar lo que dijiste como confesión.

—No lo creo, porque yo nunca dije que lo hubiera hecho yo. Además, está eso de tu palabra contra la mía.

Guerrero aprieta los labios y aspira ruidosamente por la nariz. El fuego con el que ahora me mira no da placer, sino dolor.

—Mira, Patricia —dice entre dientes—, esto se te puede salir de las manos. Tú sí eres la sospechosa principal en el caso Aguirre, así que no te conviene estarte con jueguitos.

—Ah, pero qué injusto. Tú juegas y yo no puedo.

—¡Patricia! —grita, pero de inmediato se contiene. Hace una pausa y se recompone. Abre los puños. Relaja el cuello—. Su situación no es cómoda, ciudadana. Yo que usted me andaría con cuidado.

Se da media vuelta. Camina decidido hacia la puerta, la abre y la cierra suavemente. No espero a que salga del edificio para verlo. Me voy para mi cuarto. Hoy no hay residuos de perfume.

Todo termina

PERDÍ EL CONTROL. Hablé de más. Mi exesposo que me llamaba para informarme de la venta del apartamento y David que me hacía bajar las defensas. No me podía dar el lujo de desbaratarme. Debía controlarme, aislar me de nuevo. Insensibilizarme.

Por eso, desde la discusión con el detective, traté de no interactuar con nadie en el edificio. Salía y entraba sin alzar la cabeza, para no ver ni de lejos a los vecinos. Usando al contacto del contacto de un concesionario había conseguido la batería del carro. El viacrucis no fue tan tortuoso. Solo había tenido que rebajarme y codearme con los pillos y lacras que se mueven en el mercado negro, y además pagar una suma obscena por el producto. Entonces, cuando llegó el sábado, hice lo que durante el último año había hecho: en la tarde me fui a la casa de mis padres para comer con ellos y ver el boxeo en la noche.

Desde pequeña me sentaba con mi papá a ver las peleas. No creo que me gustaran; solo quería pasar tiempo con él. Y

mi padre nunca me prohibió ver esos espectáculos tan medievales, porque disfrutaba que su niñita estuviera a su lado. Así conocí a Mano 'e Piedra Durán, Sugar Ray Leonard, Julio César Chávez, Mike Tyson, Evander Holyfield, Félix «Tito» Trinidad. Y me enteré por boca de mi padre de las históricas peleas de Cassius Clay, Sonny Liston, Joe Frazier y George Foreman. Mi papá siempre mantuvo que, como esa época, no había vuelto a haber en el boxeo.

Regresé al apartamento casi a media noche. Lo hice intencionalmente, porque no quería encontrarme a ninguna de mis vecinas. Al siguiente día seguí con esfuerzo mis rutinas. Salí más temprano que de costumbre al mercadito y de ahí me fui directo a caminar al Parque del Este, sin regresar a casa a dejar lo que había comprado. No tenía ánimos, pero debía seguir el guión de la normalidad. No podía continuar con mi comportamiento errático. Cuando volví al edificio, me alegré de que el ascensor estuviera funcionando, pues llevaba las bolsas pesadas de las cosas del mercadito, recalentadas por el calor que pasaron en el carro mientras estuve caminando en el parque. Apenas se abrió el ascensor en el piso siete, pasó lo que menos quería: Alicia y Paula estaban hablando en el pasillo.

No esperaron a que saludara para zumbarme la noticia: había aparecido el señor Edgardo. Me quedé como una fotografía, tiesita. No importó que no dijera nada, porque Paula empezó a hablar desaforadamente. Contó que el día anterior su «amigo», el doctor Jaén, estando en la clínica, por casualidad había escuchado una conversación entre unos camilleros

acerca de un hombre que, hacía poco más de un mes, había llegado inconsciente. Como Jaén ya conocía la historia del Yagua por Paula, interrogó a los camilleros, que eran, de hecho, quienes habían recibido al maltrecho individuo. Ellos contaron que al hombre lo llevaron los mismos que lo habían atropellado, un par de adolescentes que, en medio de un ataque de nervios, lo montaron en el carro para trasladarlo a la emergencia. Repetían que el señor había salido de la nada, que no lo habían visto. Sin embargo, la perturbación de los muchachos no les impidió marcharse apenas los enfermeros les dieron la espalda. Dado que el desmayado no tenía identificación (ni siquiera una tarjeta de crédito que activara el juramento hipocrático), lo parapetearon y lo enviaron al hospital público Domingo Luciani. Luego, suponía Jaén, lo que debió haber ocurrido es que, como la víctima ya no estaba en la clínica y no todos se habían enterado del incidente del atropellado, cuando la policía llamó para preguntar si había alguien con la descripción de Edgardo, la persona que atendió el teléfono, sin darse mala vida, medio buscó en los ingresos y dijo que no.

El amigo de Paula confirmó lo del traslado porque revisó los registros y dio con el posible desaparecido. Llamó a un colega del Domingo Luciani, quien le informó que, si quería encontrar a alguien ahí, debería ir él mismo a revisar la emergencia para constatar si estaba, porque en ese hospital el caos era tal que alguien bien podía haber quedado abandonado en un cuartico, sin clasificación. Paula, quien podía

reconocer a Edgardo (y estaba muerta de la curiosidad), se fue con el doctor Jaén, y luego de la emergencia y la terapia intensiva recorrieron los cuartos donde tenían a algunas personas en observación. Y ¡bingo!, ahí estaba, inconsciente, algo demacrado y con mucho menos peso. Paula tuvo que acercarse, con bastante asco por el precario estado de la habitación, pero finalmente lo identificó: era el señor Edgardo. Enseguida llamó a los detectives.

Yo no salía de mi asombro, y no por la ineptitud de todas las personas que habían participado en el destino del cuerpo de mi vecino, realidad que no era sorpresa para nadie. Mi *shock* era porque ya me había hecho a la idea de que no vería más a ese señor, a quien nadie había buscado con verdadero interés, ni siquiera su hijo.

Mi deseo

DEJO HABLANDO A las vecinas en el pasillo. No quiero saber más nada. No necesito saber nada más. Entro a la cocina y, aún con la cartera en el hombro, me siento en mi espléndida mesa de *pantry*, tan chic, tan yo. Me quedo viendo a la nada. No sé dónde están mis ojos, a dónde se han ido mis pensamientos. Empiezo a detectar un hueco dentro de mí. Todo ha acabado, todo volverá a la normalidad. Seguiré yendo a mi trabajo. Los sábados iré, como siempre, a la casa de mis padres. Los domingos haré la rutina del mercadito y el parque. Yo seguiré siendo... yo.

Algo ha sucedido y, una vez más, yo no he participado. Yo no maté a Edgardo, como tantas veces fantaseé. Yo no lo desangré ni lo rebané. Yo no intervine en el flujo de los hechos. Yo no cambié la historia.

El vacío empieza a pesarme en la boca del estómago. Se hace grande y no me deja respirar bien. Tengo ganas de llorar, pero no hay razón para hacerlo. No ha pasado nada. El aire de la cocina se siente viciado. Volteo a ver las hornillas por si

alguna ha quedado abierta. Pero no, todo está igual. No hay nada fuera de su lugar. «Soy Patricia», digo en voz alta. Patricia Mirabal. La misma de hace un mes, cuando todo esto empezó.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que la voz de Guerrero me saca del letargo. Me yergo, como las orejas de los perros cuando buscan un sonido, y me quedo viendo la puerta de mi apartamento, esperando que suene el timbre. Oigo la conversación de las vecinas con el detective. Él las está poniendo al tanto de todo. Aguardo, pero el timbre no suena. Entonces escucho claramente cuando se despiden. Ahora tocará a mi puerta. Espero. No lo hace.

Me levanto de la silla como si hubiese de un terremoto. Abro la puerta y mis vecinas ya no están. Solo Guerrero está parado de cara al ascensor, mirando al suelo y descansando su peso con el brazo estirado apoyado en el marco. Al sentirme, suspira y gira su cuello para verme, sin dejar de apoyarse. No dice nada. Pese a mi orgullo, me veo obligada a empezar la conversación:

—¿Hay novedades, detective?

Guerrero vuelve a bajar la mirada. Suena la campana del ascensor y se abre. El detective no se mueve. El ascensor se vuelve a cerrar. Entonces retira el brazo del marco metálico y se voltea. Camina hacia mi puerta y me aparto para que pase. La cierro. Se dirige a la sala, pero no se sienta. Se queda observando el florero vacío en la mesa de centro. Aún no habla y eso me exaspera. Entonces le cuento que ya sé de la aparición del vecino.

—Sí —dice—. Estaba perdido en la burocracia. Inconsciente, en una especie de coma. Dentro del sistema de salud de este país, que ha entrado en coma también.

No digo nada. Entonces continúa:

—Eso es más común de lo que la gente cree. No es extraño que alguien sin identificación quede extraviado en el limbo de algún hospital. Suele pasar que personas con alzhéimer salen de sus casas a dar una vuelta y pierden el camino de regreso. Se desesperan, se angustian, caminan sin rumbo, cruzan una calle descuidadas, alguien las atropella, y bueno... Generalmente son los familiares quienes, con su búsqueda incansable, las encuentran.

Me quedo pensando en lo que el detective acaba de decir. Luego de un instante, comento:

—Qué desgracia, ¿no?, que alguien no tenga quien lo busque.

Los dos callamos por un momento. De nuevo soy yo quien habla. Digo lo que sea para que haya una conversación.

—¿Pero por qué el señor Edgardo estaba en la calle sin identificación? De hecho, ¿qué hacía en la calle? Nunca lo he visto salir a pie de los linderos del edificio. No es de los que caminan por los alrededores, creo yo.

—Solo podemos especular en cuanto a eso. La correa de su perro estaba en el apartamento y, según todos en el edificio, él lo paseaba con correa. Por eso no creo que haya estado en eso. Más bien pienso que puede haber dejado su puerta abierta y el perro se haya salido, como muchos afirman

que solía suceder. Quizás fue a buscarlo, pero tal vez el perro traspasó los dominios del edificio. Entonces él habrá tenido que salir a la calle también. El vigilante que estuvo ese día dijo que no lo vio, pero varias veces yo he encontrado a ese señor dormido en la garita, así que...

—Sí —lo interrumpo—. Ese señor es el adorno más caro de la calle ciega.

—Bueno, ¿qué vigilante de garita no lo es? —Y retomando el tema, continúa—. Que Aguirre haya estado buscando a su perro es consistente con el hecho de que no tuviese identificación ni celular encima, y también que cruzara la calle despistado.

—¿Por qué crees que estuviera despistado?

—Porque estaba preocupado, buscando al perro.

—¿En serio? No veo al señor Edgardo preocupándose por nada que no sea su panza.

—Bueno, esa es tu opinión.

Qué distante está Guerrero. Hoy veo solo al detective, aunque con un dejo de tristeza. Quizás sigue debatiéndose entre su yo detective y su yo que me tiene ganas. Quizás sigue pensando en lo que es o no inadecuado.

—El caso queda cerrado entonces, ¿verdad? —digo, sintiendo una repentina alegría en mi pecho.

—No. Aún se investigará un poco más el suceso. No se sabe quién atropelló a Edgardo, y hasta que no conozcamos las circunstancias no podemos cerrarlo. Pero eso no tardará. Es más un protocolo.

—Pero yo ya no soy una sospechosa.

—No. Quienes lo llevaron a la clínica fueron unos muchachos. La ocasión, muy fortuita. Todo eso te descarta.

—Entonces estarás libre de hacer lo que quieras, ¿verdad?

Guerrero, aún sin verme, camina un poco más. No sé si quiere acercarse al balcón o alejarse de la puerta.

—Quedo libre para otro caso —dice—, que nunca faltan.

—Pero también quedas libre para relacionarte con quien quieras... que ya no tenga nada que ver con un caso.

Guerrero hace silencio. Oigo los ruidos comunes de mi apartamento, los carritos por puesto subiendo hacia Terrazas del Club Hípico, el barullo de fondo de la autopista, los pájaros que aún soportan vivir entre tanto hollín. Los segundos pasan y yo ansío más y más una respuesta. Imagino que él voltea y me toma por la cintura para apretarme contra sus caderas. Saboreo sus labios. Mi corazón empieza su escalada hacia mi garganta, donde me obstruye la respiración. Me desespero ante su quietud. Sé que viene su movimiento brusco que me apresará inevitablemente.

—No, Patricia —dice con su faz quieta y asesina—. No voy a relacionarme con nadie aquí. Es la última vez que vengo a este edificio. A menos que haya un crimen.

No entiendo nada. Mi respiración se desacompa.

—Solo vine a concluir el asunto del ciudadano Aguirre.

—Y te ibas sin explicarme nada a mí —atino a decir entrecortado por la falta de aire.

—Sí, vale. Lo sé. Tendría que haber hablado contigo también.

—Sobre todo conmigo.

—Lo sé... Fuiste tratada como sospechosa y merecías que se te informara —dice Guerrero, y sigue, como armándose de valor—. Es que me es muy desagradable. Creamos esta situación incómoda entre los dos. Yo te dije lo que pensaba, que había sido un desliz de mi parte. Crucé la raya. Y me disculpé por eso. Pero, como te dije, lo que pasó quedó ahí, en los recuerdos. No planeo tener una relación contigo.

—¿Por qué? —le digo, acercándome un poco— Si ya no tengo que ver en el caso, ¿qué nos impide tener algo?

Guerrero ahora mira para el techo, respirando ruidosamente.

—Fue una situación. Déjalo ahí.

—No, explícame. ¿Qué pasa? ¿Era mentira que yo te gustaba mucho?

—No era mentira, pero eso no significa que quiera una relación.

—¿Y por qué, coño?!

—Yo soy casado.

Me congelo. No respiro. Empiezo a sentir aquel bloque de hielo subiendo por mi espalda.

—Mejor me despido —dice bajando la voz y la mirada—. Que estés bien.

Camina rodeándome y sigue hacia la puerta. La abre y la cierra en un instante. Me quedo inmóvil, petrificada como la mujer de Lot. Siento un *déjà vu*. Otra vez estoy fuera del juego. Otra vez la historia sigue su rumbo sin mí.

Tendría que haberlo detenido y exigirle una explicación. Pero no lo hice. Una furia sube por mi cuerpo como espuma que crece. Aprieto la boca con mucha fuerza. Temo que si no lo hago, la rabia se me salga por ahí y no pueda utilizarla. La efervescencia me sacude y me dirijo a la cocina sin pensar. Abro la gaveta de los utensilios y saco el punzón. Lo empuño al revés, tomándolo con fuerza por el mango pero dejando el filoso metal recostado de mi antebrazo; oculto.

Abro la puerta y Guerrero ya se ha ido. Bajo las escaleras saltando dos escalones por zancada y hasta tres. En el piso cinco trastabillo, pero me recupero y sigo. En el dos siento la campana del ascensor en el PB, por lo que acelero la velocidad de mi descenso, de mi caída libre. Cuando llego a la planta baja, Guerrero ya está encaminado hacia la puerta de vidrio. Jadeando y sin pronunciar palabra me le acerco. En ese momento, él voltea.

Me mira con una tristeza que me sabe a compasión. Su mirada me paraliza. Me siento una idiota que le jala bolas a un tipo. Estoy rígida, observándolo. Aprieto tanto el punzón contra mi brazo que me estoy haciendo daño. Él solo me mira. Quizás esté pensando: Mija, ¿no entendiste el mensaje? Estás fuera... otra vez.

La conserje entra por la puerta de vidrio y saluda aburrida al detective. De seguro ya sabe que Edgardo apareció y que su vida volverá a la rutina mediocre de siempre. Pasa por mi lado y saluda sin mirarme. Entonces despierto y concientizo la escena. Después de unos segundos, me doy media vuelta sin hablar y me meto en el ascensor.

Durante el trayecto desde la planta baja hasta el piso siete aprieto las mandíbulas y la mano con el picahielos. Lo oprimo con fuerza contra mi antebrazo. Salgo del ascensor y entro a mi apartamento, que había dejado con la puerta abierta. Cierro y me voy a la cocina. Algo me corre por la mano: es sangre. Me clavé el punzón. Levanto el brazo y lo observo. La punta sigue metida en mi piel. La saco. La sangre empieza a manar generosamente. Me tenso aún más. Aprieto los ojos y el punzón. Entonces camino hasta la mesa *pantry*. Mis movimientos parecen involuntarios. Levanto el picahielos con ambas manos por encima de mi cabeza y lo estrello contra la superficie con toda la fuerza que puedo acumular. Una vez, otra vez... otra vez. Con cada chuzazo emito un quejido agudo, como si las puñaladas me las estuviera dando a mí misma. Sigo repitiendo el movimiento y la tabla blanca va perdiendo astillas. Clavo por aquí. Clavo por allá. No quiero que quede superficie sana. Golpeo y golpeo hasta que la fuerza me falla, el punzón salta y caigo entre la mesa y el piso. Me voy derritiendo hasta que quedo sentada en una esquina de la cocina, con la ropa salpicada de sangre y las piernas recogidas, llorando. Ni siquiera modero mi lamento. Si alguien está en el pasillo, me podrá oír.

Mi confesión

No sé CUÁNTO tiempo pasé en el piso. Solo sé que llegó un momento en el cual sentí mucho cansancio. Ya no tenía fuerzas para llorar y la cantidad de sangre que manchaba mi ropa era considerable. Sin embargo, me quedé un rato más ahí, sin voluntad, mirando con ojos secos a la nada.

No fui capaz de clavar ese picahielos en el cuello de Guerrero. No fui capaz de decirle algo, lo que fuera. Tampoco le dije nunca a Edgardo lo que se merecía. He debido haberle dado una cachetada, por lo menos. No, una cachetada no: un golpe con el puño cerrado. He debido apuñalarlo y rebanarlo, para desecharlo como la basura que era. Pero no lo hice y ya todo había acabado, incluso ese oasis vivido desde la desaparición del vecino.

Tirada como estaba en el piso, llena de sangre y seca de lágrimas, sin proponérmelo empecé a reflexionar sobre ese período reciente en el cual había sonreído y tenido sentimientos que creía muertos. El asunto con Guerrero había cambiado mi ánimo para mejor. Pero yo sentía que había algo

más. Comenzaba a entender que esa sensación de alivio, esa pérdida de peso emocional, tenía que ver más con otra cosa.

Y es que yo sí había salido aquel mentado día de mi apartamento.

Cuando la señora Paula se cortó el dedo y Alicia se la llevó a la emergencia, luego de la conversación con mi exesposo, yo estaba a punto de explotar. Realmente sentía que había algo dentro de mi cuerpo que necesitaba salir o se me iba a reventar algún órgano. Estaba en el piso con el teléfono aún en la mano, conteniendo la ira, cuando escuché a Cabrón y a Edgardo en el pasillo. Mi respiración agitada se detuvo un instante. Entonces me levanté y me fui a la cocina. Busqué el punzón que aún estaba en el tope de granito desde aquella vez que lo había sacado para espicharle los cauchos al vecino. Lo empuñé sin pensar mucho, ¿o sí? Salí al pasillo y el ascensor se estaba cerrando, con Edgardo adentro. Quise acercarme y apuñalear las puertas del aparato que se llevaba a mi objetivo. Pero en ese momento llegó Cabrón corriendo por las escaleras desde el piso seis.

Pensándolo, imagino que el perro sí se había salido ese día del apartamento porque el señor Edgardo, como era costumbre, había dejado la puerta abierta. Imagino entonces que el tipo, al no ver a su mascota, supuso que había bajado las escaleras y tomó el ascensor para atajarlo en la planta baja. Pero por alguna razón, el perro se devolvió.

Al principio me tensé al ver a la bestia temida, y el perro se detuvo clavándome la mirada, como hacía siempre, sin

mover el pedacito de cola que tenía. Pero en ese instante, en vez de morir de miedo, se me ocurrió una idea. Comencé a retroceder poco a poco sin quitarle la mirada a Cabrón, como recomiendan actuar en los documentales de National Geographic cuando se tiene un encuentro con un animal salvaje. Mientras, el perro me seguía con sus ojos amarillentos. Así, de espaldas, entré a mi apartamento y despacito crucé hacia la cocina, tanteando las paredes con la mano libre. Entonces, con movimientos lentos y sin quitarle la vista al demonio, abrí la nevera.

Uno de los datos que para los detectives me convertían en sospechosa era que no había seguido mi rutina de los domingos. Pero eso era pura paja. De hecho, si yo hubiese seguido la bendita rutina ese día, no hubiera presenciado la pelea de Paula con el señor Edgardo. A la hora que me despertó el atajaperro yo hubiese estado en el mercadito o ya en camino al parque. Lo que pasa es que el domingo en cuestión realmente no planeaba ir a comprar carne porque no la necesitaba. A mi mamá le encanta darme lo que sobra del almuerzo de los sábados, aunque casi nunca lo acepto porque no me gusta la comida recalentada. Pero el día anterior, lo que le había sobrado era un pedazo de carne que no llegó a poner en la plancha cuando nos preparó la parrilla que comimos. Eso sí se lo acepté. Al llegar al apartamento lo metí en la nevera para que no se congelara. Entonces ya tenía la carne de mi almuerzo del domingo. Y precisamente esa fue la clave de todo, lo que me proporcionó la gran oportunidad.

Sin dejar de ver al perro, metí la mano libre en la nevera. La otra estaba rígida rodeando el mango del punzón. Maniobrando, logré sacar el trozo grueso del contenedor plástico donde lo había guardado. Estaba suave y húmedo. Estiré el brazo y blandí el pedazo de carne hacia Cabrón.

El perro estiró el cuello cuando vio la pieza brillante que yo tenía en la mano. Empezó a mover sus fosas nasales, olisqueando el ambiente. Al principio no avanzó, pero luego dio unos pasos vacilantes. Finalmente entró sin prisa al apartamento y luego a la cocina. Tiré la carne en el piso y, cuando Cabrón bajó la cabeza para olfatearla, le apuñalé el cuello.

No sé qué hubiese hecho si en vez del perro me hubiera encontrado al dueño. Probablemente me hubiese inhibido, como acababa de ocurrir con Guerrero. Hubiese callado y me habría devuelto para mi apartamento. O peor aún, habría escuchado alguna barbaridad que me espetara el vecino, e igual me hubiera dado la vuelta, sin hacer nada. Hubiese aguantado las lágrimas por un buen rato hasta que, sin poder contenerlas, hubiera estallado el Iguazú sobre mi mesita de *pantry*, con un café perfecto frente a mí, como de hecho hice luego, esa misma tarde, por culpa de la llamada de mi ex.

Pero Edgardo no estaba cerca, así que no entró a mi apartamento a sacar a su perro, como yo había imaginado. Era Cabrón quien había manchado con su sangre el piso arena clara de mi cocina, quedando tirado como un trapo sucio en el medio. Y en ese momento escuché la voz del dueño, quien al parecer venía subiendo las escaleras voceando a su

perro. Me dirigí a la puerta. Tomé el pomo y esperé un poco. Cuando la voz de mi vecino subía desde el piso seis, cerré. El plan continuaba, solo que más fácil: con menos sangre y menos carne que desechar.

No maté a Edgardo, pero sin duda apuñalea y rebanar a Cabrón había desencadenado una serie de situaciones.

Ganchos, *uppers* y *jabs*

CUANDO, LUEGO DE destrozar mi mesa, finalmente me levante del piso de la cocina, pensé en ir a la clínica para hacerme ver la cortada que me había hecho con el punzón. Además tenía las manos sonrojadas por las puñaladas a la mesa. Seguro me saldrían morados. No iba a pedir ayuda. No iba a dar explicaciones. Así que me vendé el brazo, me cambié la ropa y me puse unos lentes oscuros. Menos mal que al salir del Yagua no me encontré con nadie.

Al llegar a la clínica (no a la Leopoldo Aguerrevere, donde corría el riesgo de toparme con el doctor Jaén), inventé un cuento de un trabajo manual que yo estaba haciendo, el cual, obviamente, superaba mis habilidades. No sé si me creyeron al ver el hoyo que tenía en el antebrazo y las rozaduras en mis manos, pero me agarraron los puntos y me recetaron unos antibióticos. Al regresar al apartamento, forré la mesita de la cocina, como hace uno cuando se muda y quiere proteger un mueble. Las cicatrices de mi ira quedaron resguardadas. La reemplazaría por una parecida, pequeña y

blanca. Seguiría usando las dos sillas que tenía, pues no habían sufrido daños.

Yo misma bajé la pequeña mesa y la acomodé en el asiento de atrás de mi carro. La llevé hasta El Hatillo a una de las zonas donde construyen casas sin planificación de Catastro: sin vías apropiadas, cloacas o servicio de aguas blancas. Por esos lugares sin ley hay varios sitios donde la misma gente que vive en los alrededores vierte basura, sin compasión por el ambiente o el ornato. En uno de esos huecos negros del subdesarrollo, dejé la mesa. Era el mismo lugar donde había dejado la cabeza de Cabrón semanas atrás.

No pude partir el cráneo para empaquetar la cabeza en porciones pequeñas. Le corté las orejas, pero seguía siendo muy grande para botarla por el bajante. Entonces la envolví en periódicos y bolsas plásticas para llevarla al otro municipio. No obstante, sí me quedé con una oreja, recuerdo del instante de liberación que había tenido, el único momento de mi vida en el que actué y cambié las cosas.

Metí el *souvenir* en una bolsita plástica de cierre y lo coloqué entre la carne para guisar y la molida. No pensé que habría una investigación y tendríamos policías metidos en el edificio. No sabía que el señor Edgardo iba a desaparecer. Ese día él siguió buscando a Cabrón. Desde la cocina lo oí llamarlo por todos los pisos. Me imagino que, al no encontrarlo en el edificio, salió a la calle. Pero cómo iba a sospechar yo que al hombre le pasaría algo...

Después de todo, parece que yo sí había alterado el rumbo de la historia.

Tardé casi dos semanas en desechar al perro completo, en bolsitas de carne y huesos congeladas, mezcladas con mi basura común diaria. Y tendré mis manías, como eso de conservar recuerdos, pero no soy tonta. Cuando las visitas de Guerrero y Morán a mi apartamento se hicieron frecuentes, también envolví la oreja y la eché por el bajante.

En el trabajo y en casa de mis padres, para justificar mis heridas, conté la misma historia que en la emergencia de la clínica. A mi mamá sí le extrañó que yo estuviera manipulando herramientas. Le dije que ahora estaba sola y debía hacer las cosas de la casa. Me reprendió por decir eso. Me dijo que yo los tenía a ellos y si algo se me dañaba en el apartamento, podía llamar a mi papá para que lo arreglara.

Una semana después de que vi por última vez a Guerrero, ya había retomado todas mis rutinas. Un día estaba llegando al trabajo cuando un motorizado, que salió de la nada, se me atravesó y me hizo hundir el pie en el freno. El tipejo venía desde atrás, me pasó por la derecha en una calle de una sola vía y luego se me atravesó con imprudencia. Además se disgustó porque casi choqué con él, así que agarró el casco que llevaba guindado en el codo (en vez de tenerlo en la cabeza) y le dio tres golpes al capó de mi carro. Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. Asustada.

El motorizado arrancó impune, pero diez metros más adelante se le atravesó uno más arrecho que él: un carrito por

puesto. Se quedaron parados gritándose groserías y amenazas. Por un momento creí que alguno de los dos sacaría un arma y se la descargaría al otro, haciéndome testigo de una de las tantas noticias parecidas que salen en los periódicos diariamente. Sin embargo, en vez de aterrarme, comencé a pensar que el motorizado estaba a mi alcance. Si aceleraba, lo destriparía contra el autobús. Más nunca cometería una imprudencia: no pasaría a un carro por la derecha ni golpearía a la víctima con su casco por ser un arbitrario que se cree dueño de la calle y piensa que nada más él tiene derecho a circular. Si aceleraba, nunca más se iría impune, porque yo le habría hecho pagar todo de una buena vez.

El por puesto finalmente se movió y el motorizado arrancó haciendo chillar las ruedas. El carro de atrás empezó a tocarme la corneta. Entonces puse mi vehículo en movimiento. Así llegué al estacionamiento de mi trabajo, con el hundido que me dejó el motorizado en el capó y sin defenderme, aceptando el comportamiento de gente que no sabe vivir en sociedad.

Entré sola en el ascensor. No era aún la hora en la que todo el mundo llegaba y se apiñaba para subir a la oficina. Marqué el piso y, al cerrarse las puertas, me miré en el espejo. Me impresionó lo que vi: en mi cara había una leve sonrisa. Entonces tomé conciencia de mi estado. Sentía el rostro relajado. No tenía aquel nudo en el estómago que me hacía retorcer cuando, impotente, veía ocurrir la vida como yo no quería. No sentía la indignación que me oprimía el pecho cuando me

quedaba estática, recibiendo los ganchos, *uppers* y *jabs*, sin devolverlos. No se me había secado la boca ni me faltaba el aire. No tenía ese peso que me halaba al piso por la certeza de ser incapaz. Me sentía liviana, descansada. Una segunda mirada al espejo me mostró una mujer bonita, atractiva.

Antes de salir del ascensor, volví a repasar mi retrato. Seguía sonriendo. Sonreía aún más. Me hice un guiño.

Índice

Primera parte

| | |
|--|----|
| Los cuatro del piso siete | 13 |
| El infame señor Edgardo | 19 |
| Divorcio judío y ofensa <i>goy</i> | 25 |
| Preguntas indiscretas | 31 |
| Si de mosquitas muertas se trata | 37 |
| Empieza la investigación | 41 |
| Una de tantas víctimas | 47 |
| Por primera vez, Guerrero | 51 |
| Un nuevo aire para el Yagua | 55 |
| Guerrero, otra vez | 61 |
| Secretos | 67 |
| Después de todo, la manzana nunca cae muy lejos del árbol | 69 |

Segunda parte

| | |
|---------------------------|-----|
| Un roce | 75 |
| Misterios de mis vecinas | 83 |
| Muy poca distancia | 89 |
| Un punzón | 99 |
| Aquel que cortó la cuerda | 105 |
| Las luces de un carro | 111 |
| Me atajan | 115 |
| Me vuelven a soltar | 121 |

Tercera parte

| | |
|---|-----|
| Después del encuentro cercano de ese tipo | 127 |
| En un lugar extraño | 139 |
| Se me revuelve el pasado | 147 |
| El juego | 157 |
| Ahora me toca a mí | 163 |
| Todo termina | 171 |
| Mi deseo | 175 |
| Mi confesión | 183 |
| Ganchos, <i>uppers</i> y <i>jabs</i> | 189 |

La distancia de los cuerdos

Se imprimió en el mes de septiembre de 2021

en la Imprenta Bicentenario

Caracas, Distrito Capital, Venezuela

Son 1.000 ejemplares

